Eduardo Sacheri

El fútbol, de la mano



Lectulandia

Historias de vida y de fútbol, casi cuentos, postales, diatribas, tomas de posición, declaraciones de principios es lo que ofrece este nuevo libro de Eduardo Sacheri, que reúne textos escritos entre 2013 y 2015 para la revista *El Gráfico*, así como *Las llaves del reino* recopila los publicados entre 2011 y 2013.

Un gol de tiro libre como método para combatir el insomnio, críticas a nuevas y antiguas costumbres del deporte más famoso del mundo, el viejo asunto de ganar o perder, la cancha como experiencia compartida o evocación solitaria de una ausencia, hablar y escribir de fútbol, un viaje en avión en espera de lo mejor o lo peor, y hasta una lección de historia son los temas de estos artículos que, revisados por su autor, se engarzan uno a uno en la más cercana y radiante conversación con los lectores.

Lectulandia

Eduardo Sacheri

El fútbol, de la mano

ePub r1.0
lenny 17.10.2018

Título original: *El fútbol, de la mano*
Eduardo Sacheri, 2017
Diseño de cubierta: Raquel Cané

Editor digital: lenny
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El fútbol, de la mano

Nota del editor

Duérmete niño, duérmete ya

Jugar de 85

Cayendo con estilo

Dime cómo juegas…

Verón, en una foto

Elecciones

Atormentame, que me gusta

Atormentame, que me gusta (conclusión)

Correr desde atrás

Abandono

Querido estúpido

Un cacho de cultura

Un amor argentino

Paso a nivel

Mudanzas

361 noches

No sé, señora

La táctica del avestruz

Los malditos

Queridos Reyes Magos

Marche un epitafio

El Gato, agazapado

Perdiste

El fútbol, de la mano

De acá para allá

Sobre el autor

A los que saben perder con hidalguía.
A los que saben ganar sin estridencias.

Nota del editor

De 2011 a 2015, Eduardo Sacheri escribió una columna mensual para la revista *El Gráfico*, en un fructífero ciclo jubilosamente celebrado por sus lectores. Los primeros de esos artículos, publicados entre 2011 y 2013, fueron reunidos en el libro *Las llaves del reino*, también bajo el sello Alfaguara. Aquellos que les siguieron, aparecidos entre 2013 y 2015, integran este libro, revisados por su autor.

Duérmete niño, duérmete ya

Siempre me costó conciliar el sueño. Desde que era muy, pero muy chico. Algún médico con el que consultó mi madre habló de terrores nocturnos, de miedo a la oscuridad y cosas por el estilo. Pero yo siempre sospeché que no. Lo mío nunca fue temor a la oscuridad. O si alguna vez lo fue, en algún momento de mi niñez se transformó, simplemente, en un enamoramiento absoluto de la noche. Me encanta el silencio, la intimidad que generamos con las cosas, el ritmo pausado de la respiración de los otros, los que sí duermen, y construyen sin proponérselo una esfera de soledad que siempre fue capaz de cautivarme.

Alguna vez lo conté en el prólogo de algún libro. Mis viejos me regalaron una lámpara pequeña, de plástico negro, que atornillamos a la cabecera de mi cama. Una cama cucheta de las que se hacían antes, fuerte como un barco. A mi hermano mayor le tocó la de arriba, por supuesto. Lo bueno de la de abajo era que tenía, para mí, forma de vagón de tren. De tren de carga, o de camarote, como se veía en alguna película de Abbott y Costello o en algún capítulo de *Los tres chiflados*. Tenía techo, tenía paredes más o menos altas. Y tenía una luz para leer hasta que me venciera el sueño. De todas maneras, a veces me resultaba difícil dormirme. «Pensás demasiado», decía mi madre, y es posible que tuviese razón.

Supongo que a muchos de ustedes, amigos lectores, les habrá sucedido cosa parecida. Y estoy seguro de que a muchos de ustedes, como a mí, algún adulto les habrá sugerido: «¿Por qué no contás ovejitas?».

Desconozco de dónde viene esa costumbre de contar ovejas para dormir. Imagino, sin demasiada inventiva, que debe provenir de nuestro antiguo acervo cultural judeo-cristiano de sociedad pastoril, allá lejos, en nuestro remotísimo pasado.

Pero, en lo personal, debo confesar que jamás me sirvió para un reverendo pepino. Para empezar, analicemos la propia imagen. Un grupo de ovejas, detrás de una tranquera, esperan para saltarla, de una en una. A medida que saltan (teniendo la precaución de no amontonarse) uno las va numerando, y se supone que va arrebujándose en los brazos de Morfeo. Ahora bien: ¿hay cosa más antinatural e inverosímil que un grupo de ovejas disponiéndose al salto sincronizado de la tranquera? La propia ridiculez del procedimiento nos produce una alarma, una inquietud que nos alerta y nos aleja del sueño. Pero sumemos otro factor: ¿cuántos de nosotros tienen a las ovejas como una imagen familiar y cotidiana? Acá, digo, en plena Área Metropolitana de Buenos Aires. O cuando salís al campo, de vacaciones. La familiaridad de las vacas, no te lo discuto. Están por todas partes. Pero, ¿ovejas? Abundaron hasta la década de 1860, pero después, vacas y más vacas, mi amigo. Lo de las ovejas genera una extrañeza, una ajenidad, como si me dijeras: para dormirte,

contá chanchos haciendo una competencia olímpica de salto en largo. Y que me disculpen los amantes del folklore onírico.

Lo que sí me sirve, lo que sí me gusta, es otro procedimiento, del que alguna vez hablé en el pasado, pero no viene mal reflotarlo: si me cuesta conciliar el sueño, una buena manera de tranquilizarme consiste en meter goles de tiro libre. Eso sí es una actividad sedativa, relajante, preparatoria de un descanso reparador.

Ahora, sin costo alguno, y si me permiten, paso a dar las directivas básicas del asunto.

Para empezar, debe el lector organizar mentalmente el escenario. Evítense las multitudes. Éstas pueden provocarle mucha adrenalina, mucha energía y todo lo que usted quiera, pero si se va a imaginar pateando tiros libres delante de cincuenta mil fulanos me va a levantar un nivel tan alto de ansiedad que después usted no se me duerme ni por equivocación, mi amigo. De manera que no. Me evita el público. No me ponga esa cara. Si quiere situar su fantasía en su cancha, esa cancha que usted tanto quiere porque es la de su equipo, vaya y pase. Pero por lo menos me vacía las tribunas. De todos modos, y como me siento un poco responsable del experimento, voy a permitirme hacer una sugerencia. Búsquese una cancha bien chúcara, de esas que abundan en los campos de deportes de los sindicatos y en los clubes de pueblo. Tiene que tener arcos. Eso sí. Los necesitamos. Pero no nos hacen falta tribunas. Ni alambrado. Ni red. Bueno, lo de la red es opcional. Lo dejo a su criterio. Pero yo digo que, cuanto más cimarrona la cancha, mejor. De esas con poco pasto concentrado en las esquinas, y de tierra pelada y muy apelmazada en la zona central. De esas en las que las líneas de cal son apenas un recuerdo borroso (y nunca mejor empleado el adjetivo ese de «borroso»), porque las repintan cada muerte de obispo.

Elíjase el balón. Eso lo dejo, otra vez, a criterio del usuario. Si quiere me utiliza un balón nuevo, reluciente, de estreno. Si quiere, el balón oficial de la Champions League de este año. Allá usted. Si prefiere, la pelota mugrosa que usted y sus amigos supieron descascarar cuando eran chicos. Si lo desea, algo intermedio, ni tanto ni tan poco. Eso sí, ya que está, asegúrese de que tenga buen peso, buena estampa, para cuando usted le pegue.

A continuación, elija el punto desde el cual ejecutar el tiro. Mi sugerencia, un metro atrás de la medialuna del área, un poco a la izquierda o a la derecha, según elija usted perfilarse de zurdo o de diestro.

Ahora tómese su tiempo. Elíjame bien dónde sitúa el balón. No me lo ubique en un pozo, porque de lo contrario va a raspar el piso y el tiro libre va a ser una porquería. Tampoco en una montañita tan estrecha que deba regresar cinco veces, interrumpiendo los pasos para tomar carrera, nada más que a volverla a su sitio. Es decir, elíjame un sitio alto y parejo. Si tiene pasto, mejor, siempre y cuando tenga cuidado de que no sea uno de esos yuyos chatos que se abren como una flor verde y áspera, porque parecen pasto pero no son, y en una de ésas me termina con un

esguince, Dios no lo permita. De todos modos, tenemos tiempo. Afuera de nosotros lo único que hay es la noche. Y adentro, el tiro libre.

Algo importante, que hasta ahora no le dije. No necesitamos barrera. Porque, en realidad, no necesitamos rivales. Ni arquero, mire lo que le digo. De manera idéntica, tampoco hay compañeros suyos, ahí. El asunto es entre la pelota, el arco y usted. Usted, como es futbolero, sabe de qué modo tiene que salir la pelota, a qué altura, a qué velocidad. Usted sabe que tiene que ir bien cerca del ángulo superior, o abajo, de sobrepique. O si va a tirar al primer palo, al palo del arquero, para sorprender, tiene que ser un tiro recto, lleno, bien con el empeine, un zapatazo capaz de desatar la perplejidad y de vencer las manos.

El futbolero sabe todas esas cosas. Por eso yo propongo prescindir de rivales y compañeros. Muchos de nosotros usamos el fútbol para muchas cosas importantes. Por ejemplo, para conocernos a nosotros mismos. Y eso no tiene nada que ver con los demás. Y que ningún trasnochado me venga con que el fútbol es un juego colectivo. Ya lo sé, hombre, ya lo sé. Pero no es de eso de lo que estoy hablando. Hay una parte del fútbol que se comporta igual que ciertos rincones de nuestra alma de hombres: es inaccesible para cualquiera que no sea uno mismo.

No sé si queda, entonces, claro el escenario. Usted elige si es de noche o es de día. Si llueve o hay sol. Si hay viento o si no se mueve una gota de aire. Elige usted. Pero elija. Tome los pasos de carrera que considere necesarios. Baje un poco el mentón y mire la pelota. Ahora es el momento de decidir. Pero que no se le note en la cara, por lo que más quiera. Es un proceso absolutamente íntimo y secreto. Pero debe decidir cuántos pasos, qué violencia, si cara interna o tres dedos o el cuerpo encorvado a lo Chivo Pavoni y el pie lleno de tiro libre.

Eso lo decide usted, amigo mío. Como decide dónde termina la pelota. Después, eso sí, le pido que no se apresure. Se me queda un segundo con las manos en la cintura, pensando en lo que hizo. En lo que hizo bien y en lo que hizo mal. Cuando concluya, sí lo dejo caminar hasta detrás del arco, donde quedó la pelota, tal vez en medio del yuyal. Ojalá no se le haya ido demasiado para el lado de las cañas. Y si es así, paciencia.

Después, me repite el procedimiento. Si quiere, desde el mismo lugar. O si prefiere, se busca otro. A medida que reitera los disparos, elija en qué fijar la mirada. En una de ésas, se queda fijo en su pie impactando la pelota. O prefiere, en cámara lenta, la pelota viajando hacia el arco, con ese efecto sutil que usted supo imprimirle. U opta por dejar los ojos fijos en la parte superior del palo derecho, ahí donde está medio oxidado, para no perder detalle cuando la pelota impacte en él, pero apenas un rebote, lo justo para volver a su tiro libre absolutamente i-na-ta-ja-ble, como decían los relatores de antes.

Hágame caso. En su próximo insomnio, patéese unos cuantos tiros libres. Se va a divertir muchísimo más que llevando la cuenta de los saltos insulsos de una manada de rumiantes con poco que hacer en esta vida.

No le garantizo que se duerma. Pero el fútbol siempre nos sirve para algo. Aunque a veces desconozcamos para qué.

Buenas noches, querido lector. Y que sueñe con los angelitos.

Jugar de 85

Debe ser que me estoy poniendo viejo, y uno de los síntomas de la vejez es resentir los cambios, las novedades, las modificaciones. Seguro que las nuevas generaciones no tienen problemas al respecto. Asumen que las cosas de su tiempo son las naturales, las normales, como si hubieran existido siempre.

Somos los adultos los que no encajamos. Los que nos movemos con categorías perimidas. ¿Siempre habrá sucedido lo mismo? ¿O la velocidad de los cambios de las últimas décadas nos desactualiza a un ritmo pavoroso? A veces me pregunto si la distancia que separa mi mundo del de mis hijos es igual a la que supo diferenciar el mundo de mi padre del mío. Y por lo general me respondo que no. Que el mundo de mi viejo se parecía más a mi mundo, y también al de mi abuelo. Pero ahí está. Hablo de «mi mundo» como si este que habito ahora ya no me perteneciese. O al menos, que no me perteneciese del todo. Como si parte de sus razones, sus lógicas y sus principios me fuesen ajenos.

Como dije al principio, tal vez envejecer es eso. Vivir una distancia creciente, confusa y angustiante entre lo que tenemos dentro y lo que palpamos fuera. De ahí ese resentimiento que a veces destilan los ancianos. Esa mirada esquiva, esos ojos entrecerrados. Esa mueca con un costado de la boca. Ese chasquido de la lengua. Esa nostalgia emparentada con la rabia, con algo que valoramos y que se fue y que se extraña, y que ha venido a ser reemplazado por algo que nos disgusta, cuando no directamente nos agrede y nos subleva.

De modo que lo que voy a decir, lo que voy a escribir, ruego sea tomado con pinzas, como producto de esa desazón, ese despegue doloroso de no entender del todo los nuevos tiempos. Que nadie se enoje. Y que se atribuyan mis criterios a lo que son, desvaríos de un tipo al que el futuro le sienta un par de talles chico, o grande, o le queda mal de hombros, como un traje que heredó de algún pariente con otra contextura. Voy a empezar diciéndolo así: «En mis tiempos…», para que quede claro que hasta mi modo de hablar, mi modo de encabezar mi filípica, pertenece a una época caduca. Pues bien, ahí vamos.

En mis tiempos los jugadores de fútbol usaban camisetas con números que iban del 1 al 11. Cosa natural, tratándose del noble deporte del balompié. El arquero, principio de la formación, llevaba el 1. El resto de la numeración no tenía tanta lógica. Hagan la prueba de preguntarle a alguien que no sepa nada de fútbol qué números deben llevar los jugadores de la línea de cuatro. Les dirá que el 2, el 3, el 4 y el 5. Obvio. El sentido común indica que deberían ser correlativos. Sólo la gente del fútbol (los viejos carcamanes, entre los que prefiero contarme) sabrá responder que el orden es 4 - 2 - 6 - 3. ¿Y eso por qué? Debo confesar que no tengo la menor idea de

por qué. Tal vez algún futbolero, más estudioso que yo, o más viejo, podrá darme la razón de ese artificio.

A lo que voy es a que, para un tipo de mi generación, la frase «Fulano juega de 6» tiene un significado claro. Quiere decir que es uno de los defensores centrales, el que se ubica un poco más a la izquierda. Y lo mismo con los mediocampistas, con el 8 - 5 - 10. Estaría dispuesto a aceptar (un poquito dispuesto, tampoco exageremos) que la actual disposición táctica de los equipos complicaría la nomenclatura de los delanteros. El 7 - 9 - 11 era clarísimo en la época en que se jugaba con wines. Ahora, con esta tendencia a jugar con dos delanteros, con uno, con medio y hasta con ninguno, es entendible cierta confusión. Pero tampoco para tanto. Si jugás de delantero de área, que te den la 9. Si jugás por afuera y sos diestro («derecho», como se dice en el fútbol), que te den la 7. Y si sos zurdito, la 11.

A lo que voy, señores míos: ¿qué significa que un fulano cualquiera luzca el 47 en la espalda? ¿Y el 31? ¿Y el 42? No significa nada. Y no significa nada porque si un día estás en la tribuna de tu cancha, y aparece algún jugador desconocido que tenga puesta la casaca, pongamos por caso, 65, vos vas a preguntar, simplemente: «¿El 65 de qué juega?». Y la respuesta que te va a dar el tipo que está a tu lado será: «Juega de 9». Listo. Eso será todo. Y vos entenderás que el tipo juega de 9, es decir, como delantero de área. El 65 no te habrá servido de nada. Como tampoco te servirá de nada si te dicen: «Juega de volante ventilador», o «Rota en tres cuartos con perfil cambiado». Cómo juega, y qué hace, lo verás después. De entrada, lo que necesitás saber es que juega de 9. Así de simple.

Ahora bien: ¿para qué semejante esfuerzo? ¿Por qué esta necesidad de andar traduciendo un número a otro? ¿Conocen ustedes algún deporte que requiera una traducción semejante? Y ya que estoy en tren de calentarme, sigo un poco más. Y digo: ¿por qué nos hacemos los modernos si después la camiseta 10 la seguimos reverenciando por el aura especial que conserva? La 10 no se la dan a cualquiera. No, señor. Se la dejan al tipo que más sabe, que suele ser zurdo, que suele ser gambeteador, que es mejor jugador que la mayoría. ¿Y entonces? La 10 significa algo. ¿Y por qué la otra decena no quiere decir nada? Antes, todas las camisetas podían ser usadas por distintos jugadores. Si te tocaba ser titular, te la ponías, si te tocaba ser suplente, pasabas a tener la del número 12 al 16 (¿había un suplente menos, o yo recuerdo mal?). Pero entonces… ¿por qué hemos cambiado?

Una sospecha aflora a mi mente siniestra. Ahora, al principio de la temporada, le dan un número a cada jugador. Y el jugador lo conservará consigo toda la temporada. Volviendo a nuestro caso, en la de Fulano, a la espalda, luce su apellido, en imprenta mayúscula. Así: «FULANO». Y debajo, ese ridículo número 65. Y la camiseta del mentado delantero costará bastante más cara que si no dijera nada, o si tuviera un sencillo, modesto e impersonal 9, y gracias.

Agrego otra falacia del fútbol actual: el dichoso asunto del doble 5. ¿Me quieren explicar qué corchos significa un doble 5 protagonizado por dos tipos que tienen a la

espalda el 22 y el 23? ¿Por qué llamamos doble 5 a algo que, con propiedad, deberíamos llamar «22,5 × 2»? ¿O resulta que ahora, para recitar una formación, me tengo que aprender un algoritmo?

Veamos otro ejemplo. Un director técnico fuera de sí, con su equipo perdiendo un partido clave, llama a un suplente de los que están calentando a un costado. Le apoya la mano en el hombro y le señala al mediocampista por derecha, y que por azar del fútbol moderno tiene el 37 en la espalda. ¿Qué le dice? ¿Qué instrucciones le da, con las palpitaciones a mil y el hilo de voz que le queda? «Jugame de treinta y siete, pibe.» ¿Eso le dice? ¡No! Le dice: «Jugá de 8, tratá de pasar al ataque tocando con el 7, y si podés tirá algún centro buscando al 9». Y el suplente, si puede, le hará caso. Listo. Punto. Eso es todo. A otra cosa, mariposa. Fin. *The end*.

Mejor la corto acá, porque me va a subir la presión, o voy a mesarme el poco cabello que me queda. Pero no desvariemos, por favor. Imaginemos, para terminar, la siguiente escena. Pongamos que un periodista ávido de novedades se aproxima a un entrenamiento de inferiores y le pregunta a un pibe de catorce, quince años, cuál es su sueño. ¿Se imaginan, al pibe, con una sonrisa gardeliana y los ojos brillantes, respondiendo que su sueño es jugar de 85 en la primera de su club? Ni por equivocación, mi amigo. Ni por equivocación. Así que punto. Punto y aparte.

Cayendo con estilo

Todos tenemos películas que nos han marcado. Esas a las que uno vuelve en distintas situaciones de la vida porque las necesita. Vuelve para recuperar una imagen, una frase, un diálogo. Una huella que no tiene que ver únicamente con esa película, sino con la vida que vivimos.

Pues bien: una de las películas de mi vida es ni más ni menos que *Toy Story*. Calculo que la mayoría de los lectores la conocen: fue el primer largometraje de animación que produjo Pixar y la dirigió John Lasseter. Como su nombre lo indica, cuenta una historia de juguetes. Son los que pertenecen a un nene que se llama Andy, están vivos, piensan, sienten, y se esconden de la mirada de los seres humanos.

¿Por qué es una de las películas de mi vida? Porque la historia es excelente, porque los personajes son increíbles, porque fue una de esas pelis que vi seiscientas veces con mis hijos cuando eran chiquitos, a esa edad en que a nuestros hijos no les interesa ver cosas nuevas, sino volver a ver las cosas que les apasionan (y lo bien que hacen). Y porque, como dije al principio, es una peli que me ha dejado imágenes y frases que se incorporan otra vez a mi vida en cualquier momento.

Ubiquémonos. Al principio de la película el vaquero Woody vive en el mejor de los mundos. Hábil, inteligente, carismático, no sólo es el juguete preferido de Andy, su dueño, sino el líder natural del grupo de juguetes. Los demás se entusiasman con sus ideas, se embanderan en sus proyectos, siguen sus indicaciones. Pero el día del cumpleaños de Andy, las cosas cambian. Llega Buzz Lightyear, un astronauta lleno de luces, Guardián del Espacio y miembro del Comando Estelar. A diferencia de los otros juguetes, el recién llegado está convencido de que, efectivamente, es un astronauta, y niega ser un juguete. El vaquero Woody, a medias por celos y a medias por sentido común, pretende ponerlo a prueba. Lo desafía a que vuele por la habitación. Y resulta que por azar, por una suma de casualidades, es decir, absolutamente de chiripa, Buzz consigue algo parecido a un vuelo corto, aunque tiene mucho más de pirueta acrobática. Terminada la prueba, todos los demás juguetes excepto Woody (el señor Cara de Papa, el dinosaurio Rex, el perro Slinky entre otros) se rinden de admiración ante el juguete volador. De nada sirven las protestas del vaquero, que sostiene que eso no fue volar, sino caer con estilo. Nadie le presta atención. Todos asisten embobados a la exhibición de maestría del astronauta lleno de lucecitas y protagonismo.

No voy a contar toda la película —aunque ganas no me faltan— sino a centrarme en una escena en particular. La que para mí es la mejor de todas, la más profunda, la más decisiva. No sé si decisiva para la película. Decisiva para mí, que ya es bastante, por todo lo que encierra, por todo lo que me dice cada vez que la recuerdo.

Después de atravesar numerosas aventuras, Buzz descubre por fin la terrible verdad que Woody le venía anticipando. Es un juguete. Y no puede volar. Así se lo confirma hasta una publicidad televisiva. Hundido en una profunda depresión, se abandona a la indolencia y al sarcasmo. Y es precisamente Woody, su antiguo rival, el que vuelve a ponerlo de pie y en movimiento.

En el momento culminante, Buzz sostiene en sus brazos a Woody, mientras ambos corren el riesgo de estallar por culpa del cohete explosivo al que los han atado. El vaquero cierra los ojos para no ver el desastre inminente. Pero Buzz tiene una idea. Oprime uno de los botones de su pecho, despliega sus alas, corta las ataduras que los unen al cohete, e inicia un planeo libre y feliz en un cielo azul y suburbano.

Al advertir que no han explotado, Woody se atreve a abrir los ojos y no cabe en sí de la alegría. «¡Buzz, estás volando!», le reconoce, maravillado. Y ese es el momento esencial del personaje del astronauta. Porque no se queda en el enojo de sufrir por lo que no es. Ni se sube a ese elogio fácil que, entiende al fin, es desmedido. Y por eso, con su serena respuesta, pone las cosas en su sitio: «No estoy volando. Estoy cayendo con estilo».

Esa escena, esa frase, encierra a mi juicio una profunda enseñanza de vida. Y, como me pasa tan a menudo, es el fútbol el mantel sobre el que puedo extenderla, aplicarla y entenderla. Porque el fútbol o, más exactamente, el amor que sentimos por nuestro equipo, nos somete siempre a una fuerte contradicción. Es, le pese a quien le pese —empezando por nosotros mismos, porque en general nos pesa—, uno de los aspectos más importantes de nuestra vida. Nos condiciona el humor, nos afecta el sueño, nos altera la digestión, nos tiñe las expectativas. Y, sin embargo, no tenemos el menor control sobre lo que sucede con nuestros equipos en el campo de juego. No depende de nosotros. Porque son otros los que juegan. Son otros los que ganan y pierden —sobre todo pierden, claro—. Los hinchas intentamos convencernos de que no es así. De que las cosas sí, de algún modo confuso y retorcido, sí tienen que ver con nuestros actos. De que está en nuestras manos torcer o enderezar las fuerzas del destino. Y nos cargamos de cábalas, y vamos a la cancha convencidos de lo decisivo de nuestro aliento, y nos sentamos en tal sillón pero nunca en tal otro, y usamos esta ropa pero aunque nos maten no nos pondríamos jamás aquella otra. Y nos engañamos. Porque no. No depende de nosotros, más allá de los artilugios de nuestra ingenuidad.

Se me hablará del aliento, de los cantos, de la presión de la tribuna. Pero: ¿cuál es nuestro aporte concreto? Si se pudiera medir, pesar, saber. ¿En qué cambiaría si nosotros nos quedásemos en casa? Y ni hablar cuando efectivamente nos quedamos, porque somos muchos más los que nos quedamos en casa que los que vamos a la cancha. Mil disculpas, pero el asunto del «aguante» siempre me resulta un argumento por demás endeble.

Ahora, mientras escribo, me asalta la idea de que hay un grupo de energúmenos que están dispuestos a salir, cueste lo que cueste, del módico anonimato en que nos

movemos la mayoría. Energúmenos que no se reconcilian con la idea de la pequeñez del impacto de cada hincha. Me refiero a los salvajes que tiran bombas, que derriban alambrados, que amenazan a jugadores, que escupen a rivales, que aprietan a árbitros. Pero yo quiero hablar de hinchas, no de delincuentes. De modo que dejo de lado a los barras, que lo único que logran es que lo que ya de por sí es malo termine volviéndose peor.

Para los hinchas a secas, para la gente de bien, casi no hay nada para hacer más que desear y sufrir. Parece que no hubiera nada en nuestras manos.

Y sin embargo… hay algo que sí. Algo que, pese a todo, depende de nosotros. Y ahí es donde regreso a mi querido astronauta de *Toy Story*. Buzz Lightyear no puede elegir volar. No depende de él. No es un juguete volador. Puede llenarse de rabia, de frustración o de impotencia. Puede mentirse que sí. Que sí vuela. O que hay una conspiración intergaláctica que se lo impide.

O puede tomar la otra alternativa. Puede aceptar las cosas como son. Dejar de protestar y de encularse. Puede concentrar su orgullo en hacer bien lo que sí puede hacer. En otras palabras, puede decidir. Puede caer con estilo.

Y esa es la cuestión. El estilo. La forma. El cómo. Llamémosle como nos dé la gana. Nosotros, los que queremos al fútbol, los que vivimos enamorados de una camiseta, no estamos en el campo de juego. No erramos los pases ni los goles. Nosotros no equivocamos los caminos. Nosotros no tenemos los pies redondos. Pero igual, cuando nuestro equipo pierde, perdemos. Y si pierde mucho, sufrimos. Y si pierde demasiado, nos vamos al descenso. Nos puede pasar. Nos puede ocurrir. Ningún hincha quiere eso. Nadie quiere verse sometido a ese aprieto.

Y sin embargo, esa es la prueba de fuego para lo que hemos decidido ser. Para determinar lo que tenemos adentro. Nadie elige por mí. Yo soy el que decide. No soy el que decide el qué. Pero sí soy el que decide el cómo.

Yo puedo graznar cantitos racistas o llenarme la garganta de cantos por mi club. Yo puedo derribar un alambrado para frenar una goleada en contra, o bancarme como un hombre que me bailen, si es lo que me toca en suerte. Yo puedo atacar a pedradas el micro de los jugadores al grito feroz de «pongan huevos». O puedo decidir no hacerlo. Puedo destrozar mi estadio si me desborda la humillación. O saber que esa es mi casa, y romperla no me sirve de nada.

Eso lo elijo yo. Yo, y cada uno de los hinchas de cada uno de los clubes. Buzz no es un guardián del espacio. Nosotros no definimos los partidos. Buzz no vuela. Nosotros no cabeceamos. Buzz es un juguete. Nosotros somos el tipo de hinchas que elijamos ser, porque elegimos el tipo de personas que decidimos ser.

Porque podemos decidir qué cantamos, qué aplaudimos, qué callamos, qué ignoramos, qué aceptamos, qué tipo de fútbol respetamos.

Y no me vengan con la idiotez del aguante. Aguante no es hacerse el malo. Aguante tienen los que se bancan dos horas de viaje, una popular a casi cien mangos,

cuatro cacheos, un partido horripilante, un baño mugriento, un sol inclemente, una hora de espera antes de que abran las puertas, a la salida.

Ningún amor nos garantiza la victoria, ni los campeonatos. Si vienen, que vengan. Felices de nosotros. Pero el fútbol no se trata de ganar. Porque por algo se parece tanto a vivir, a fin de cuentas.

Y si lo nuestro no es volar, pues entonces, caigamos con estilo.

Dime cómo juegas…

Mucho se ha escrito y discutido acerca del paralelo que puede establecerse —o no— entre el modo de jugar al fútbol y el modo de ser de las personas. «Se juega como se vive», afirma el axioma. Más de una vez me cruzo con gente que me pregunta al respecto. O peor, gente que sostiene, sin más, esa afirmación, contando desde el vamos con que yo voy a estar de acuerdo. Y yo, en realidad, como me sucede en tantas otras cosas, no estoy en absoluto seguro de la respuesta. Sinceramente, no sé.

Para empezar: ¿cómo operaría la traducción entre las virtudes futboleras y los valores morales? ¡No lo sé! ¿Acaso deja traslucir alguna pista sobre la personalidad de un ser humano el hecho de que le pegue bien de media distancia, o que sea muy torpe para salir jugando desde atrás, o que sea bueno corriendo bien pegado a la raya? Creo que no.

Tal vez los emparejamientos haya que buscarlos por el lado de los modos de jugar, y no por el de las virtudes técnicas. Hurgar por el lado del carácter que el jugador pone de manifiesto. En esa línea argumental, el deportista sanguíneo sea tal vez, fuera de su deporte, una persona apasionada. Y el que recorre cansino su sector de la cancha se manifieste, en su vida civil, como un fulano que se queda en medias tintas. Y el que se la pasa gritando y ordenando a sus compañeros sea, los otros días de la semana, un perfeccionista al que le cuesta aceptar la mediocridad de sus congéneres. No sé si todo esto es cierto, pero creo que todos los futboleros elaboramos hipótesis que nos inclinan a pensar que sí.

Y en este camino hay tres o cuatro actitudes futboleras que, dentro de la cancha, me sacan de quicio. Y me desaniman de entablar una amistad, fuera de la cancha, con quienes se conducen de ese modo. Tenga en cuenta el lector que no estoy hablando del fútbol profesional, ni del fútbol semiprofesional. Hablo del fútbol que jugamos casi todos los que jugamos al fútbol. El fútbol *amateur*, cimarrón, improvisado. El fútbol por nada, es decir, el fútbol en serio. Como dirían algunos viejos de mi barrio: «Ahí es donde se ven los pingos». Porque no hay guita, no hay fama, no hay *flashes*, no hay apellidos. Hay nada más que fútbol.

Y en ese fútbol, una raza que detesto es la de los «señores jueces». Estoy hablando —ya lo apunté— del fútbol de entrecasa. En ese fútbol no existen los árbitros, y las decisiones acerca del juego descansan en la escrupulosa caballerosidad de cumplir el reglamento, nos convenga o no nos convenga. Hay tipos que, en eso, son absolutamente confiables. Pero hay otros —a los que detesto— que cobran absolutamente todo a favor de ellos mismos. No los perturba quedar como chiquilines. No los inquieta que los demás se los quieran comer crudos. No. Estos fulanos, amos de la inmadurez, resuelven cada decisión polémica con un «Es para mí». Y da igual que sea un lateral anodino o un tiro libre en la medialuna. No tienen

límites, y son capaces de hacharte con un guadañazo salvaje a la altura de las costillas dentro del área chica, y a continuación alzar las manos, poner cara de monaguillos y gritar «No lo toqué», mientras se limpian la sangre del botín.

Otro grupúsculo execrable: el de los «perpetuos inocentes». No confundamos con los delincuentes del párrafo anterior. Estos van por otro lado. Los perpetuos inocentes nunca, jamás, por nada del mundo se hacen cargo de las macanas que se mandan. Parafraseando la canción del Nano Serrat: «La culpa es del otro cuando algo les sale mal». Ejemplo: el inocente serial intenta despejar desde su área y patea el balón a treinta centímetros de altura directamente hacia delante, por el centro del campo de juego. Tuvo tiempo. Pudo levantar la cabeza. Pudo pensar en la vieja y respetable verdad futbolera de que hay que despejar hacia los costados. Pero no lo hizo, y naturalmente les sirvió la pelota a los contrarios, que se limpiaron la comisura de los labios mientras se disponían a facturar. Otro ejemplo: el inocente perpetuo decidió encargarse de un saque lateral, la maniobra más sencilla dentro de un deporte en el que todo lo demás es mucho más difícil, porque se hace con los pies. Y contraviniendo todas las normas de la lógica, se la pone en el pecho o en el pie o en la cabeza a un contrario, que se la lleva tan campante. Último ejemplo: el inocente absoluto tiene la pelota en sus pies, y dispone de cinco compañeros abiertos en abanico dispuestos a recibir, libres de marca, que se la están pidiendo. Pero decide, en cambio, dividirla con un pase espantoso dirigido al único compañero que está semioculto entre tres marcadores rivales. En cualquiera de estos tres ejemplos los compañeros del inútil habrán de increparlo a viva voz, como corresponde. Y el inocente se autoindultará con explicaciones inadmisibles, que irán desde el «me picó mal», pasando por el «vos te corriste justo» hasta el «qué querés, si nadie se muestra». Y mientras sacamos la pelota del fondo de la red (que es así como terminan las aventuras de esta gente), nos preguntamos: ¿qué le cuesta a este fulano decir simplemente «Perdón», y alzar la mano, asumiendo la macana que se mandó? Esa sola palabra alcanza, porque significa «Lo siento, soy una yegua, me equivoqué, no pensé, les pido disculpas». Eso sería todo, porque en el fondo todos los que jugamos ahí somos un desastre. Por eso jugamos ahí, en lugar de en la Premier League. ¡Pero hacete cargo!

Un tercer conjunto de seres despreciables: los «mala leche». Esos se lucen, especialmente, en los «campeonatos», esos torneos *amateurs* donde se juega con árbitros, por puntos, y cosas así. Hay tipos que se lo toman demasiado en serio, y deciden copiar lo peor de las mañas del fútbol profesional. Con el agravante de que los árbitros de esos torneos suelen ser peores que los de Primera División (miren la enormidad que estoy diciendo). Es decir, y como diría mi madre, no son capaces de ver dos en un burro. Y mucho menos, de ver a ese malparido que te deja la planchita preparada para darte en el tobillo en una pelota intrascendente en el mediocampo. O al turro que te toca en el aire cuando saltás en un córner para que caigas con la nuca, o al delincuente que te pone el codo en los dientes cuando corrés apareado por una

pelota dividida. También existen en el fútbol sin árbitros, donde se sienten tigres sueltos en rebaños de mansas ovejas indefensas. Uno puede decirles, mientras intenta detener el sangrado de la nariz, o se palpa las costillas para comprobar si hay fisuras: «Tranquilizate, que el lunes hay que laburar». Pero es inútil. Les provoca un placer enorme sentirse chicos malos y sanguinarios.

Esta columna está prolongándose demasiado y debo ir concluyendo. Pero no me quiero despedir sin aludir a dos grupitos igual de aborrecibles. Empiezo por el de los «actores». Despliegan su oficio en esos torneos de morondanga a los que me refería recién. Porque requieren la presencia de esos árbitros que son un poco peores que los de Primera. Les sacás la pelota limpiamente, pero se derrumban con los brazos en cruz, un alarido que les explota en la garganta, la expresión de mártires. Y los árbitros, mansamente, cobran para ellos y hasta te amonestan. ¿Qué hacer con tipos así? Hay un único expediente posible. Aunque uno sea una persona de bien, con tendencia a la misantropía. La única solución es, en la próxima pelota en la que el azar los ponga frente a frente, darle motivos, al aprendiz de Alfredo Alcón, para expresar abierta, flagrantemente su dolor. Pero ahora con motivos válidos. Eso puede acarrear que nos expulsen. Pero bueno, uno no es de fierro, a fin de cuentas.

Y por último, los morfones. Esos tipos que están convencidos de que Dios los ama y, por lo tanto, ha puesto a diez infelices a correr por el verde césped con el único objeto de pasarles la pelota para que ellos disfruten y hagan nacer las maravillas. Jamás te van a devolver un pase. Nunca van a levantar la cabeza para ver que estás desmarcado. Siempre van a enganchar ellos. Siempre van a patear aunque carezcan de ángulo, aunque carezcan de espacio, aunque carezcan de chances. Que de lo único que nunca carecen los morfones es de autoestima. Con el agregado de que no defienden jamás en la vida. ¿Ayudar? ¿Quedarse para un relevo? ¿Tomar alguna marca? ¡Jamás! Que ese es trabajo para mortales, y no para semidioses como ellos.

Los morfones se dividen, a su vez, en dos grupos: los que son buenos jugadores y los que no. Los primeros son insoportables, porque encima de vez en cuando hacen algo útil para el equipo (no lo hacen para eso, pero lo hacen, al menos como una consecuencia secundaria de su lucimiento), vuelven a su sitio con carita de «Sí, sí, agradézcanme haber nacido». Pero los segundos… Dios mío, los segundos. Esos están más allá de toda comprensión humana y, si hay Dios, espero que les tenga reservado el último de los círculos del infierno.

Mejor termino acá, porque hablar de gente así me pone nervioso. «Cobradores» indignos, inocentes incurables, violentos orgullosos de serlo, farsantes desvergonzados, egoístas empedernidos. Uno los ve dentro del campo de juego. Y si se los cruza por la calle… creo que sí: creo que lo mejor que uno puede hacer es cruzarse de vereda.

Verón, en una foto

Las cosas suceden separadas. Pero a veces se juntan. O seremos nosotros, los seres humanos, los que les asignamos significados a las cosas, y al hacerlo las vinculamos, las unimos. Y sucesos que nacen cada cual por su lado terminan unidos. ¿Qué es lo que los une? ¿Y por qué?

Les doy un ejemplo de cosas que nacen separadas. Un día de 1970, Juan Ramón Verón mete un gol en un clásico Estudiantes-Gimnasia. Otro día, de 1972, la revista *El Gráfico* publica una foto. Otro día, de 2006, un tipo cuelga un cuadro en una pared. Tres meses después, el mismo tipo, sentado, solo, en un departamento casi vacío, espera un milagro. Y el milagro es que todas esas cosas se conjuguen y adquieran un sentido. Un sentido para la vida de ese hombre que espera.

Volvamos al principio. El 27 de septiembre de 1970 Estudiantes y Gimnasia y Esgrima de La Plata juegan un interzonal por la cuarta fecha del Torneo Nacional. Lo gana Estudiantes 4 a 1, con cuatro goles de Juan Ramón «La Bruja» Verón. Unos días después *El Gráfico* publica una fotografía de ese partido. En primer plano, Verón inicia la carrera y el grito de festejo. A sus espaldas (y también de espaldas a nosotros, que miramos), un Hugo Orlando Gatti de indumentaria clara yace vencido. Un poco más atrás, un jugador de Gimnasia (disculpen mi ignorancia de su nombre) observa la escena con las manos en la cintura, en el gesto de quien acaba de recibir un gol. No sé si sucede en todos los deportes, pero en el fútbol, las manos en la cintura es el modo digno y sereno de aguantar un gol del rival. Menos decoroso, pero aceptable, es encorvarse, apoyar los codos en los muslos y agarrarse la cabeza. Más bochornoso, en cambio, es increpar a los compañeros, con gestos y con gritos, mandándolos en cana delante de miles de personas. Pero no es el caso. Este defensor aguanta así, con las manos en la cintura, a que lo peor haya pasado. Pero no quiero irme del tema, que es la foto. O, más bien, el segundísimo plano de la foto. Allí, en el fondo, cientos de hinchas de Estudiantes alzan los brazos y abren la boca vociferando el gol de Verón.

El protagonista de esta historia tiene, en 1970, doce años. Y ha ido a la cancha con su padre. Y cuando esa revista *El Gráfico* cae en sus manos, se busca en el fondo. Le encantaría verse ahí, con su padre, gritando, inmortalizados los dos en las páginas de la revista que compra cada vez que puede. Pero lo aguarda una desilusión. Cuestiones de encuadre, o de espacio, lo cierto es que la foto no los muestra, ni a su padre ni a él. Están sus vecinos de tribuna, pero el marco de la foto los deja afuera, a su padre y a él. Y los años pasan, como siempre hacen los años. Son más de treinta los años que pasan. Ese chico que se buscó inútilmente en la foto de Verón acaba de separarse de su mujer. Como para casi todos los padres, separarse de su mujer es, también, separarse un poco de los hijos. De su hija, en este caso. Por supuesto que la

verá todo lo que pueda. La acompañará todo lo que la vida lo deje acompañarla. Pero desde más lejos. No desde todas las noches y todas las mañanas, que es como a los padres nos gusta acompañar a los hijos. A muchos padres, por lo menos. El protagonista de esta historia, el chico de 1970, es ese tipo de padre. De los que quieren estar. Y separarse le va a complicar, le va a reducir, el estar. Y por eso se siente triste y derrotado. No se sentirá así para siempre. Pero así se siente mientras busca dónde vivir, mientras alquila un departamento en la zona del Botánico, mientras piensa cómo ocupar tantas paredes vacías.

El chico de 1970, convertido en el hombre de 2006, construye unas cuantas bibliotecas con listones de madera, porque tiene muchos libros consigo. Muchos libros y muchas revistas. Por las noches, para matar esas horas de soledad, esa tristeza de departamento vacío en la zona del Botánico, abre las cajas de la mudanza y ordena los libros. Y cuando termina con los libros empieza a ordenar las revistas. Algunas las tiene desde que era chico. Muchas las compró después, en grandes paquetes, en el Parque Rivadavia.

Por curiosidad, por prolongar un poco el acto de ordenarlas y llenar mejor la noche, o porque muchas de esas revistas no las leyó nunca, las hojea antes de apilarlas en los estantes de madera nueva. Y ahí, de repente, aparece la foto de Verón. A veces las cosas regresan como fueron. A veces no. Regresan ligeramente modificadas. Y este es el caso de la foto. No es el mismo número de *El Gráfico* que el hombre leyó cuando era chico. Es otro número de la revista, un par de años posterior, pero la foto es la misma. O casi. Verón sigue gritando el gol e iniciando su carrera. Gatti sigue derrumbado en el pasto. El defensor sigue resignado con las manos en la cintura. Pero algo ha cambiado. Porque el espacio que tenía el diagramador en este otro número de la revista era mayor, y los márgenes de la foto son más amplios.

Treinta y seis años después, el chico repite el gesto de buscarse. Pasa el dedo por la foto, adivinando por detrás del grano desvaído de la imagen. Y de repente se encuentra. En el ángulo superior derecho de la foto, ahí está él, treinta y seis años antes, con un buzo oscuro encima de una remera clara, con la boca muy abierta. Y un par de escalones más abajo está el señor de frente ancha que fue su padre. Extraño modo de retornar, el de ese hombre que ha muerto no hace mucho. El epígrafe de la foto habla de milagros. De los milagros de Verón, habla el epígrafe. Y el hombre que muchos años después mira esa foto llora. Llora con la imagen de su padre y de él. Llora por la casualidad improbable de esa segunda oportunidad, de esa repetición levemente diferente de la foto, que ahora los incluye, a él y a su padre. Llora por lo que ha perdido, mientras observa esa foto que rememora una tarde de victoria. Y llora, tal vez, por todas las veces que le ha tocado perder. Uno nunca llora por una sola cosa, cada vez que llora.

Esta columna podría terminar acá, con ese hombre sentado en el piso de un departamento semivacío en la zona del Botánico, que llora y mientras llora se limpia

y mientras se limpia se cura algunas heridas. Pero no termina, porque a veces, en la vida, las cosas tienden a juntarse, en eso que damos en llamar milagros.

Al día siguiente, el hombre amplía la foto y la lleva a enmarcar. Después cuelga ese cuadro en una pared del *living*. Mientras se aleja un poco para observar si el cuadro quedó derecho, el tipo piensa que esos no son días demasiado felices. No sólo por las cosas que a él le están pasando. Tampoco lo son para Estudiantes de La Plata. El Cholo Simeone es el director técnico. Y Juan Sebastián Verón acaba de volver de Europa a jugar en el Pincha. Y después de un comienzo prometedor, con tres victorias, las cosas han empezado a torcerse. Derrota con Belgrano, derrota con Boca, empate con Banfield, derrota con Central. Un punto de doce, y las dudas y los ceños fruncidos. Por supuesto que una cosa son los dolores de la vida y otra los dolores del fútbol. Pero cuando se juntan duelen más que la suma de sus partes.

Antes de que comience el siguiente partido, el hombre se acerca al cuadro y besa la foto. Y Estudiantes le gana a Independiente con goles de Calderón y Alayes. Con el pitazo final, el hombre se levanta de su sillón, va hacia la pared y vuelve a besar la foto, como dando las gracias, o como diciendo «hasta la próxima». Acaba de nacerle una esperanza. Y en las fechas siguientes, Estudiantes le gana a San Lorenzo, a Lanús y a Gimnasia. Y después le gana a Godoy Cruz, a Chicago y a Vélez. Y siguen los besos a esa foto en la que Juan Ramón Verón, y ese padre y ese pibe festejan el gol con toda la boca. Y vienen tres victorias más contra River, Newell’s y Racing. Y de repente faltan dos fechas y están a cuatro puntos de Boca, que es el puntero.

Como esta historia tiene su épica, y la épica se nutre de las malas, en la fecha 18 todo parece irse al mismísimo demonio. Porque en La Paternal el Pincha apenas empata con Argentinos. Pero Boca, ese mismo día, pierde con Belgrano, y deja abierta una chance. Tres puntos de distancia con tres en juego. Y en la última, el Pincha le gana a Arsenal y Boca pierde con Lanús.

Y el 13 de diciembre de 2006 se juega el desempate. Y por supuesto, antes de sentarse frente al televisor, en ese departamento alquilado de la zona del Botánico, el hombre besa la foto en la que grita con Verón y con su padre. Y el Pincha arranca perdiendo, hasta que lo empata Sosa y lo da vuelta Pavone. Y Estudiantes de La Plata, después de veintitrés años, es otra vez campeón del fútbol argentino.

¿Existen los milagros? ¿O somos las personas, a fuerza de ingenua credulidad, quienes los construimos? No tengo una respuesta concluyente. Pero me gusta pensar en la imagen de ese hombre que, después de ver a su equipo, por fin, salir otra vez campeón, se incorpora, se seca las lágrimas, sonríe, descuelga una foto de la pared y le pega un intenso, un prolongado, un gigantesco abrazo de gol.

Elecciones

Alguna vez Alejandro Dolina, en sus «Apuntes del fútbol en Flores», hizo notar la importancia que tiene el momento de «la pisada» en la integración de los equipos, en el fútbol *amateur*. Hablaba Dolina de ese momento fatal en que comprendemos, con atroz exactitud, el lugar que ocupamos en el grupo de futbolistas, según seamos elegidos entre los primeros o entre los últimos. Y hablaba también de cómo a veces uno puede privilegiar otros criterios —la amistad, por ejemplo— a la hora de elegir a los varones que habrán de acompañarlo.

Más allá de la profunda belleza literaria de esos «Apuntes…» de Dolina —los invito calurosamente a leerlos—, me quedo pensando en esta cuestión de elegir y ser elegido, cuando de fútbol se trata. Es cierto que la elección incluye una calificación exhaustiva e inapelable de quiénes somos, futbolísticamente hablando, dentro del grupo. Y quedar rezagado a los últimos lugares, durante la selección, nos coloca en una situación de angustia y desasosiego, cuando no de pura e inabarcable tristeza.

Creo que existe, en este terreno, una situación todavía peor, si se me permite. Y es esa que se produce cuando el partido ya comenzó, y exhibe un trámite enormemente desparejo. El plazo para que el grupo defina que «hay afano» a favor de un equipo no es uniforme, y depende del grupo y de las dimensiones de la cancha. Si es un fútbol 5, y a los diez minutos de partido van 7 a 0, puede decretarse el «hay afano». Si es un fútbol 11, creo que un buen momento para detener las acciones es a los veinticinco minutos con el 4 a 0.

Claro: en el fútbol *amateur* ganar es importante, pero mucho más importante es divertirse. Por eso no se sigue jugando si el «afano» es demasiado evidente. Al menos, se le ofrece al equipo que va perdiendo la posibilidad de introducir un par de cambios. Puede que los circunstanciales derrotados prefieran, por dignidad, quedarse así como están, aunque se coman una docena de goles. O puede que acepten la oferta, como para que el día o la noche no terminen siendo un fastidio para todos los involucrados. Ahí es donde se produce la más terrible de las escenas. Desde el equipo que va ganando por goleada se le dice a uno de sus miembros: «Pasá para allá». Bien. Ese tipo puede sentirse reconfortado. Se lo valora tanto que se cree que su aporte puede cambiar profundamente las cosas. El problema es el paso siguiente. Porque lo que corresponde es que, ahora, un miembro del equipo goleado cambie de lado, hacia el equipo goleador. Y la lógica es absoluta: debe pasar el peor de todos. La frase «Y vos, Fulanito, pasá para el otro lado» es la que nadie quiere recibir. Es un certificado de defunción futbolística. Si nos dicen eso somos, sin lugar a dudas, el perro más perro de los que juegan en esa jauría.

Y todavía puede ser peor. Porque la frase «Y vos, Fulanito, pasá para los ganadores» puede levantar una protesta airada por parte de estos últimos. Algo al

estilo de «Pará, pará, Fulanito no. Mejor dame a Menganito». ¿Qué puede llevar a los ganadores a semejante reparo? El temor a que, ahora, el «afano» lo tengan los que venían perdiendo. En otras palabras, que Fulanito es tan, pero tan, pero tan perro que los ganadores temen que les desbarate la suerte. Fulanito lleva sobre sus espaldas una especie de peste, y los dos equipos empiezan a pujar pero no para contar con él, sino para sacárselo de encima. Si Fulanito tuviese algo de autoestima, después de semejante trauma, tendría dos caminos abiertos ante sí: abandonar el fútbol o enrolarse en la Legión Extranjera. O ambos: abandonar primero el fútbol y enrolarse, después, en la Legión Extranjera. Pero mi experiencia me dice que los Fulanitos que pueblan los potreros de la patria suelen tener una autoestima bastante más elevada que sus méritos técnicos. Se consideran unos incomprendidos, unos adelantados a su tiempo, y en consecuencia se dejan zarandear en el mediocampo entre un equipo que los desprecia y otro que los detesta, hasta que una frase viene a solucionar el embrollo: «Probemos así. Llévense a Fulanito ustedes, y si así tenemos robo, nos lo devuelven». Insisto: no sé de qué modo puede Fulanito volver a jugar la semana próxima. Pero vuelve.

Hay otro dilema en la elección de los jugadores: qué hacer con «los nuevos». A menudo pasa que el número de jugadores se completa con algún desconocido. Sobre todo, cuanto más veterano es el grupo. El número de lesiones es directamente proporcional a los años acumulados, de manera que si no es por H es por B, pero siempre te falta alguno. Los grupos más organizados se aseguran de traer a algún conocido para reemplazar a los lesionados. Los menos se limitan a convocar a alguno de los que pululan por ahí, con cara de «acá estoy disponible, si me necesitan».

Si al nuevo lo trajo alguien, los encargados de armar los equipos le preguntan qué tal juega el desconocido. Y luego, por supuesto, tamizan la respuesta de acuerdo a las habilidades futbolísticas del que lo trajo. Porque ahí está el *quid* de la cuestión. Supongamos dos situaciones de presentación de jugador nuevo, traído por dos sujetos de calidad futbolera bien disímil, siendo el sujeto A «el Chapa» un buen jugador, y siendo el sujeto B «el Tony» un burro hecho y derecho.

Situación A, al nuevo lo trajo el Chapa. Como es un buen jugador, se confía en su criterio. De modo que si el Chapa te dice que es bueno, contás con que es bueno. Si el Chapa frunce el gesto y menea la cabeza, lo ponés en la categoría de «más o menos». Y si el Chapa abre mucho los ojos y pone cara de «traje lo que pude», ubicás al nuevo en el último lugar de la lista y le ofrecés jugar al arco.

Situación B, al nuevo lo trajo el Tony, siendo el Tony, como se informó previamente, un paquete. En este caso, lo que diga el Tony con respecto al nuevo no sirve para nada. ¿Por qué? Simple: siendo el Tony un matungo, todo lo que sea de matungo para arriba reviste, para nuestro informante, la categoría de «es buen jugador, no creas». Es como medir el Aconcagua con la regla de la escuela. O medirte el dedo meñique del pie con una cinta métrica de veinte metros. Quiero decir: no hay patrón de medida. Si el Tony es, al fútbol, lo que este columnista es a la astronáutica,

sus valoraciones son de utilidad nula. O peor, porque puede ser que el nuevo sea apenas menos horrible que el propio Tony, y que el mencionado Tony, maravillado, nos lo describa como una cruza entre el Beto Alonso y Juan Román Riquelme. Y con la primera pelota que toca advertimos nuestro error y nos queremos morir. Pero en fin.

Hay una situación más temible para los electores, que es cuando tienen que seleccionar al personal nuevo entre los «merodeadores»: esos que no tienen partido propio y se acercan al ajeno por si consiguen jugar. No tengo nada contra esta clase de futbolistas, y más de una vez nos puede haber tocado el triste papel de acercarnos a un partido ajeno a ver si nos invitan. Pero convengamos que el procedimiento entraña sus riesgos. Primero: ¿por qué el «merodeador» no tiene partido propio? Porque ha venido con la familia a comer un asado y ahora quiere disfrutar un rato de sano esparcimiento con gente de su edad. Error, amigos míos. Si se comió un asado, no lo queremos en nuestras filas. A duras penas conseguimos jugar a algo parecido al fútbol con el estómago ligero. Cargando con un kilo de carne y achuras más el fernet y el vino: ¿qué nos puede aportar este advenedizo? Es verdad que puede pasar que el advenedizo no esté ahí para un asado sino porque se llegó hasta las canchas a jugar otro partido, más temprano, y que haya prolongado su estancia en el lugar por el solo hecho de dejar pasar la tarde. Y que se trate de un jugador, digamos, más o menos en serio. Error otra vez: si ya jugó puede ser que esté agotado, y encima ya se enfrió. Por lo tanto, a los diez minutos se desgarra el aductor y nos deja con uno menos. O no está agotado, porque juega con las manos en la cintura en cuatro metros cuadrados del sector ofensivo, y esa clase de sátrapas no nos sirven para nada. En otras palabras, desconfíe, estimado lector, de los advenedizos. Por supuesto que hay mil leyendas que hablan de «el desconocido que vino y la rompió». Pero por cada una de esas leyendas dispongo de mil recuerdos contantes y sonantes de «el desconocido que era más malo que la droga». De manera que, por mí, paso, señores.

Por último, un par de recomendaciones para los que tienen que elegir, cuando hay que hacerlo entre desconocidos. La vestimenta suele ser un buen indicio de «tipo que juega» y de «tipo que no juega».

Sugiero desconfiar siempre del tipo que te viene con pantalón y camiseta del mismo club. Pantalón solo, o camiseta sola, pasa como «soy hincha de…». Pantalón más camiseta es un disfraz. Botines con tapones de aluminio: salvo que se haya llovido todo, y que la cancha esté sembrada con kikuyo de Eslavonia (o cosa así, disculpen, pero no conozco variedades de pasto), el tipo que viene con tapones de aluminio a jugar en esta cancha mugrienta que es pura tierra con alguna mata de yuyo, y dura como cemento para más datos, o es un asesino serial o es un paspado que no tiene ni idea. O ambas cosas. El resultado es que, por criminal o por infeliz, va a lastimar a alguno.

Por la contraria, algunos detalles del atuendo que pueden anunciar a un buen jugador: que te venga con una camiseta muy, pero muy pasada de moda. No tiene

señales de desgaste, pero porque son esas camisetas de los noventa que eran pura fibra y dan un calor de infierno pero no se rompen nunca. ¿El tipo la usa y le queda bien, más o menos holgada? Perfecto. Significa que estos años estuvo jugando al fútbol, y no adobándose a sí mismo como un chancho. O al menos hizo ambas cosas, con cierto equilibrio.

Otro detalle: vendas. El tipo que, antes de jugar, saca las vendas del bolso, cruza una pierna sobre la otra y empieza a enrollar suave, metódicamente, la venda sobre sí misma, para después vendarse hasta la altura del tobillo tiene, al menos, un pasado. Y en este universo de matungos en el que nos movemos, tener un pasado no es poco.

Por último: botines gastados, preferentemente sucios. Significa que el tipo los usa con cierta frecuencia. No que acaba de comprárselos con el único fin de que lo invitemos a jugar.

Indicios. Se me dirá que son escasos y falaces. Es cierto. Pero no creo que haya otro modo de conocer el alma humana y, lo que es más importante, la conexión que existe entre el alma y los pies.

Atormentame, que me gusta

Que me estoy poniendo viejo me lo dice el espejo, cada vez que me veo las ojeras, temprano a la mañana. Pero me lo dice también cierta impaciencia, cierta intolerancia que me generan cosas, situaciones que antes me pasaban desapercibidas. Supongo, también, que la actualidad futbolística de mi club colabora para tornar mis ojos ácidos y cínicos. Para que pierda toda ingenuidad. Para que piense demasiado.

Es que el fútbol, como todas las grandes fantasías, exige que uno deje la razón… no digo afuera. Pero al menos que la controle, que la mida, que la domestique. Que la obligue a ubicarse en un sitio cauto y secundario.

Y estos días no puedo. Me cansan ciertas cosas. Me fastidian demasiado rápido. Y convierten mi rutina de ir a la cancha en algo que dista mucho del placer, les aseguro.

Lo que dicten los astros

Empecemos por el principio. El día del partido. Pero no me refiero a cómo amanezca el día, a cómo se levanta uno, a las cábalas y los preparativos. No, señores míos. Me refiero a las infinitas idas y vueltas que se producen antes, simplemente para fijar, digo bien, para fijar el día del partido. En una mescolanza en la que intervienen la AFA, los organismos de seguridad, los ministerios del Poder Ejecutivo, los jefes policiales designados para los operativos, la Agencia Espacial de los Estados Unidos para la detección de objetos voladores no identificados y la Asociación Tailandesa de Lucha Grecorromana, el partido pasa del domingo al sábado, del sábado al lunes, del lunes al viernes y del viernes otra vez al sábado. Pero a la madrugada o a medianoche, eso todavía no es seguro, y no se sabrá hasta que los sacerdotes del templo de Saturno escudriñen las vísceras de algún animal sacrificial y tomen la decisión definitiva.

Mientras todo esto sucede, el hincha, claro, tiene una vida. Por fuera del fútbol, digo. Y en esa vida hay eventos sociales como cumpleaños, bautismos, casamientos, asados con amigos, cuando no, sencillamente, un empleo. Y uno baraja esos compromisos para un lado, y para el otro, con el vértigo de desastre inminente de un malabarista de semáforo. Que el cumple del nene lo pasamos del sábado al domingo así puede venir tu tía la de Garín. Que decile a tu hermana que no puedo ir al bautismo del nene más chico. Que vas a tener que llamar al laburo para avisar que me duele el pecho y temo por mi vida.

Finalmente, y después de consultar el horóscopo del diario —en el apartado «vida sentimental»—, la usina de pensamiento y estrategia conformada por AFA, FIFA, Aprevide, Coprosede y Amoxicilina 500 designa, con unas treinta y seis horas de anticipación, la fecha y la hora del partido. Y vos te querés matar, por supuesto. Pero en lugar de matarte empezás con la última tanda de malabares. Decile a tu hermana

que lo del bautismo sí. Lo de llamar al laburo y avisar del preinfarto lo dejamos para la fecha 14. Invitala a tu tía para el cumple del nene que, eso sí, nos quedó para la medianoche del domingo, pero bueno, qué querés, todo no se puede.

Solucionado el primer problema (y generados, en esa solución, otros diez problemas, como que nuestra mujer nos retire el saludo por espacio de cinco semanas, o que la tía de Garín no consiga remís para volverse a su casa a las 3 de la mañana del lunes, vieja complicada), vamos finalmente a la cancha.

Trapitos al sol

Y vas, nomás, pongamos que en auto. Cuando te acerques deberás decidir, ni más ni menos, dónde dejarlo. Cerca de la cancha los trapitos te cobran como si fueran a realizarle, en tu ausencia, alineación y balanceo. Te alejás cinco, siete, doce cuadras. En algún momento, dejás de ver trapitos. Bien. Estacionás porque no hay moros en la costa. Y cuando, aliviado, bajás y cerrás la puerta, aparece uno, emergiendo poco menos que desde debajo de una baldosa, que acaba de diplomarse de trapito, para preguntarte: «¿Se lo cuido?». Momento de tensión. Vos sabés que, apenas des vuelta la esquina, volverá a meterse en su casa o se irá a comprar una cerveza. Sabés que, además, dejaste el auto a quince cuadras y al final vas a terminar pagando por nada. ¿Qué deberíamos hacer? Sencillo. Plantarnos, manos en los bolsillos, ojos entrecerrados a lo Clint Eastwood, y la frase: «Dejá. Dejá que el auto se cuide solo». ¿Seremos capaces? Por supuesto que no. Salvo que tu auto te importe menos que la Liga de Ucrania (dicho esto con todo respeto por las ex repúblicas socialistas soviéticas), no vas a atreverte a semejante osadía, excepto que quieras, a tu regreso, encontrarte el capot, las puertas y el techo autografiados por el susodicho con un vidrio filoso, o adornado con diversas escenas de pintura rupestre. No, señor. Vas a pagar. Y a caminar las quince cuadras rogando que sea temprano. Porque ahora viene el siguiente capítulo de la serie «Nací para sufrir».

Tranquilo, la Infantería te cuida

Como dejaste el auto lejísimo, demorás bastante en acercarte a la cancha. Ya se está juntando gente y te topás con que la policía te armó un retén a cinco cuadras del estadio, otro a tres, otro a una y el último en la puerta. Y cada vez, los muchachos de la Guardia de Infantería —con esa cordialidad que les sale por todos los poros y emana del lustre de sus bastones— te solicitarán amablemente que te detengas, que te comprimas con otros doscientos infortunados y que desees por varios minutos ser mujer o niño de brazos, porque son los únicos que pueden pasar por el costado del ingenioso «dispositivo-cerrojo» de los uniformados. Mientras esperás, con las manos en los bolsillos para salvaguardarte de los pungas, das rienda suelta a tu cinismo pensando que la barra brava, cuando llegue, no va a someterse a demoras ni circunloquios como los que vos estás padeciendo. No, señor. Nada de eso. Ellos avanzarán, con paso de murga, y la Infantería se pondrá a un costado para admirar

mejor su colorida fiesta popular. Éste sería el momento de pedir permiso, permiso, reculando, y volverte a tu casa. Pero no lo vas a hacer. Igual te la bancás. Te reís de algún chiste ingenioso que, al amparo del amontonamiento, algún pícaro se permite gritarles a los policías. Modestísima venganza, pero venganza al fin. Y de ahí al siguiente retén.

En alguna de esas contenciones empiezan los cacheos, que están sometidos al mismo misterio oracular que rige la designación de los días para el partido. Puede ser que te hagan sacar las llaves, los documentos, el buzo que llevás atado a la cintura y la dentadura postiza. O puede que el guardián del orden se limite a mirarte con expresión de «¿Sabés qué, pelado? Me parece que con vos no corremos riesgo» y te deje pasar como venís. O que te toque un cacheo de una especie y uno de otra, para que no te aburras.

Al fondo a la derecha, el abismo

Advierta, estimado lector, queridísima lectora, que todavía no hemos arribado a nuestro destino final de la tribuna. No. Aún no. Es posible que, si tenemos un viaje largo, necesitemos hacer una escala técnica en los sanitarios. Ah, maravilla. En este caso, la visita nos depara tantas sorpresas como distintos escenarios guarda nuestro queridísimo estadio. Digamos, como principal apotegma, que la calidad arquitectónica del sanitario es directamente proporcional al precio de la entrada. En los baños del sector de palcos hay hasta espejos. Sí, señores míos, espejos. Que me ha tocado verlo, un par de veces, con estos ojos, y puedo jurarlo por la salud de mis descendientes. En las plateas más caras, si no espejos, abundan al menos los inodoros y los mingitorios. ¡Y canillas que funcionan! En las plateas menos onerosas, instalaciones parecidas pero defectuosas. Ejemplo: hay un par de mingitorios inundados que hacen las veces de pequeñas cascadas feng shui, y la grifería de las bachas presenta algún faltante.

Pero descendamos al último escalón del poder adquisitivo futbolero: la popular, al fin y al cabo, y sus servicios sanitarios. Oh, escenario del horror. Los mingitorios han desaparecido. En su lugar, una pared a la cual habremos de aproximarnos y, codo con codo, hermanados con nuestros compañeros de divisa, unir nuestras aguas menores para que fluyan, mancomunadas, hacia una canaleta. Pero cuidado —¡misterio de la capilaridad de los líquidos!—: uno supondría que las aguas deberían moverse hacia algún desagüe que las conduzca hacia un destino, si no mejor, al menos distante. Pero no. Ahí se quedan. Ahí se hermanan y aumentan su caudal hasta el previsible desborde. Como los lavatorios también desbordan, todo el recinto está cubierto con una película líquida de un centímetro de altura, en la que chapoteamos de ida y de vuelta, preguntándonos qué porcentaje del líquido vendrá de los lavatorios y cuál de la canaleta. Pregunta callada y ociosa, pero que no podremos esquivar mientras escuchamos el clap-clap, de nuestros pasos. Claro que también tenemos la chance de evitar el promiscuo paredón e intentar refugiarnos en los retretes. Ventaja: evitamos

que nuestros vecinos de infortunio estén pegoteados a nuestros costados, porque al menos una pared separará nuestras intimidades. Desventaja: no hay inodoros sino insondables letrinas, y las sorpresas con las que podemos toparnos allí exceden nuestras más atroces conjeturas.

Y ahí, el césped

Pero bueno, queridos amigos, ya casi estamos llegando. Y además, papi, no te quejes, que el fútbol es la fiesta popular y a eso hemos venido. Y acá me detengo, porque esta es una de las trampas que el fútbol te tiende, que la cancha te prepara, y te hace caer siempre como un chorlito. Después de todos los infortunios que venís arrastrando subís dos, tres escalones, girás detrás de una pared, y de repente ves el pasto de la cancha. Es como una foto mal sacada, porque no lo ves entero. Ves un manchón, un rectángulo mal centrado, porque te tapan las paredes, el piso, una parte de las tribunas. Pero es el pasto. Es posible que, de cerca, sea un pisadero miserable. Que tenga cráteres del tamaño de trincheras de la Guerra del 14. Pero desde ahí arriba es precioso. Es igual, siempre igual, a la primera vez que lo viste. Verde y brillante. Refulgente por el sol o por las luces blancas de los focos. Más verde todavía con la línea de cal recién repasada.

Y como un idiota, o como una pavota, según el género de quien llegue, uno se quedará un segundo pasmado, ahí detenido en su maravilla, como hizo la primera vez.

Pero cuidado, señores míos. Que esta columna no busca que reincidamos en la inocencia, sino que advirtamos nuestra candidez. Así que basta de romanticismo. Avance nomás, tribuna adentro, porque ahí parado como un tonto maravillado no hace más que tapar el acceso y molesta. Y el romanticismo no conduce a nada. Sépalo. O sí, conduce. A que usted, vuelta a vuelta, regrese a sufrir.

Lamentablemente, o no, voy a tener que cortar acá. Un poco porque este ensayo se me está haciendo más largo de lo que tenía calculado, y tampoco es cuestión de llenar toda la revista con mis improperios. Que la gente de *El Gráfico* me tiene paciencia, pero todo tiene un límite. Y además, esta enumeración de barbaridades me ha llevado la presión a 20-16 (siendo 20 la mínima, obsérvese lo mal que quedé). De manera que ahí estamos, listos para sentarnos donde se quiera, o para permanecer de pie donde se pueda, a la espera del comienzo del dichoso partido. Yo me quedo acá escribiendo lo que sigue, para el mes que viene. Usted, mientras tanto, si tiene el estómago fuerte y una billetera bien provista, pídase un café.

Atormentame, que me gusta (conclusión)

En mi columna del mes pasado me permití repasar el voluntario martirio al que nos sometemos con el único objeto de ver a nuestro equipo en la cancha. Horarios inverosímiles, «trapitos» al acecho, cacheos policiales, baños infectos. Pero eran tantos que se me fue la columna entera en denunciar sólo una porción de esos tormentos. Mi intención original era bosquejar una pintura completa de la pesadilla, y apenas me quedé en el prefacio. Hoy, si me lo permiten, enmendaremos esa falencia. O, como diría Aldo Cammarota en el viejo *Telecómicos*: «No se vayan, que ahora viene lo mejor».

Recibamos al equipo

Asoman nuestros jugadores y desde cada rincón del estadio se despeñan algunos cantos como torrentes embravecidos. El de «Mi buen amigo», perfecto. Habla de acompañar al equipo en esta campaña, como siempre. De que no nos importa lo que digan los demás. Perfecto. Fidelidad pura. Pero hay otros que me resultan más preocupantes. Me refiero, puntualmente, a dos de ellos. «Hoy hay que ganar», dice la monocorde lírica del primero. «Pongan huevos», reza el segundo. El primero me lleva a interrogarme: ¿Por qué hay que ganar justo hoy? Si es por eso, hay que ganar siempre. Cosa imposible, si las hay. Y esa porfía parece conducirnos al segundo cantito: el que se propone apelar a la hombría de nuestros futbolistas. Acá me interrogo: ¿no sería mejor pedirles, sobre todo ahora que están ahí, recién llegaditos, saludando desde el círculo central, que jueguen bien al fútbol? Y ojo que con «bien» no les estoy pidiendo que remeden el gol del Diego a los ingleses, o el funcionamiento del Barcelona 2011. No, papi. Te pido que levantes la cabeza y se la des a un compañero y que éste, a su vez, en lugar de devolverla diez metros atrás, intente pasársela a otro compañero que esté adelante. O que cometa la osadía infrecuente de intentar gambetear al tipo que lo está marcando. Yo creo, en mi inocencia, en mi desconocimiento, que si nuestros jugadores logran hacer eso, tenemos ciertas chances de acercarnos al arco rival y, si Dios quiere, meter un gol o hazaña parecida. Y ahí nos acercaríamos a ese primer imperativo que hablaba de ganar. Pero lo veo difícil, si empezamos pidiendo «pongan huevos» en lugar de «jueguen un poco al fútbol». ¿Será que nos lo impide la métrica del cantito? ¿O lo que nos lo impide es nuestro embrutecimiento? Pero ahí estamos, solicitando testículos en lugar de pelota al piso, y a mí me da mala espina porque siento que ya estamos preparándonos para lo peor.

Y lo peor, claro está, acaece. Porque empieza el partido. Último instante de inocencia. Ese del pitazo inicial. Todo el mundo grita, sin rabia, y con toda la fe. Son dos, tres segundos. Un «vamos» que incluye todas las esperanzas y que no se debe a

ninguna incidencia del juego. No. Puro entusiasmo. Pura alegría por estar ahí. Lástima que después el partido sigue.

A ver esos piecitos (o lo que denominaríamos «problemas de perfil»)

Acá te quiero ver. Porque ahí es donde empieza el horror más profundo, la última pesadilla. Es que casi todos tus jugadores, más que jugadores de fútbol, parecen autitos chocadores o, peor, autitos chocadores con una ensaladera en el lugar de cada pie. ¿Es posible que el único tipo que puede usar los dos pies para llevar la pelota sea el dichoso «enganche»? Ya sé que el más hábil suele ser el 10. Pero una cosa es ser el más hábil y otra es ser el único hábil. ¿Yo tengo un recuerdo endulzado del pasado, o hubo una época en la que casi todos los mediocampistas y delanteros eran hábiles, y en todo caso el 10 era el «más» hábil entre ellos?

Ejemplo típico del desastre: un volante por derecha pretende dársela al mediocampista central, que está parado unos metros más adelante. Movimiento lógico: toque con el pie zurdo, a ras del piso. Problema: tu mediocampista por derecha es menos zurdo que Benito Mussolini, y por lo tanto se la da con la pierna diestra. Consecuencia: la pelota, al número cinco, no le llega un metro adelante, sino un metro atrás. Y tu número cinco (que tampoco es una luz, confesémoslo) tiene que ponerse de espaldas al arco rival, para proteger ese balón mal cedido frente al embate del volante central de los contrarios, que se lanza a apurarlo. Porque eso sí, correr, corren. Todos corren. Poner, ponen. Todos ponen. Lástima que, si quiero ver correr, te lo pongo a Gonzalo Bonadeo con el Mundial de atletismo, que está buenísimo pero es otra cosa. Sáquense las camisetas de fútbol, pónganse la musculosa con el numerito de tres cifras en el pecho, y corramos los cien metros llanos o los ciento diez con vallas. Pero quitemos la pelota, porque molesta. Es fútbol, esto. Se supone que es fútbol. Debería ser fútbol.

Pero volvamos a nuestro pobre número cinco, que quedó de espaldas al arco rival, atorado por uno de ellos. ¿Qué puede hacer? Tirarla quince metros más atrás, a uno de los defensores centrales. Madre de Dios. Que si tus volantes son poco dúctiles con la pelota, imaginate tus centrales. ¿Resultado? La pelota termina en un marcador de punta —al que le llega sucia por el asunto que dijimos de los perfiles— que la revolea, a dividir, en tres cuartos de cancha. O sigue viajando hacia tu propio arco, donde tu arquero, sin mayores chances, también la tira a dividir en tres cuartos de cancha. ¡Nótese (y a esta altura me arrodillo y trenzo mis dedos en señal de adoración a quien pueda compadecerse de mi dolor) que todo el desastre se inició con un volante que no puede darte un pase de diez metros con el pie izquierdo!

A ver esas manitos (o lo que denominaríamos «no podés ser así de bruto»)

Es cierto que la complejidad y la belleza del fútbol tienen que ver, en buena medida, con que se juega con las más torpes de nuestras extremidades. Pero mi pánico se desborda cuando pienso en los saques laterales. Un misterio. Nuevo

capítulo del espanto. A ver, hijo mío, que te dispones a poner la pelota en juego desde una de las bandas, ¿jugaste alguna vez al básquet? ¿Al handball? ¿Al delegado? En la escuela, en un club de barrio, en la calle. ¿Propulsaste, alguna vez, una pelota con tus manitos? ¿Tiraste cascotazos a un blanco más o menos distante, aunque sea? Yo tendería a pensar, en abstracto, que sí. Pero viéndote, en concreto, concluyo que en la perra vida le pasaste una pelota con las manos a nadie. ¿Cómo se explica, si no, que la tires derechito a la cabeza de un rival? ¿O que se la arrojes a un compañero que tiene dos tipos, cuando no tres tipos, cuando no cuatro tipos encima, que se la van a sacar sí o sí? ¿O que, en la hipótesis milagrosa de que se la das a un compañero desmarcado se la tirás de modo que le pique dos metros antes y le llegue a la altura del ombligo, o que le pegue en la pantorrilla de manera que, para controlarla, tenga que pegarle dos o tres tiros con una Magnum 357? Pongamos que lo tuyo no son las manos (aunque ya hemos visto que los pies tampoco). ¿Y si te quedaras practicando laterales, después del entrenamiento? ¿Si en lugar de volver rápido a casita a escuchar música o jugar a la Play, te quedás sacándole laterales al aire? ¿Sería un pecado? ¿Tenés miedo de que te dé lumbalgia?

A ver esas (otras) manitos: alcanzapelotas y otras yerbas

Y hablando de gente que toma la pelota con sus manos, un párrafo aparte para los alcanzapelotas, próximos *cracks* que habrán de deleitarnos en un futuro inminente. Supongamos que nuestro equipo está apurado porque pierde o empata (situación por demás frecuente, claro está). ¿No podrían ponerse de acuerdo para alcanzarle, al arquero rival, una sola pelota por vez? Porque el muy turro del guardameta visitante, que de por sí tiene decidido demorar entre dos y tres minutos para poner la pelota en movimiento, aprovechará, si ustedes son tan obtusos de tirarle balones de más, para convertirlos en cuatro o en cinco minutos, bajo la atenta mirada del juez, con el que hoy prefiero no meterme porque ya, sin mencionar a los árbitros, tengo la presión en 25, de modo que si me meto con ellos termino de color azul y largando espumarajos por la boca. De manera que, querido alcanzapelotas, sería preferible que te tomaras cinco, seis segundos para verificar que la pelota no haya rebotado de nuevo hacia el campo de juego. Si fue así, quedate pancho, y que juegue con ésa (porque de todos modos va a ir a buscar ésa). Y si no fue así, mirate con tu compañero alcanzapelotas, ese que tenés al otro lado del arco, y ponete de acuerdo a ver si la tirás vos o la tira él. ¿Será posible? Digo, así no perdemos tiempo y nuestros jugadores pueden seguir intentando conocer el área rival. Excursión difícil, es verdad, pero imposible mientras vos y el otro sigan acumulando pelotas en el área chica, corazón.

Y falta todavía contar un pecado, en esto de los laterales y el regreso de las pelotas. Porque no lo hemos visto todo. Aún falta. ¿Saben qué falta? La muy problemática devolución de las pelotas que se fueron a la tribuna. Algún potrillo de los veintidós que pastan en el verde césped la puso en órbita y cayó en las gradas, más precisamente en tus manos, querido hincha, que estás contemplando esta belleza

de cotejo futbolístico. Bien. ¿Qué corresponde hacer, si tu equipo —como casi siempre— necesita apresurarse? Que la pases hacia el pie de la tribuna, hacia alguno que está junto al alambrado, y que éste, con un lanzamiento medido y sutil, la levante, alto y cerca, para que la atrape el alcanzapelotas más cercano. No hablo en chino, ¿no? Es una idea coherente, ¿no? Pues no. Porque el infeliz que recibe la pelota en la tribuna se siente llamado a altísimos destinos, como por ejemplo soltar la pelota con la mano izquierda, a media altura, y meterle una terrible quema en dirección al campo de juego, como émulo del gran Nery Pumpido —gran sacador desde el arco, preciso y a lo lejos, según recuerdo de sus tiempos de River.

Pero vos no sos Pumpido, querido amigo. Sos un chambón que lo único que logra es que la bola caiga en plena cancha, y el señor árbitro deba detener las acciones para retirar esa segunda pelota, con la consiguiente impaciencia de nuestra parcialidad, que siente que seguimos perdiendo segundos preciosos y tendría razón, serían preciosos, si estos burros tuvieran una mínima noción de en qué emplearlos, pero como no la tienen, en el fondo, da lo mismo que juguemos noventa minutos o cuatro meses y veinte días, pero no importa, porque nosotros seguimos ahí, tensos, expectantes, ilusionados, en puntas de pie o agachados, intentando ver el campo de juego porque, claro, no es tan fácil ver la cancha y eso nos conduce a otro problema, el de las dichosas banderitas.

Banderita de mi corazón (bajame ese jirón del cielo, te lo pido por favor)

Yo puedo imaginar, no soy tan viejo y amargado, o sí, pero de todos modos me puedo imaginar, la primorosa ceremonia del hincha que cose y pinta un «trapo» con los colores de su equipo. Con una frase. Con un dibujo. Algunos expresan lo que sienten por su club. Otros aluden a su terruño, a su lugar de origen. Llegan a la tribuna, la despliegan, le piden a algún fotógrafo que está en el campo de juego que les dé una manito para atarlas. Todo muy hermoso.

Ahora bien, ¿por qué cuernos tenés que colgar el maldito trapo en un lugar que tapa la cancha, pedazo de infeliz? Porque para que vos te des el gusto de que en tu casa, por la tele, tus parientes digan: «Uy, mirá, ahí está la bandera del Cachito», otros cuatro mil idiotas se tienen que apelotonar en los diez escalones superiores de la tribuna para poder ver algo, y ni siquiera, porque una de las banderitas —pongamos por caso la que dice «Alejandrito - Villa La Ñata» y mide uno por uno— está colgada arriba de todo, de modo que tenés que ponerte en puntas de pie y agacharte al mismo tiempo, mal rayo los parta.

Aplaudan, aplaudan, no dejen de aplaudir

Como ya tengo la presión en 28, y estoy viendo estrellas, voy a ir dejando. Un último pedido a los hinchas en general. No aplaudan cualquier cosa. Porque si no, los pobres muchachos que tienen puesta nuestra camiseta pueden llegar a confundir lo que ellos hacen con una buena jugada. Ejemplo, si tu marcador de punta, con

ademanes de Robocop epiléptico, consiguió trepar su andarivel y, rebote va, rebote viene, logra que la jugada termine en un tiro de esquina, dispongámonos a ver qué sucede con el córner, sí. Pero no lo aplaudamos. Si la jugada fue horrible, no lo aplaudamos. Porque de lo contrario regresará a su casa convencido de que es la reencarnación de Garrincha o el émulo vernáculo de Andrés Iniesta. Y no lo es. Otro ejemplo: el tipo que pega una patada inútil en tres cuartos de cancha y se hace echar. ¿Cómo se te ocurre aplaudirlo? ¿Qué aplaudís? ¿Que te dejó con uno menos? Distinto es el caso del tipo al que agarraron mal parado de contra y entendió que era hachazo y expulsión, o gol de ellos. Ahí uno entiende el sacrificio. Pero ese «te aplaudo porque pegaste una murra y te echaron»… ¿A cuento de qué? Tampoco propongo insultarlos. Que entiendo que no ayuda. Pero… ¿aplaudir burradas? ¿Con qué sentido?

Arriba las manos (adiós, adiós)

Y para el final, el saludo de nuestros jugadores al final del partido, antes de retirarse, también va en camino de sacarme de quicio. Me refiero al saludo en el medio campo, manos en alto. Mejor dicho: lo que me crispa es lo indiscriminado de ese saludo. Eso de hacerlo siempre.

Si jugaste horrible, no me saludes. Si querés, uní tus manos en lo alto pidiendo perdón. Ahí, tal vez, cuentes con mi respeto. Veré, en ese gesto, que te da vergüenza haber jugado tan mal. Que me estás pidiendo disculpas por haber tenido puesta esa camiseta que te queda grande. Que acompañás mi fastidio, por lo que vi y por lo que me espera: salir de la cancha, caminar entre la multitud hasta ver si el auto sigue entero; treparme a un tren atestado; esperar una hora, muerto de frío o de calor, el maldito colectivo.

Saludame si jugaron bien. No digo si ganaron. Si jugaron bien. Ahí saludame, y yo te voy a aplaudir. Tengamos, vos y yo, ese diálogo crepuscular. Ese diálogo sobre fútbol. O haceme un gesto de disculpas, donde aceptás que fuiste un asco y que tengo todo el derecho de pensarlo. Y si te estás disculpando, será de guapo que me guarde la bronca, y de cobarde que te insulte amparado en el gentío. Pero en serio, por favor, que el epílogo signifique algo. No esas manos alzadas al vacío, en un rito que no entendiste, y que no te merecés.

Listo, queridos lectores, ya está. La próxima columna prometo menos amargura, unas gotas de alegría, un mínimo de esperanza. Pero a veces me parece que hay que plantarse. No es tan grave. El fútbol va a seguir. Y nosotros seguiremos, también, yendo a la cancha. A buscar no sé qué. Y a no encontrarlo casi nunca. Pero volveremos. Si al fin y al cabo, eso es lo que somos.

Correr desde atrás

Algún día quiero escribir un cuento que tenga como protagonista a un periodista deportivo obligado a redactar, sin ganas, la crónica de los partidos del 15 de diciembre de 2013. Los que definieron el campeonato argentino.

No importa para qué medio escribe. No nos vayamos en esas sutilezas que no hacen al asunto. Supongamos que es un medio gráfico que tiene, como casi todos, una versión digital. Tampoco importa si tiene una versión en papel que saldrá a la calle el lunes a la madrugada. Supongamos que sí. Pero quedémonos con que tiene versión digital y, por lo tanto, tiene que colgar la crónica en la página web cuatro, cinco, seis minutos después de que termine el partido.

Tal vez se pregunta, este pobre periodista, si sus colegas de antaño sufrieron los mismos apurones, idénticos contratiempos. Aunque se lo pregunte, no tiene a quién trasladarle la pregunta. Primero, porque en esa redacción, habitualmente, no trabajan tipos demasiado experimentados. Tipos que vengan de esos tiempos lejanos de linotipias y máquinas de escribir. Y segundo porque, en esa tarde de domingo, de domingo de calor de 15 de diciembre, en realidad no hay a quién preguntarle nada de nada.

Está solo, el periodista. Solo, con dos televisores encendidos. Uno en el partido Vélez - San Lorenzo. Otro en el partido Newell’s - Lanús. «Impresionante desenlace», piensa el periodista. «No apto para cardíacos», habría dicho algún relator radial de hace muchos años, de cuando era chico y el fútbol, para él, significaba algo. Dos de los cuatro pueden salir campeones. Los otros dos pueden forzar un desempate.

El periodista se sirve gaseosa en un vaso alto lleno de hielo. El hielo lo obtuvo de una máquina que queda dos pisos más arriba. Pero como la gaseosa no estaba en la heladera los cubos de hielo se derriten pronto.

Mientras espera que empiecen los partidos arranca con algunas frases de encabezado. Papel picado, como quien dice, para completar los primeros quinientos caracteres de los siete mil que le han pedido. ¿Y si pone eso de «no apto para cardíacos»? No recuerda la fuente. ¿Era Muñoz el que lo decía? Alguna vez, en la escuela de periodismo, le dijeron algo sobre lo importante de citar las fuentes. Además, tiene miedo de que alguien con problemas cardíacos lo denuncie por insensible. Esas cosas pasan. En la web cualquiera se siente libre de decir cualquier cosa. Y el periodista no quiere que lo jodan. No está muy seguro de lo que sí quiere. Pero sí está seguro de lo que no. Y que lo jodan es una de esas cosas que no. Que seguro que no quiere.

«¿A fin de cuentas seré un miedoso?», piensa, mientras revuelve los hielos que tintinean contra los costados del vaso, a medida que se hacen más y más chiquitos.

Tal vez, se contesta, y hay que reconocerle cierta honestidad. No es fácil, para nadie, aceptarse cobarde, o cómodo, o cobarde de puro cómodo.

Me detengo un momento: ya me cansé de decirle «el periodista». Deberíamos inventarle un nombre, un apellido. Ahí hay un problema. ¿Y si quiere mi mala fortuna que justo coincida con un periodista de verdad? Esas cosas pasan. A veces, pero pasan. Y yo vengo de un 2013 para el olvido, en el que ligué manos de dos cuatros y un cinco, todos de distinto palo. Y lo que yo estoy contando es un cuento. A medio hacer, a medio contar, pero un cuento. Una ficción. Tal vez existan periodistas como éste. Tal vez no. Pero éste, en particular, lo estoy inventando mientras escribo en mi casa, mientras pasa una avioneta rumbo a la Base de Morón, mientras es de tarde y hace mucho calor. Lo único que me falta es embocar justo el apellido de un periodista de carne y hueso y que termine haciéndome juicio. Al final, debo ser tan cobarde como mi periodista de mentira.

No le demos más vueltas: Torres. Digamos que se llama Torres. Y juro que me lo acabo de inventar. Pero ahora va mejor. Ya no será «el periodista». Será «Torres», así, sin nombre.

Pues ahí está Torres, que se vuelve a servir gaseosa. Otro vaso generoso, a sabiendas de que los hielos están a punto de desintegrarse.

Empieza a escribir. Algo sobre un «final electrizante» digno de un «guión de una película de Hollywood». Eso. Así está bien. No es lo que piensa Torres. Si Torres estuviese dispuesto a escribir lo que piensa, escribiría más bien que el guión puede ser de Hollywood, pero la producción de la película parece hecha acá a la vuelta y sin un mango. Cuatro equipos que apenas se despegaron de otros siete. Un campeón que le sacará seis o siete puntos al décimo puesto.

Pero Torres se cuidará muy bien de escribir algo así. No quiere quilombo. Y a los campeones no les gusta que les retaceen los laureles. Mejor que sobren y no que falten. Cada cual puede pensar, para su coleto, que el campeonato fue un desastre. Pero nada de reconocerlo en público. Nada de que te toquen el traste con tu club, que para algo somos hinchas. Por eso, piensa Torres, nada de quilombo. Escribe eso del «final electrizante» y la «película de Hollywood». Punto y aparte.

Torres mira alternativamente los dos televisores y concluye que no, que no hay manera de mirar dos partidos de fútbol a la vez. No sabe si otros periodistas pueden. Él no. ¿Complejidad del fútbol o estupidez de Torres? Otra pregunta sin respuesta. Le baja el volumen y elige por probabilidad. De Vélez - San Lorenzo puede salir un campeón. Del partido de Rosario, no. Entonces, a mirar el de Liniers, y en todo caso, de reojito el otro si hace falta.

Y eso sin olvidarse de ir escribiendo la dichosa crónica. ¿O debería decir «las» dichosas crónicas? ¿Es una o son dos? O una que contemple los dos partidos. Debería llamar a su jefe, porque ahora que lo piensa no le quedó claro. Piensa. Intenta representarse el mal humor de su jefe si lo llama el domingo a las seis y veinte de la tarde para preguntarle eso. Mejor escribe las dos. Y que el flaco que se encarga de

subirlas a la web decida el resto. Eso. Mejor hace así. De paso, hay a quién echarle la culpa.

Abre dos documentos de Word. A uno lo titula «Liniers». Al otro, «Rosario». Con *copy-paste* repite el encabezado, ese del final electrizante y de Hollywood. Lástima que el primer tiempo es un bodrio a dos puntas. Será el calor, serán los nervios, serán cosas que a Torres se le escapan. Pero los dos partidos dejan poco y nada. En el entretiempo sube los dos pisos del edificio casi vacío, a buscar más hielo. Desconsolado, descubre que no hay más. Mira la hora en su celular y hace cálculos. Si sale del edificio y se va hasta la esquina a comprar una gaseosa fría se pierde los primeros dos, tres minutos del segundo tiempo. Decide que no. Para qué ese riesgo innecesario. No será la primera vez que se tenga que tomar la gaseosa a temperatura ambiente. Vuelve a bajar, se sienta al escritorio y revisa lo que tiene escrito.

Lo de «partido trabado» lo puso. Lo de «rivales que se respetan demasiado» también lo escribió. Le faltó lo de «jugadores pendientes de lo que sucede a cuatrocientos kilómetros». Lo agrega, pero apenas lo escribe lo asalta la duda: ¿cuántos kilómetros separan a Liniers de Rosario? ¿Serán trescientos? Torres se promete googlearlo antes de cerrar esa crónica infame que está escribiendo. Porque Torres lo sabe. Lleva escritos tres mil caracteres de lugares comunes, y todavía le faltan cuatro mil más. Pero no le pagan por hacerse el lírico ni el ocurrente. Apenas una crónica que dure en la portada web del diario unas cuantas horas. Que justifique, por el número final de visitas, la miseria que le pagan. No se va a andar haciendo el ocurrente por semejante empleo.

En eso está, revisando nimiedades, cuando Pasquini, de Lanús, pifia en el despeje de un tiro de esquina. Y Pablo Pérez, de Newell’s, la agarra bien llenita y la manda guardar. Upa. Esto importa. Sube el volumen de ese partido. Chequea datos. Describe sucintamente la jugada. Y lo más importante: ahora hay un desempate entre la Lepra y San Lorenzo. Algo tiene que poner sobre Newell’s, y que «despertó de su letargo de varias fechas para construir un triunfo clave». Eso, perfecto. Lo escribe. ¿Algo de Lanús? Sí, perfecto. Algo de que «Lanús no pudo mantener la concentración, después de su consagración en la Copa Sudamericana». Es lógico, supone Torres. Lo supone, no lo sabe, porque está seguro de que él, Torres, en la perra vida será campeón de nada.

¿Y el otro partido? ¿Qué pasa en el otro partido? Nada. Algo tiene que escribir. Sobre San Lorenzo, y «una seguidilla de empates que lo colocan en la cornisa de perder el campeonato». Torres duda. ¿Le pega a Pizzi, o no le pega? ¿Y si en el desempate San Lorenzo la descose? Torres va a quedar como un idiota. Pero, por otro lado, de acá al miércoles nadie se va a acordar de las estupideces que escriba Torres el domingo. Entonces sí: empieza con algo de la «excesiva cautela con la que San Lorenzo…», pero se detiene. Momento. Porque llueve un centro de Velázquez al área de Newell’s, cabezazo y gol de Lanús. ¿Goltz o Izquierdoz? ¿Quién lo hizo? ¿Fue en offside? Los rosarinos casi no protestan. La cámara se va con Izquierdoz. El gol será

de él, entonces. Vistazo a Liniers. Todo igual. Pero el campeón vuelve a ser San Lorenzo.

Torres, por las dudas, borra el párrafo que hablaba de la cautela azulgrana. Menos mal. ¡Y casi se olvida de borrar también el de la falta de concentración de Lanús! Ahora sí, pintar, eliminar. Menos mal. Justo a tiempo. Ahora hay que decir algo de «la entereza de Lanús, que no se entregó pese al desgaste de la final de la Sudamericana». Así, perfecto.

Vuelve a mirar el de Liniers, porque ahí está, entonces, el campeón. Y de repente ¿Insúa? mete una calesita y un toque profundo y Allione recibe con derecha, la toca apenas para alejarla y le mete un viandazo fenomenal que pega en el palo izquierdo de Torrico y vuelve al área.

Torres anota el tiempo de juego: 21 minutos. Se dispone a escribir algo sobre lo cerca que estuvo Vélez cuando Maxi Rodríguez, en Rosario, no tiene mejor idea que bajársela de cabeza a Casco, que le pega franco al arco. La bola se desvía en Izquierdoz, oh, paradojas del destino, y 2 a 1 para Newell's.

Torres resopla. Otra vez todo para atrás. ¿Qué había escrito sobre Newell's? ¿Algo sobre su «rebeldía»? Si no lo puso, bien vale escribirlo ahora. «Newell's fue con rebeldía hacia el arco de Marchesín.» Eso le lleva un par de minutos. En Liniers, todo igual. ¡Tiene que escribir algo sobre eso! ¿Cómo era ese párrafo que había escrito sobre la pasividad de San Lorenzo? Porque ahora está otra vez en zona de desempate con los rosarinos. Intenta repasar los cambios que metió Pizzi. Ya van dos, y él, como un tonto, se olvidó de anotarlos. ¿Cómo va a tildarlos de conservadores si no se fijó en quiénes entraron? No importa, para el caso. Si las cosas terminan así, con desempate el miércoles, todo el mundo hablará de que «San Lorenzo no supo aguantar,» de que «los jugadores se contagiaron de la demasiada prudencia del cuerpo técnico». Eso le gusta. ¿Estará bien dicho: «demasiada prudencia»?

En eso anda Torres cuando Pereyra Díaz empata otra vez para Lanús, y a esta altura Torres lo siente casi como una afrenta personal. ¿Otra vez a reescribir toda la crónica? Faltan quince minutos. Mejor se apura. Como un director técnico, él también mete sus cambios. Sale la «rebeldía de Newell's». Entra (vuelve a entrar) la «dignidad» de Lanús. Pero antes se asegura de quitar lo de la «demasiada prudencia», por Dios. Rápido. Hay que suplantarlo. Escribe que Pizzi ha sabido «enfriar el partido. Jugar esos minutos finales como una partida de ajedrez». Es pésimo, y Torres lo sabe, pero seguro que a su jefe le gusta.

Se percata de que no dijo nada de Vélez. Tendrá que poner algo sobre su «seriedad», su «proyecto», pero nada que opaque los méritos del campeón. Hablando de no opacar, Torres desarrolla un concepto clave. Torres piensa, Torres escribe: «Vélez nunca supo resolver la ecuación que le propuso San Lorenzo».

Y ahí está, y cliquea en la función de contar caracteres y se encuentra con que se pasó a siete mil quinientos. No hay problema, corta un poco la introducción y listo. ¿Cómo podía saber él que en Rosario se les iba a dar por ponerse a meter cuatro

goles? ¿Ya corrigió lo de la dignidad de Lanús? Sí. Lanús, en la crónica, ha vuelto a ser digno, después de estar un rato desconcentrado.

Torres está un poco cansado. Al final, le dieron baile. Mira el tiempo de juego. Cuarenta y cuatro minutos. Y de repente un centro desde la izquierda que cae en el área de San Lorenzo. Esas cosas que se supone que no tienen que pasar pero pasan: son seis de San Lorenzo, contando al arquero, contra cinco de Vélez. Pero uno de los de Vélez recibe solo en el borde derecho del área. Y ahí es donde el fútbol es fútbol y pasa cualquier cosa. Porque los defensores de San Lorenzo no saben si salirle a Pérez Acuña o esperar a que descargue, y como resultado no hacen ni una cosa ni la otra. Por eso el centro en cortada para Canteros, que hasta tiene el tiempo de levantarla para pegarle más de lleno. San Lorenzo, en toda la jugada, va de atrás. Sucedió cuando Pérez Acuña recibió libre, y pasó cuando le dieron a Canteros el tiempo de pegarle. Pero la bola sale mordida y con rebote en una pierna, y San Lorenzo parece que se salva, porque uno de los centrales despeja como puede. Y sin embargo el despeje queda corto, y ahí está otra vez Allione. Sí. Allione, el que hace 23 minutos metió un tiro en el palo. El despeje defectuoso le da un poco encima del ombligo, no llega a ser en el pecho. En ese sentido mejor, porque el balón rebota más corto, casi fofo, para que le pegue de derecha, de sobrepique, franco al arco.

Torres tiene ya siete mil quinientos caracteres escritos. Van 44.16 del segundo tiempo, y todo puede volver a cambiar. Si Torrico se mueve, por instinto, un paso a su derecha, es gol de Vélez. Medio paso. Con eso alcanza. Que apenas descanse el cuerpo sobre el lado derecho, y Torres deberá escribir todo de nuevo. Ahora la «rebeldía» será la de Vélez, el «legítimo campeón que nunca bajó los brazos». Y San Lorenzo no habrá estado «a la altura del desafío». Le habrá pesado demasiado «la chapa de candidato». Newell’s y Lanús pasarán a un inevitable segundo plano, porque ya no habrá manera de que entren en la foto, ni a los codazos. Que no estamos para desempates, después de todo. «Vélez lo hizo.» «Vélez lo logró.» «Vélez de atropellada.» La columna de hoy será para enaltecer a Vélez. Y mañana habrá que pegarle a San Lorenzo. «Incredulidad de sus hinchas», anota Torres mentalmente, buen título para mañana. «Santa decepción», ése le gusta más todavía. Todo eso piensa Torres en un segundo.

Pero Torrico no desequilibra su cuerpo hacia la derecha. Nada de eso. Se queda agazapado pero firme. Y a puro reflejo saca la mano izquierda casi vertical hacia arriba. Yo calculo que finalmente la pelota impacta en la base de la palma de su mano, y por eso no la vence. Porque si le daba en los dedos, tal vez se los doblaba. Pero eso lo digo yo, no lo dice Torres.

Torres tiene un momento de incredulidad, de pasmo, de asombro desbordado. Torres intuye que el fútbol es eso: esa materia intangible hecha de azar y de algunas otras cosas. Una cosa extraña y mágica y cambiante a la que nunca se le acomodan del todo las palabras.

Torres, en un rapto de lucidez, se da cuenta de que lo único que tendría sentido escribir, este anochecer de calor, en esa redacción vacía, es que al fútbol siempre lo corremos de atrás, intentando ceñirlo con palabras, buscando vanamente encasillarlo, entenderlo, justificarlo, encontrarle unos porqués que en el fondo no tiene.

Si Izquierdoz no mete la cabeza para el gol en contra, habría habido desempate con Lanús. Y si los rosarinos no pierden las marcas en el gol de Pereyra Díaz habría habido desempate con Newell's. Y si Torrico no saca esa mano indescriptible para tapar el chumbazo de Allione habría sido campeón Vélez.

Pero nada de eso va a pasar. Y el campeón va a ser San Lorenzo. Y las palabras se acomodarán a eso.

¿Y si manda todo al cuerno y escribe sobre eso? Torres duda, mientras los dos partidos entran en el tiempo de descuento. «Tiempo recuperado», como se llama ahora. ¿Y si escribe sobre lo inútiles, lo torpes, lo trasnochadas que quedan las palabras cuando el fútbol, con sus azares infinitos, las embarulla y las derrota?

Mejor no, piensa Torres. Los partidos acaban de terminar, casi al mismo tiempo. Y en seis minutos su jefe va a meterse en la página web, y querrá ver su crónica. De manera que vuelve a concentrarse. Él no es escritor, y lo que le pidieron fue la crónica de la definición del campeonato. Qué tanto. De manera que pone las cosas en su sitio. El planteo de San Lorenzo vuelve a ser «inteligente». El esfuerzo de Vélez, «insuficiente». El ahínco de Newell's, «tardío». La dignidad de Lanús, «probada».

Torres le pone el punto final a su crónica. La envía al flaco que sube las cosas a la página. Se sirve el último resto de gaseosa caliente. Mejor así. Nada de quilombos.

Apaga la computadora y baja por la escalera. Mientras sale a la vereda, raramente entristecido, no puede evitar pensar que la vida, como el fútbol, es un misterio al que siempre corremos desde atrás.

Abandono

Decir que «nos citamos» con el Cabezón en un bar de Ituzaingó es una exageración. Es un plural mentiroso. No «nos» citamos. Fui yo quien lo llamó, varias veces, hasta que logré vencer su resistencia. Y ahí mismo, en esas negativas, pude ver que la cosa era grave y venía en serio.

Por lo menos llega puntual. Quiero pensar que es una buena señal, aunque la expresión de la cara del Cabezón, el modo desganado en que se deja caer en la silla, la forma en que abandona el cuerpo apuntando hacia la puerta del bar, como alistándose a irse desde el principio, son señales de que no, de que no queda mucho para hacer, mucho para decir, ni mucho para cambiar en la decisión que no me ha dicho, pero que seguro tiene tomada.

¿Le pregunto directamente o será mejor irse un poco por las ramas? ¿Preguntarle por la familia, por el trabajo, por algún amigo en común que hace tiempo que no veo? Decido que no. Que el Cabezón va a advertir que se trata de rodeos. Inútiles y torpes rodeos.

«Hace cinco meses que no venís a jugar los sábados», disparo. Eso es todo. Ése es el punto. Ése es el único inicio posible para la conversación. El Cabezón asiente. «¿Por qué dejaste de venir?», insisto.

Cuando llegan los cafés hacemos una pausa. El Cabezón le agrega azúcar. Dos. Tres cucharadas colmadas. Que se desgarró, contesta, por fin, y levanta un poco el cuerpo para tomarse la parte delantera del muslo derecho, como reafirmando lo de su lesión. Eso es todo. No dice nada más. Es él, entonces, el que ha decidido irse por las ramas.

«Está bien, Cabezón, pero un desgarro son dos, tres semanas parado. No son seis meses.» Dice algo sobre los años. Una cosa son los pibes, explica el Cabezón. Ahí sí son tres semanas. Pero qué querés, pregunta, sin énfasis. Cincuenta pirulos. Ni de casualidad te recuperás en tres semanas.

«Pero tampoco en seis meses», murmuro yo, y el Cabezón hace una mueca que no significa ni sí ni no, y sigue mirando hacia la vereda. Me mantengo en silencio, como un modo de darle a entender que todavía sigo esperando. Que tiene que contestarme, porque el asunto ese del desgarro no es motivo suficiente.

«¿Sabés qué pasa?», dice por fin, y me doy cuenta de que ahora sí, de que ahora se acabó el tiempo de las excusas y los rodeos. Pero todavía falta un poco, porque vuelve a hacer silencio. Como si le faltase el último envión. O como si no tuviese claro por dónde entrar en materia.

«¿Vos qué edad tenés?», me pregunta de repente. «Cuarenta y cinco», le contesto. «Claro, claro —dice—, ahí tenés un poco la respuesta.» No lo entiendo. No sé a dónde quiere llegar. Se lo digo.

«Dentro de un par de años me vas a entender», dice en un tono de voz que más parece una sentencia. «Al principio no te das cuenta», dice mientras me mira de frente por primera vez, y acomoda el cuerpo hacia mi lado, como quien, por fin, decide dejar al margen las demoras.

«O lo que sentís es, el domingo a la mañana, que te atropelló un tren durante la noche y vos no te enteraste. ¿Me seguís?» Claro que lo sigo. Si lo del tren está empezando a pasarme a mí. El día del partido, en caliente, más o menos la llevás. El asunto es a la mañana siguiente, que te duelen todos los músculos del cuerpo, hasta los que no tenés. Pero no digo nada, porque el Cabezón quiere seguir hablando.

«Te lo bancás. El dolor, digo. El lunes, el martes, más o menos te acomodás. Pero después es peor, ¿sabés? Porque no es que te duele. Te empezás a romper. Y llega un momento en que te rompés cada dos por tres. Que si no es el gemelo, es la artrosis de la rodilla. Que si no es el tendón de Aquiles, es el puto espolón. ¿Me querés decir para qué corchos te sale un espolón? Ni que fuéramos a volar, me cacho.»

Ahora soy yo el que se palpa apenas la pantorrilla derecha. Malditos gemelos. El Cabezón sigue. Está lanzado: «Te rompés. Vas al médico, al kinesiólogo, al masajista. Volvés. De a poco, y cada vez te cuesta más. Pero volvés. Y a la primera de cambio te volvés a romper. En el mismo lugar o en otro sitio. Pero da lo mismo. Otra vez al médico. Otra vez al kinesiólogo. Y en tu casa te empiezan a mirar feo. Viste cómo son las minas. Por un lado les parece bien que juegues, porque así descargás. Como si uno fuera una instalación eléctrica, para que necesites la bendita descarga… Pero por el otro, cada vez que te rompés te van mirando peor. Al principio, pura dulzura, pura paciencia. Después la cara de preocupación, de impaciencia. Al final, entrás un día rengueando a tu casa y te sueltan un… "¿Otra vez te lastimaste?"».

Ahora el Cabezón habla sin necesidad de que lo estimule. Como si hubiera tenido ganas pero le hubiese faltado sólo la punta del hilo para empezar. Pero me preocupa el pesimismo que sueltan sus palabras. Decido intervenir. Que no se hunda en ese pozo melancólico.

«Pero pensá en el grupo, Cabezón. Hace un montón de años que jugamos juntos, y…» «Del grupo no me hablés, te pido por favor.» Me lo dice así, cortante. Y se vuelve a girar hacia la puerta, casi de espaldas a mí, como si lo hubiese poco menos que insultado. «Pará un poco, Cabeza. ¿Es cierto o no es cierto que hace un montón de años que jugamos juntos?»

«Justamente, flaco», el Cabezón asiente. «Justamente. Hace un montón de años que jugamos juntos. Y ya estoy un poquito hasta acá de alguna gente. O a ver, decime. En estos seis meses que yo llevo sin ir: ¿quién se llevó las camisetas para lavar? Cachito o Alejandro. ¿Es así o no es así?» Asiento. Es verdad. «Seis meses, veinticuatro sábados. Y vos decime: ¿no hay ningún otro inútil que pueda decir, un sábado cualquiera: "Dejen, que yo me las llevo"? ¿O piensan que Cachito y Alejandro se las llevan porque les gusta lavar pilchas mugrientas? Veinte años jugando juntos. Y decime dónde está escrito que la pilcha la tienen que llevar a lavar

siempre los mismos.» Tiene razón. Yo estoy a punto de contestar que de todas maneras las mandan a un lavadero, que no las lavan ellos. Pero es verdad. El bolso mugriento con olor a pantano de todos los sábados termina en el auto de Cachito o en el auto de Alejandro. Ningún otro se encarga.

Recurro a un contraargumento: «Pero otros se encargan de organizar, de juntar la guita…». «Sí, es verdad, me corta otra vez el Cabezón. Gastón y vos. Por algo estamos acá reunidos con vos. Porque te hacés cargo de ver qué corchos pasó con el tarado del Cabezón. Y decime: si no se encargan Gastón y vos, ¿quién se hace cargo? Nadie. Nos comen los bichos.»

Hace un gesto interrogativo para saber si voy a comerme la masita que me trajeron con el café. Le hago un gesto para consentir que se la coma. Sigue hablando con la boca llena: «Y otra cosa: el dichoso grupo de hace un montón de años… ¿no se da cuenta de que la cancha nos queda cada vez más grande? ¿Que hay diez, doce tipos que no pueden jugar en cancha de once? ¡Sí, se dan cuenta! Pero se hacen los otarios. Porque no se quieren dar cuenta. Y por cinco o seis caprichosos que se creen Maradona y que le hacen asco a la cancha de siete, todos los demás nos tenemos que morfar esa cancha que nos queda enorme. Vos todavía corrés, pero ¿viste cómo salen los partidos? Quince minutos más o menos normales, y después la mitad de la gente en un área y la otra mitad en la otra área, escupiendo los bofes. ¿O no es así?».

Pienso. Y sí. Nuestros partidos son siempre la misma porquería. O no, sábado a sábado son un poco peores. El Cabezón sigue:

«Y como hay tipos que se pudren de esta porquería y dejan de venir, traen flacos nuevos. Flacos de treinta, treinta y cinco años. ¿Y cómo querés que yo, con las tabas hechas fruta, pueda jugar contra flacos quince años más chicos que yo, me querés decir?»

Revuelvo lo que me queda de café. Es cierto. Pienso en la época en la que yo empecé a jugar con este grupo, hace una pila de años. El Cabezón era un número cinco metedor, criterioso, con buen pie. Te araba el mediocampo, te ordenaba la gente, te iba bien de arriba.

Ahora ya no. Y son tres palabras, pero en esas tres palabras de «ahora-ya-no» entran todas las frustraciones de un tipo que supo jugar bien al fútbol y ahora siente que se cayó del mundo. Es verdad que hay tres o cuatro tipos nuevos que son casi veinte años más jóvenes. Bastante burros, pero unos atletas. Y el Cabezón los ve pasar. Cuando los puede esperar de frente es otra cosa, porque el Cabezón sabe anticipar, y la mayoría de los nuevos no sabe resolver. Pero igual. Son más las veces que queda pagando que las que llega. Muchas más. Demasiadas más. Casi todas.

«Es así, macho», concluye el Cabezón. «Ahora estoy para volver. El cuádriceps lo tengo hecho un primor. ¿Y para qué? ¿Para que tengamos que esperar una hora para empezar a jugar por los mismos cinco impuntuales de mierda que llegan cuando se les cantan las ganas, porque saben que sin ellos no llegamos al número? ¿Para que diez tipos murmuren, bajito, que hay que aclarar tal o cual problema, y después,

cuando llega el momento, se levanten para hablar los mismos cinco idiotas de toda la vida, y los demás mirando para otro lado? ¿Para que mire alrededor y vea un montón de caras nuevas, que ni me conocen ni los conozco, que juegan acá porque les queda cómodo, y donde les salga una chance en otro lado te dejan de garpe? ¿Para que me pasen como poste dos o tres maratonistas que tienen los pies redondos pero veinte años menos que yo?»

Son preguntas retóricas que el Cabezón no espera que yo conteste. Mejor, porque no sabría qué responder. Me quedo callado, igual que él, mientras algunas de las mesas de alrededor se vacían o cambian de ocupantes. Al final se levanta, me da una palmada en el hombro y saca unos mangos para pagar los cafés. Le digo que no, que deje, que yo lo invité. «De ningún modo, flaco. Encima que te toca hablar con los jubilados del plantel, no vas a pagar el café. Ni loco.» Deja cuarenta pesos y comenta algo de que espera que alcance para la propina. Es lo último que dice. Me da un abrazo y se va. No renguea para nada. Se ve que del cuádriceps está, nomás, bien recuperado.

Repaso la conversación, mientras en Ituzaingó oscurece. Pienso que tal vez valga la pena hablar con los muchachos. No con todos, pero sí con Gastón, con Alejandro, decirles que por qué no intentan ellos convencerlo… Sonrío sin ganas al advertir que, también para esto, planeo acudir a los cuatro tipos que se ocupan de todo. A los que hablan, a los que piden puntualidad, a los que lavan las camisetas, a los que citan en un café a los desertores para intentar recuperarlos.

Por un momento me digo que manejé mal la conversación. Que lo dejé engranar y, como el Cabezón es un calentón, lo llevó todo para el lado del pesimismo. Pero que las cosas no son así. No son tan terribles. Tienen arreglo. Pero me dura poco el envión. Apenas. Antes de que se haga de noche me doy cuenta de que si no lo interrumpí, en su largo discurso desolado, es porque dijo la verdad en cada una de las cosas que habló.

La moza me dice que gastamos treinta y seis. Le dejo los otros cuatro de propina. Por fin me levanto. Saludo con una inclinación de cabeza. Antes de salir, pienso quién se encargará, dentro de un tiempo, de citarme a mí, en este café o en uno igual, para preguntarme por qué hace tanto tiempo que no voy los sábados a jugar. Será Gastón, Cachito o Alejandro. Me pregunto: ¿los demás notarán mi ausencia?

Dejo la respuesta pendiente. El tiempo será el que me conteste. Al fin y al cabo, no falta tanto para que yo también, como el Cabezón, a regañadientes, acepte el último café, antes de abandonar el fútbol para siempre.

Querido estúpido

No olvides que comienzo esta carta llamándote «querido». Es importante. Es muy importante que tengas en cuenta esa primera palabra del encabezado para que, si de lo que voy a decir a continuación algún concepto te resulta incómodo, molesto, hasta agraviante, tengas en cuenta que lo primero que hice, al iniciar esta conversación con vos, fue decirte que te quiero, con ese «querido» que inaugura estas líneas.

Es verdad que «sin solución de continuidad», como decían algunos conductores televisivos de los años setenta, es decir, inmediatamente, a continuación, al toque, te digo «estúpido». Claro, es cierto que suena contradictorio. Primero te digo que te quiero, y de inmediato te trato poco menos que de imbécil. Pero las relaciones humanas son un poco así, querido estúpido. Uy, se me escapó de vuelta. Qué pena.

Igual me estoy gastando en partidas, como diría el gaucho, porque dediqué dos párrafos al encabezado de esta carta y todavía no entro en materia de lo que quiero decirte. Lo que quiero pedirte, en realidad. Porque el motivo de esta carta, querido estúpido, es formularte un pedido. Me temo que en una de ésas esto de tratarte de estúpido genere cierto fastidio, cierta animosidad de tu parte. Pero… no encuentro otra palabra para calificarte, querido estúpido. Mejor dicho, sí encuentro otras palabras. Varias palabras, más contundentes y, si me apurás, más ajustadas a tu esencia y tu conducta. Pero acá en *El Gráfico* me parece mejor no escribirlas. Es una revista prestigiosa donde trabajó gente importante de verba incisiva y elegante. Y si yo me pongo, acá, a insultarte con palabras subidas de tono, temo faltar a la digna historia de este medio.

Voy a proceder como cuando era chico y mis papás me tenían prohibidas las malas palabras. Yo las conocía, por supuesto. Y me venían a la mente, y se me asomaban a los labios en esas ocasiones urgentes en que parecía necesitarlas. Pero yo sabía, por experiencia, que era mejor cambiarlas a tiempo, convertirlas en palabras menos malas al momento de decirlas. «Tonto», «tarado», «estúpido», en lugar de esos otros insultos vinculados con formas esféricas o con las actividades profesionales de las madres.

Por eso, querido estúpido, quedemos en eso: en estúpido. Y vayamos al grano.

Primero necesito que te ubiques en el centro de mi filípica. Quiero decir: que te sientas aludido. Que si quiere la buena fortuna que te topes con esta columna, digas, o pienses (porque me alcanza con que lo pienses): «Esta columna fue escrita pensando en mí». Eso necesito. Con eso me alcanza.

También podría decir «querida estúpida», porque es verdad que hay mujeres a las que les cabe el sayo que estoy intentando tejer. Pero mi experiencia me dice que, en la materia en la que me propongo introducirme, son mucho más abundantes los estúpidos que las estúpidas. No me atrevo a especular con porcentajes, porque lo mío

no es un estudio científico sino un hartazgo empírico. Pero a ojo de buen cubero me animo a decir que, en el ámbito sobre el que me propongo perorar, debe haber diez o quince estúpidos por cada estúpida. Y por lo tanto, este es un rubro de estúpidos. Así, en masculino. Hay estúpidas, pero en los márgenes numéricos del asunto.

Es a vos, entonces, querido estúpido, a quien pretendo dirigirme. Y para seguir definiendo los alcances del universo de estúpidos, agrego «estúpidos preferentemente padres». Porque ser progenitor, en este caso de estupidez, es importante, frecuente, abundante. También pueden ser tíos, padrinos, abuelos, hermanos mayores, simples allegados. Pero, en general, son padres.

Padres que concurren a «acompañar» (por ahora quedémonos con ese verbo mentiroso) a sus hijos cuando les toca practicar algún deporte. ¿Estamos más o menos definiendo el campo de incumbencia de mi discurso? Creo que sí. Niños o niñas que son acompañados por un adulto (casi siempre padre, aunque no siempre) a competir en algún deporte.

El deporte puede ser cualquiera. Fútbol, básquet, tenis, *hockey*, *rugby*, atletismo, vóley, etc. Y los protagonistas son chicos y chicas. Acá sí, del lado de las víctimas, podemos hablar tanto de género masculino como femenino.

El estúpido (casi siempre padre) acompaña al chico a jugar al fútbol, o a la chica a jugar al *hockey*, o al chico a jugar al básquet, o a la chica a jugar al vóley… No hablo de un entrenamiento, sino de un partido. Seguro que hay estúpidos que también se comportan como tales en los entrenamientos. Pero ésos son estúpidos «Premium», y yo prefiero quedarme con el estúpido «Básico». Ése, el básico, se activa los fines de semana, cuando a los chicos y las chicas les toca «competir» contra otros clubes, escuelas, barrios, sociedades de fomento o lo que sea.

El estúpido se ubica cerca, bien cerca, demasiado cerca, del límite del campo de juego, y empieza a actuar. La actuación del estúpido consiste, en principio, en un aliento exagerado. No hablamos de un aplauso gentil. No. Hablamos de gritos destemplados, coléricos, extemporáneos. En la paz de la mañana de sábado, en la quietud de la tarde de domingo, el estúpido grita y festeja como si el match al que asiste fuera la final del mundo del deporte que sea. Hablando en términos científicos, se pasa de rosca. Arranca, entonces, en una primera fase, pasado de rosca.

Pero es habitual que el estúpido, más temprano que tarde, pase a la fase dos de su actuación: las indicaciones táctico-estratégicas. «Ponete acá, andá para allá, pegale así, correte para el otro lado.» No importa (porque en el fondo al estúpido no le importa nada de nada) que su hijo/hija/sobrino/sobrina/nieto/nieta/ahijado/ahijada/ etcétera ya tenga un entrenador o entrenadora con el/la que todas las semanas comparte tiempo, charlas, explicaciones, sugerencias. Y que dicho entrenador o entrenadora esté también ahí, a un lado de la cancha, intentando no quedar ensordecido por el estúpido. Para peor, a veces esos entrenadores son gente joven a la que le cuesta lidiar con los estúpidos advenedizos. Les cuesta, calculo, porque los puede el asombro. Todavía no han conocido suficientemente el mundo como para

concluir que sí, que aunque no lo puedan creer, ese que vocifera al costado, atrás, adelante, hasta a horcajadas de ellos, es, nomás, un estúpido de marca mayor.

Alrededor del estúpido crece la incomodidad. Porque claro, hay otros testigos del partido (otros padres, chicos y chicas que están para jugar antes o después, planilleros, curiosos) que advierten que el estúpido está empezando a desbordarse. Peor aún: los chicos y las chicas que están jugando no pueden evitar oírlo. Lo más normal, lo esperable, es que se tensen, se distraigan, o se les atraviese la rabia. Pero claro, el estúpido no está ahí para pensar en las consecuencias de su estupidez. Si lo hiciera, no sería tan, tan, pero tan estúpido.

En la tercera fase el estúpido vuelca su frustración hacia los árbitros o los rivales. Por supuesto, hay deportes que se prestan más que otros a esta fase de salvajismo tribunero. En los deportes que insisten en conservar mínimas elegancias es más difícil que el estúpido se atreva a incursionar en esta fase. En el tenis, por ejemplo, que un tipo con el rostro enrojecido se plante delante de un *umpire* al grito de «¡Qué cobrás!» suena demasiado exagerado. Hasta para el estúpido de marras. Otros deportes, como el básquet o el fútbol, en cambio, son territorio frecuente para el despliegue de esta fase.

La cuarta fase, que es una derivación frecuente de la tercera, incluye el paso del estúpido a la acción directa: intercambio de golpes de puño, patadas y empujones contra terceros. ¿Quién es ese tercero? Muchas veces los destinatarios de su violencia física son otros estúpidos como él. Una solución para el problema de los estúpidos sería que se agredieran entre ellos hasta su extinción como subespecie. Pero eso no sucede. Primero, porque la naturaleza es sabia, pero no tanto. Y segundo, porque muchas veces los estúpidos no pelean entre sí, sino contra otros: árbitros, entrenadores o simples espectadores, quienes han venido al mundo con una dosis tal vez alta, pero no infinita, de paciencia. Y por lo tanto, en el cerebro de cualquier tipo normal y bien nacido llega un punto de no retorno en el que desaparece la paciencia y se instala una idea muy simple: callar al estúpido. Y como no se puede callarlo a base de razonamientos (el estúpido, por definición, no razona), puede ser que la otra persona intente callarlo mediante la acción directa. No sirve, porque el estúpido se siente legitimado en su desborde, porque en el fondo su estupidez se siente más cómoda en el intercambio de bollos que de conceptos, y porque aunque le llenen la cara de dedos seguirá siendo estúpido. Así de simple.

Espero haber sido claro con la descripción del caso. Y por lo tanto es el momento, en esta columna, de volver a dirigirme al estúpido.

Querido estúpido: ¿te hacés la idea de a qué me refiero? ¿He sido suficientemente claro en el diseño de tu teatro de operaciones? ¿Has sido capaz de identificar el escenario y, sobre todo, a vos mismo como el autor de estos desatinos?

Buenísimo. Gracias por hacerlo. Porque entonces, ahora sí, puedo ir a las preguntas que quería formularte en esta carta. Son varios interrogantes, de modo que te pido paciencia:

¿Qué es, querido estúpido, lo que te lleva a ser así de estúpido? ¿De dónde nace tu necesidad de apropiarte de un partido que no es tuyo para llenarlo con tus propias frustraciones, necedades y bajezas? ¿Qué te impide disfrutar con el juego de tu hijo, tu sobrina, tu nieto, tu ahijada? ¿Qué extraña tara te conduce a importunar así a un montón de personas, muchas de las cuales ni siquiera son adultos, es decir, ni siquiera tienen tu tamaño como para oponerse a tu imbecilidad? La niñez y la adolescencia son etapas breves en la vida, querido estúpido: ¿qué necesidad tenés de arruinarlas de esa manera?

¿Te frustraron mucho cuando eras pibe? ¿Pensás que si le rompés la paciencia en grado suficiente a tu hijo/a se convertirá en un deportista profesional que te llenará de dinero? ¿Estás tan disconforme con lo que sos y lo que hacés que necesitás sacar esa rabia hacia algún lado, y sos tan pusilánime que el único lugar en el que te animás a hacerlo es en este partidito de *hockey* entre nenas de once años, en esta liga de fútbol infantil, en este torneo interclubes cadetes de tenis?

Son preguntas para las que no tengo respuestas, querido estúpido. Por eso me tomo la libertad de formulártelas. Porque de hecho sos vos el único que tiene las respuestas. Claro que si te hicieses estas preguntas estarías empezando a dejar de ser estúpido, y no creo que en tu cabecita haya sitio para las dudas. No. Nada de eso. Porque si hay algo que te vuelve estúpido, querido estúpido, es que lo tuyo no son las preguntas, sino las respuestas. Porque uno es estúpido a fuerza de eso. De vivir lleno, plagado, seguro, empachado de respuestas. De respuestas y de gritos inútiles, querido estúpido, dirigidos a chicos que lo único que quieren es jugar, querido estúpido. Jugar sin que vos los interrumpas.

Un cacho de cultura

Hoy, si me permiten, vamos a ponernos científicos. Así, sin vueltas. Qué tanto. Hartos de los que nos acusan, a los futboleros, de ser pura reacción impulsiva, puro deseo, pura bajeza emocional, vamos a dedicar la columna de este mes a charlar de etología. Eso. Para envidia de la gilada. Etología, por si aquel señor que está sentado con la espalda contra el paraavalanchas no lo recuerda, es la ciencia que estudia el comportamiento de los animales. Efectivamente, mi amigo. Eso es la etología. Veremos si, a la final, le encontramos la vuelta para conectar la dichosa etología con el deporte. Total, como decía mi abuela, el «no» ya lo tenemos. Y de últimas, si la conexión entre la etología y el deporte resulta infructuosa, por lo menos nos habremos asomado por un rato al ancho y prestigioso mundo de la ciencia. Que, como diría el enorme Caloi, siempre es bienvenido «un cacho de cultura».

Según parece, entre las aves de corral existe una conducta instintiva que los investigadores del comportamiento animal —los dichosos etólogos— han denominado «orden de picoteo» o bien, si queremos mantener el concepto en idioma original, *pecking order*. ¿Qué tal?, se nos dio por la exposición bilingüe.

Diversos científicos han investigado el comportamiento en pollos para interpretar, entender y justipreciar esta conducta de las aves. Un momento, querido lector, deténgase: tal vez usted esté pensando «la de gente que está al divino botón», al imaginarse a un fulano que, desde atrás de un alambrado, o frente a una computadora, llena planillas con la descripción de lo que hacen los pollos de un gallinero. Sin embargo, lo invito a considerar que probablemente usted (y, del mismo modo, probablemente yo) hacemos algo parecido cada vez que nos ensimismamos en un partido de fútbol. También nos pegamos a un alambrado, o a una pantalla televisiva que hace las veces de alambrado, y nos dedicamos al pormenorizado análisis de la conducta futbolística de un grupo de caballeros. Una mirada escéptica, además, puede concluir que es más constructivo estudiar el comportamiento animal de los pollos que el comportamiento, igual de animal, de los matungos que nuestro querido club denomina, con cierta pomposidad, «plantel profesional de fútbol». Pero no nos vayamos por las ramas ni nos dejemos intimidar por esos cínicos que no entienden que el fútbol es la sal de la vida. Y volvamos al asunto.

Parece ser que los pollos arman una especie de jerarquía, con un pollo bien «capanga» (obvio que no lo llaman así) que picotea cuando se le canta y donde se le canta. Una especie de pollo alfa (aunque lo de alfa suene un poco pretencioso tratándose de pollos, pero bueno, digo así para que se entienda) que hace lo que quiere. En la otra punta del asunto, en el otro extremo de la cadena, hay otro pollo que no puede picotear nada, ni nunca, salvo que no haya ningún otro pollo interesado en anticipársele. Propiamente, el último orejón del tarro. Y en el medio, todos los

demás pollos. Cada uno con un lugar estrictamente definido. El segundo pollo puede picotear cuando se le dé la gana salvo que se entrometa el pollo alfa. El tercer pollo puede hacer lo mismo con excepción de que esté en presencia del primero o el segundo, y así hasta llegar al pobre gilastrún del pollo omega (atiéndaseme, manga de incautos, que cuando lo denomino «omega» no estoy hablando de las propiedades alimenticias del aceite, sino acudiendo a la última letra del alfabeto griego. Ahí, para que tengan, qué tanto, un poco más de alta erudición).

Según los científicos, este «orden de picoteo» evita que los pollos gasten energía en pelearse todo el tiempo por un pedazo de lombriz, una miga de pan, esas pavadas por las que discuten los pollos. Seguro que el sistema tiene muy poco de democrático, pero parece que los pollos escogen este mecanismo social para evitar andar a los picotazos todo el tiempo.

Bueno, yo propongo que algún investigador del comportamiento humano profundice en este asunto para explicar la conducta de los grupos de tipos que juegan al fútbol. Y ahora no hablo de jugadores profesionales. No, señor. Nada de eso. Hablo de jugadores *amateurs*. Esos que forman parte de esos grupos que se reúnen periódicamente a jugar. Puede ser un fútbol cinco los martes a la noche, un fútbol once los sábados a la tarde, una liga paupérrima de las que se juegan en canchas chúcaras, un torneo intercountries de zona norte. Da igual. Lo que importa es el concepto: «grupo de tipos que se juntan a jugar al fulbo». Ése es el concepto.

Cualquiera que haya transitado esos vínculos viriles sabrá a qué me refiero. No existe una sola vara para juzgar a los miembros de un grupo de jugadores. No, señor. Existen tantas varas como jugadores. En una jerarquía tácita pero inflexible, lo que en algunos es festejado, en otros es inadmisible. Lo que en unos se dispensa con dulzura, en otros se condena sin atenuantes.

Estudio de caso 1. El Coco llega tarde a jugar

Por ejemplo: individualicemos un sujeto A, digamos «el Coco», siendo el Coco uno de esos tipos que ostentan un lugar de preferencia en el grupo de jugadores. En consecuencia, el Coco podrá hacer, con sus presencias y sus ausencias, lo que se le cante. Nadie le pedirá que confirme su asistencia con anticipación. Nadie se quejará si llega quince minutos después de empezado el partido y pretende ingresar de inmediato, aunque eso signifique desequilibrar las acciones o dejar afuera a uno que llegó dos horas antes del inicio del match. De ningún modo. Coco es inimputable. Viene a ser uno de esos pollos alfa que picotean como se les canta. Y para completar el ejemplo, imaginen ustedes quién deberá salir para dejar sitio al Coco: adivinaron, el que deberá salir es ese pobre muchacho que no le hace daño a nadie pero que no representa, en el espíritu de cuerpo del grupo, más que un indeseado cuatro de copas.

Estudio de caso 2. El Mencho hace la del Diego a los ingleses

Pero no sólo las cuestiones de puntualidad y presentismo se resuelven según este sistema, al parecer idéntico al de las aves de corral. No, señor. Todos los diferendos se gestionan según idéntico mecanismo. Tomemos el ejemplo de, supongamos, el Mencho. El Mencho juega de defensor y es más bien torpe. Sin embargo, como a cada chancho le llega su San Martín, existe la posibilidad de que un día cualquiera el Mencho avance desde su área con pelota dominada, desparramando rivales, hamacando la cintura si es que todavía la conserva, o el termotanque de carne que ha venido a reemplazarla en caso de que haya aumentado sensiblemente de peso. No importa. A lo que voy es que el Mencho desarrolla una jugada individual digna de ser filmada, conservada y discutida en la Masía del Barcelona, como ejemplo de gambeta vertical hacia el arco contrario. Para culminar, pongamos que el Mencho saca un lindísimo disparo de media distancia, un poco desde afuera del área, y estrella el balón en el ángulo del arco, o genera una intervención homérica del guardavalla. La cosa es que no es gol. A eso voy. Bueno: lo más probable es que el pobre Mencho, que pertenece al pelotón de rezagados de este gallinero, reciba una serie de reclamos, imprecaciones y objeciones por parte de sus compañeros (con el Coco a la cabeza, claro). Que «¡Por qué no tocás!», que «¡Quién te creés que sos!», que «¡A vos te parece, morfártela así!», que «¡Levantá la cabeza, caray!», y cosas por el estilo. Reitero: no se está juzgando la acción, sino sentenciando a su ejecutor a partir del lugar que se tiene en el grupo. El derecho a equivocarse depende del lugar que uno detente en esa jauría de perros futbolistas.

Estudio de caso 3. Ricardito quiso salir jugando

Lo mismo pasa con los «vociferadores». Hay tipos que pueden hablar y tipos que deben callar. Y hay tipos a los que se les puede reclamar, y tipos a los que no se les puede decir nada. Supongamos que Ricardito, uno de los nuestros, quiere salir jugando, como último hombre, entre cinco rivales. Supongamos también que Ricardito la pierde y que entre los cinco rivales demoran siete segundos en enfrentar a nuestro arquero desguarnecido y mandarla a guardar. ¿Qué sucede a continuación? Depende, señores míos. No puedo completar la historia sin saber cuál es el lugar de Ricardito en la cadena jerárquica de ese grupo de matungos.

Si Ricardito es de los que viajan en el furgón de cola, los insultos a Ricardito, a sus antepasados y al futuro de su estirpe, se escucharán desde cinco kilómetros a la redonda. Le dirán morfón, le dirán idiota, le recomendarán que no venga más, hasta alguno se permitirá preguntar en voz alta, retóricamente: «¿Y a este quién lo trajo?». ¿Y qué hará Ricardito mientras lo sacuden de todos lados? Nada. No dirá esta boca es mía, porque como habitante habitual del fondo del tarro de los orejones, último o anteúltimo perpetuo en ese frasco, sabe que lo único que le queda es callar, que saquen rápido desde el mediocampo y rezar para que dentro de un rato sea otro el chambón al que el clan decida destripar por su torpeza.

Estudio de caso 4. El que quiso salir jugando fue Matute

Pero cuidado: porque si el que quiso salir del fondo y desató la catástrofe fue Matute, siendo Matute uno de los que cortan el bacalao, un respetuoso silencio se hará a su alrededor. Nadie, léase bien, nadie, se atreverá a recomendarle que deje el fútbol, o que se vaya a la loma del diablo, o que la próxima vez que quiera salir jugando desde el fondo con cinco rivales encima, mejor salga jugando con alguna parte de la anatomía de su señora madre, o de su señora hermana. No, señor. Nada de eso. Como mucho alguno se permitirá negar con la cabeza, filosófico, mirando el piso, mientras piensa todo lo que le diría pero no le dice.

Cuidado, que puede ser todavía peor: puede ser que el susodicho Matute decida ensayar una explicación que *justifique* (sí, señores, que justifique) la tremenda burrada que acaba de cometer. Y los demás van a escucharlo sin interrumpirlo. Puede que diga que le picó mal y que por eso se atoró, que la cancha esa es una porquería y a ver cuándo se mudan a algún lugar como la gente. O en un alarde de locura temporaria puede hasta echarles la culpa a los compañeros, sí, señor, a los compañeros, porque en este equipo miserable se esconden todos y nadie se muestra y no hay a quién pasársela, a la final. Y *nadie* lo hará callar. *Nadie*.

Las conclusiones del estudio

¿Qué es lo que nos pone en un sitio o en otro? ¿Qué nos vuelve pollos alfa, pollos segundones o pollos que están para el cachetazo? Me parece que es una combinación de cosas. Sin duda los tipos que juegan bien al fútbol tienen más chance de liderar el grupo, o de pertenecer al menos, mal que mal, al grupo de los que están a salvo de los picotazos. También los tipos que aportan sacrificio, pero sacrificio en serio, tienen una leve ventaja al respecto. Tampoco asegura nada, pero ayuda. Algo ayuda.

También la antigüedad en el grupo puede ser un elemento a ser tenido en cuenta. El dichoso «derecho de piso», como quien dice, pero a la inversa. Así como un recién llegado debe mantener cierta compostura, pasar rápido la pelota, agradecer los pases, llegar puntual, ofrecerse a lavar las camisetas, es posible que alguien muy antiguo en el clan pueda sentirse con derecho a la protección del entorno.

Pero no siempre sucede. Hay un ámbito intangible donde se definen estas cosas. Ayuda jugar bien, ayuda ser útil a los compañeros, ayuda ser antiguo en ese clan. Pero también sucede que hay buenos jugadores a los que no se les respeta la habilidad, corajudos a los que no se les valora la entrega, vitalicios a los que no se les reconoce la chapa. Misterios del fútbol, supongo. Misterios de las relaciones humanas de las que el fútbol es apenas una superficial evidencia.

Eso sí, si nuestro hijo viene a contarnos que tiene un lugar, en el grupo de fútbol, demasiado lejano al privilegio: ¿cuál debe ser nuestro consejo? Algún padre aconsejará restarle importancia, porque las cosas importantes de la vida son otras. Otro recomendará acercarse todo lo posible a los caudillos, como un modo de que su

carisma actúe por contagio, o al menos como salvaguarda. Y algún otro, más chapado a la antigua, tal vez recomiende hacer como algunos gallos, que en el gallinero no tienen asignada, por nacimiento, ninguna preferencia, pero se lo ganan a pura fuerza de valentía, plumas perdidas, cicatrices y picotazos. Que si para algo sirve el fútbol es para probar un poco lo mejor y lo peor que la vida nos reserva.

Tal vez algún científico critique esta columna, partiendo de la idea de que no pueden compararse las esquemáticas conductas de un grupo de aves de corral que tienen el cerebro del tamaño de un maní, un arco emocional limitadísimo y una gama de movimientos corporales también muy limitado, con el comportamiento de un grupo de seres humanos que juegan al fútbol. ¿Saben qué le podemos contestar a ese científico? «No crea, jefe. Usted, porque no nos vio jugar…»

Un amor argentino

Creo que una de las señales que nos permiten advertir que estamos envejeciendo es que nos cuesta adaptarnos a las cosas nuevas. Hasta cierta altura de nuestra vida, me parece, tomamos las novedades con entusiasmo, curiosidad, una placentera excitación. Más tarde, en cambio, hay un momento a partir del cual las novedades nos generan inquietud, fastidio, temor, hasta una inexplicable amargura.

En general cuando algo cambia, y ese cambio me produce desconcierto, intento pensar que soy yo el extraño, el que no entiende, el que se ha quedado afuera de algo, de lo que sea. Y que no debo rechazar el cambio, si no quiero parecerme a esos viejos que en mi niñez me generaban un poco de hastío y un poco de culpa, mientras los escuchaba decir que «en sus tiempos» las cosas «eran mucho mejores».

Lo cierto es que en estos días previos al Campeonato Mundial de Brasil no puedo evitar ciertas comparaciones. Vicios de profesor de historia, tal vez. Vicios de tipo que ya ha dejado atrás la juventud, seguramente. Pero trataré de que en esa comparación no se me cuele la nostalgia, o lo peor que tiene la nostalgia: el rechazo venenoso, automático y acrítico que ella realiza sobre el presente. Sobre todos, sobre cualquier presente.

Aunque nací en 1967, mi primer Mundial es el de 1978. De México 1970 no guardo ningún recuerdo. Y si pienso en 1974, tengo mucho más frescas las imágenes de los funerales de Juan Domingo Perón que las del Mundial de Alemania. Días de lluvia, la familia frente a la tele, la música clásica de la radio, todo el día, por el duelo.

Ese, el de 1978, fue el primer Mundial que esperé con expectativas, el primero en el que me conseguí un fixture impreso para ir anotando los resultados, vi todos los partidos, coleccioné figuritas, volví a jugar, después del torneo, con mis jugadores de plástico, cada partido en la cancha que tenía dispuesta sobre la alfombra del comedor.

Los siguientes, 1982, 1986, 1990, se parecieron. En el modo en que los viví, se parecieron. Claro que ya no reproduje los partidos con mis futbolistas de juguete. Pero se parecieron en el entusiasmo previo, en la necesidad de ver todos los partidos, en las horas perdidas en la previa, imaginando cruces, sospechando rivales, temiendo la calidad de ciertas estrellas extranjeras.

Y en eso de «el modo de vivir» los Mundiales, incluyo cierto tipo de vínculo con la Selección Nacional. Cierto modo de relacionarse con ella. No hablo de éxitos o fracasos deportivos. Porque en todos esos Mundiales nos fue diferente. Pero siento que se parecieron en la manera en que los hinchas nos identificamos con el equipo.

Los jugadores seleccionados estaban acá, a la vuelta de la esquina. Uno los veía jugar todos los domingos. Los que jugaban en Europa eran poquísimos, y esa misma lejanía casi que les aseguraba un puesto en el plantel, según nuestro criterio. Y no nos

engañemos: recién después de México fueron unos cuantos los que emigraron. Antes fueron poquísimos.

Como casi todos estaban jugando en Argentina, bien a la mano, al otro lado de un alambre, todos podíamos, fecha a fecha, domingo a domingo, armar y desarmar el plantel de jugadores seleccionados. Meter un marcador de punta, cambiar al 8, probar un 5. Estaban acá, insisto, frente a nuestras narices.

De vez en cuando podíamos ver algún amistoso de la Selección, que se vivía como un acontecimiento trascendente. En los relatos de la tele, en nuestras conversaciones, aparecían palabras como «prestigio». Y las palabras pesaban. Uno decía «prestigio» y eso valía tanto como los puntos. Sin ir más lejos, el primer partido que vi televisado *en colores* fue un Austria - Argentina de 1980. Nos juntamos con mis amigos en la casa del único que tenía un televisor color. Ganamos 5 a 1. El primer gol lo metió Santamaría. Las camisetas de los austríacos eran, por primera vez para mí, rojas.

Las eliminatorias para esos Mundiales eran una racha fugaz, a todo o nada. Duraban menos de dos meses y nos tenían en vilo porque no había margen de error. Si perdías un partido te complicabas. Si el partido que perdías era de local, estabas al horno con papas. Todavía me corre un frío por la espalda cuando recuerdo esa definición del 85 contra los peruanos, la derrota allá con las patadas de Reyna al pobre Diego, ese 2 a 2 con lo justo en el Monumental… madre mía.

Pero cuidado: en las eliminatorias tampoco era que «se paraba el país». Nada de eso. Los futboleros estábamos pendientes. Pero los futboleros. No toda la sociedad. No todo el mundo.

Los que seguíamos con ahínco a un equipo local, esos para quienes el fútbol era una materia básica de todas las semanas, ésos éramos los que nos ocupábamos y desvelábamos por la Selección. ¿En igual medida que con nuestro equipo? Me atrevo a decir que sí. O parecido. Claro que cuando se iniciaba la Copa del Mundo eran numerosos los advenedizos que asomaban la nariz sobre el asunto. Pero sólo durante esas semanas. No existía esta costumbre mediático-publicitaria, ahora dominante, de «Abrí la gaseosa y andá al Mundial», «Destapá el yogur y andá al Mundial», «Mandá un mensaje de texto al asterisco no sé cuánto con la palabra Cadorna y andá al Mundial», «Revolvé en el fondo de la sopa, encontrá la raspadita con la frase “qué tarro que tenés” y andá al Mundial». De hecho, en esos tiempos, *nadie* iba al Mundial. Los periodistas, y gracias, iban al Mundial. Los demás, con la tele y con la radio. Qué tanto.

Después, algo cambió. O fueron muchas, mejor dicho, las cosas que cambiaron. Para empezar, nuestros jugadores se fueron. Masivamente, se fueron. Cada vez más chicos, se fueron. Y generaron un extrañísimo fenómeno, que a los viejos nos asombra, casi diría que nos confunde. Emigraron masivamente y se juntaron con otro montón de brasileños, nigerianos, camerunenses, colombianos… Mixturados con los europeos, que también empezaron a mezclarse, hicieron nacer esta especie de

selecciones multinacionales en las que se han convertido algunos clubes españoles, italianos, ingleses, alemanes, franceses. El Madrid, el Bayer, el Manchester (cualquiera de los dos), el Inter, el PSG. Cualquiera de esos equipos es, probablemente, más fuerte que las selecciones nacionales más poderosas. Supongo que si la FIFA, todavía, no ha alumbrado el proyecto de una «Gran final» entre el campeón de la Champions contra el campeón de Brasil 2014 es por miedo a devaluar los Mundiales. Dios no lo permita, que ya tenemos vendidos como tres o cuatro. Pero si jugaran esa final, sospecho que la selección nacional que la juegue pierde cómoda. Así de tremendo es, me parece, el desequilibrio.

Sin embargo, como el color nacional de los Mundiales es fuerte, siguen recibiendo una atención mediática superlativa. Me corrijo: la atención que reciben es mucho más fuerte que antes. Porque hasta los programas de cocina designan enviados especiales para transmitir desde la Copa del Mundo. Hay programas completos, no necesariamente deportivos, que pasan a emitirse desde el país anfitrión de la Copa del Mundo.

Y eso, lejos de ser bueno, es algo que los futboleros deploramos: porque así cualquiera, como quien dice. Porque los Mundiales, de repente, se abren a un interés general que es, al mismo tiempo, un interés farandulero y superficial.

Más temprano que tarde, cuando se aproxima el Mundial, los paneles televisivos de los programas chimenteros de la tarde se convierten en expertos del noble deporte del balompié, y los que ayer se ocupaban de la guerra de divas en Carlos Paz hoy se ponen a opinar, como oráculos, sobre si hay que pararse con 3 o con 4 atrás, o si es mejor salir primeros o segundos en la zona.

¿Será por eso —me pregunto— que hay tanto escepticismo, tanta distancia afectiva entre muchos futboleros y su Selección? Porque ése es otro cambio bastante notable. Toda una paradoja. Te bombardean con el Mundial hasta debajo de la almohada, pero al mismo tiempo el afecto por la Selección se enfría, se aleja, se disuelve. Sucede, con los hinchas, que medimos con varas distintas. Nuestro amor «de club» sigue intacto. Pero nuestra admiración por la celeste y blanca sufre los embates de un espíritu crítico que jamás antes habíamos ejercido.

A los jugadores de la Selección les exigimos que brillen, que ganen, que goleen. No aceptamos nada excepto el absoluto triunfo. A nuestros equipos argentinos les toleramos, con buen ánimo y mejor sonrisa, que jueguen como una tropilla de yeguas. Ahí sacamos a relucir toda la pirotecnia folklórica del dichoso «aguante». Pero a la Selección no le perdonamos el menor renuncio. Claro, como juegan lejos, ganan fortunas incalculables y salen en las tapas de los diarios del mundo todas las semanas, esperamos que sean infalibles. Con gesto adusto, impaciente, nos ponemos a mover el piecito mientras esperamos que vengan a dejar acá un poco de toda esa maravilla.

Y de hecho, de vez en cuando aterrizan en nuestro planeta, porque vienen, cada tanto, a jugar unas eliminatorias extrañísimas. El único campeonato que se extiende durante dos interminables años, pero con intervalos de seis o siete meses. Dos

partidos en los que el futbolero siente que sí, que por fin están cerca, que va a poder ver y analizar y opinar de fútbol. Pero se van. Enseguida se van. No terminan de llegar, que ya se están yendo. Y después te olvidás hasta de cuántos puntos tenés en esa tabla de posiciones que queda quieta durante lapsos inadmisibles.

Ahora, de repente, parece que sí, que la Selección es toda nuestra, que todos somos de ella. Porque empieza junio, porque llega el Mundial, porque nadie está dispuesto a perderse un partido. Porque de pronto todos somos expertos, hinchas, fanáticos. Pero guarda. Guarda con esa euforia. Porque una cosa es esa euforia y otra cosa es el amor. La euforia la puede ensayar cualquiera. Hasta ese movilero de programa de la tarde al que enviaron a Brasil, y que sabe de fútbol lo mismo que yo sé de botánica molecular. Pero el amor es otra cosa. Es asumir que quiero ganar el Mundial más todavía que salir campeón con mi club. Es saber, sin decir, pero sabiendo, que quiero a esa camiseta celeste y blanca como quiero a la de mi club. Porque la quiero siempre. Cuando las cosas salían mal, como en los cincuenta, cuando salieron como nunca de bien, como en los ochenta, cuando se volvieron a torcer, como pasó después.

Porque la voy a seguir queriendo cuando se apague el Mundial, y cuando regresen los enviados especiales y los que se ganaron los viajes a Brasil, y cuando esos muchachos multimillonarios regresen a Europa a esos clubes que son de otra galaxia.

Cuando todo eso suceda yo me voy a quedar acá, queriendo a la Selección a sabiendas de que es muy difícil ganar, porque esto es fútbol. No me voy a quedar solo. Ahí nos encontraremos los futboleros. En esa noción dolorosa y sabia al mismo tiempo. Y querremos a la Selección desde ahí. Sin tanto prurito, ni tanta parafernalia, sin tanta solemne prescindencia.

En una de ésas esa idea, ese sentimiento, sea lo único que, raspando el fondo de la lata, se mantenga igual a sí mismo. Un amor argentino, mientras me hago irremediablemente viejo.

Paso a nivel

En algún sentido, el tipo lleva veinticuatro años sentado en los caños de un paso a nivel del Ferrocarril Sarmiento. El de la barrera de Zapiola, el que queda cerca de la estación de Castelar.

Por supuesto que es sólo «en algún sentido». Nadie puede pasarse veinticuatro años ahí encaramado. Es la observación que me permití formularle cuando el tipo me lo contó. Me miró de un modo extraño, como si mi sentido común le resultara chocante. Una observación demasiado básica. Me consideró con paciencia, como quien está dispuesto a darle a su interlocutor una segunda oportunidad. Y me aclaró que sí, que por supuesto, que sólo a veces se sentía así. Se atrevió a preguntarme si a mí no me pasaba. No me pasaba qué, lo interrogué a mi vez. Si no me pasaba eso de sentirme quieto, o regresado a algún punto del pasado. Si no me ocurría que algún acontecimiento, alguna presencia, me devolvía a algún momento anterior de mi vida y de mis horas. Lo pensé un poco y tuve que darle la razón. Pareció agradarle la coincidencia.

«Me pasa en los Mundiales», siguió explicándose. Lo dijo e hizo un gesto con la mano derecha, subiendo y bajando, pausadamente, como si cortase rebanadas de algo. Rebanadas de tiempo, pensé. Rebanadas de cuatro años. Una por cada Mundial. Estados Unidos. Francia. Corea-Japón. Alemania. Sudáfrica. No pude evitar pensar lo rápido que se enumeran y lo lento que pasan. Los años, digo.

Alzó la mano y señaló algún punto impreciso de la calle Mitre. Como estábamos frente a un bar de la estación, ese sitio vago quedaba a mis espaldas. Dijo que en 1990 vivía ahí, a dos cuadras, en la casa de su madre. Y el Mundial lo había visto ahí, en un Telefunken Color de 26 pulgadas, sin control remoto, ocho canales. «Grande para la época», dije yo. Hizo que sí con la cabeza.

«El debut con Camerún», arrancó levantando el ceño en una mueca extraña. Recordé ese mediodía. El gol de Omam-Biyik. Madre mía, qué manera horrible de empezar un Mundial. Nos quedamos un rato callados, haciendo cada cual la ruta a su manera. Yo permanecí un largo rato anclado en el segundo partido, el de la Unión Soviética. No sé por qué. Demoré largo rato intentando recordar los goles, porque la imagen primera y dominante de ese partido, para mí, siempre fue la lesión de Pumpido. Los goles fueron… Uno fue de Burruchaga. Pero, ¿el otro? De Troglio. Pero, ¿en qué orden?

«El partido con Brasil», agregó. «Yugoslavia», dije yo, intentando recordar si Argentina había pateado primero, o segundo, en la tanda de penales. Tarde o temprano llegamos al momento al que el tipo quería ir. Comentó que la semifinal con Italia la vio ahí, en lo de su madre, con su hermano y unos amigos. Y que para la final

le pareció bien hacer lo mismo. «Cábalas», dije yo. «Cábalas», confirmó el tipo. Volvimos a quedarnos callados.

«Fue un partido horrible», arrancó el tipo, después del silencio. Coincidí. Agregué que la semifinal, contra Italia, me había despertado ilusiones. «El mejor partido que jugaron», sostuve. Se manifestó de acuerdo. «Pero la final…», la oración inconclusa marcó un nuevo silencio. Por fin soltó una risita breve, avergonzada. «Cuando el mexicano cobró el penal…», otra vez dejó la cosa a medio decir. «Ese penal», corregí yo. «Ese penal», coincidió el tipo, y «ese» significaba ese penal inventado, ese penal de mentira. De todos modos elegimos no cebarnos en el rencor hacia Codesal. En el fútbol cada cual recuerda las injusticias que le convienen.

Siguió con su historia diciéndome que cuando el mexicano les dio ese penal no pudo aguantar más. Pensó en todo lo que había padecido en las semanas anteriores. Recordó su alegría enajenada cuando lo de Brasil, los nervios de Yugoslavia, las esperanzas renacidas con Italia. «Se jugó bien contra Italia», repitió, como conclusión. «Pero la final fue un desastre», me permití agregar. «Pero ellos tampoco jugaron a nada.» Estuve de acuerdo, aunque confieso que nunca volví a ver ese partido. ¿Para qué? ¿Para qué sufrir así otra vez?

Por fin el tipo llegó a lo que quería decirme. Cuando Codesal les dio el penal se sintió burlado. «Para qué llegamos hasta acá», dijo que pensó. «Para qué nos esperanzamos. O le pegaba un trompazo al televisor o salía a la calle», dijo que pensó.

Dejó a los demás clavados frente a la tele y salió a la vereda. No había nadie, por supuesto. No hay un desierto tan desierto como una tarde de Mundial. Estaban las casas, los autos estacionados. Pero nada más. El cielo era gris y hacía frío. El tipo se lanzó a caminar, pensando una locura. Construyendo una imagen en su cabeza. Una fantasía. Una fantasía feliz. Un final de película. ¿Qué pasaba si dentro de dos, tres minutos, escuchaba un rugido saliendo de las casas? ¿Qué pasaba si algún vecino salía a la calle para gritar, para gritarle a nadie: «¡Vamos Goyco, carajo!»? Si los alemanes erraban el penal él iba a enterarse. Eso. Decidió que iba a pasar eso.

Se sentó en los caños del paso a nivel. Las barreras estaban levantadas, claro, si ni trenes había. Miró las casas, alrededor, intentando adivinar desde dónde llegaría el primer grito. Esperó. No pasó nada. Se puso a rezar. Siguió esperando. No quiso mirar el reloj, por esto de la percepción subjetiva del tiempo. Capaz que no había pasado tanto. Capaz que se demoraba el penal por las protestas argentinas. Eso. Debía ser eso. Las protestas debían haber sido largas. El Diego debía estar encendido, demorando la ejecución. El tipo, ahí sentado en los caños helados amarillos y negros, tuvo tiempo de preguntarse qué jugador alemán sería el encargado de patearlo, qué palo elegiría Goycochea para su vuelo.

Aguzó el oído y escuchó algo. Y lo que oyó no fue lo que esperaba. Era un rumor. Un rumor que aumentaba despacio. Como un arroyo que va creciendo, pero de a poco. Muy de a poco. Motores. Voces. Vio, a una cuadra del paso a nivel, que un tipo

salía de una casa, abría la puerta de un auto, la cerraba, encendía el motor, se iba. Ésos eran los ruidos que, desde los distintos puntos del barrio, encendían ese rumor suavecito. El mundo salía del trance. La final había terminado.

El tipo hizo otro silencio. Yo lo esperé. Agregó al relato lo poco que le faltaba. Que después se bajó de los caños. Que se sacudió el pantalón. Que caminó de vuelta hacia la casa. Que llegó cuando los alemanes levantaban la copa. Que pasó por delante del televisor, en el que su familia tenía todavía los ojos clavados. Que apenas vio nada. Que creyó ver llorar a Maradona, pero nunca estuvo seguro de si lo vio ese día, lo vio después, no lo vio nunca. Que a la noche se emborrachó en Tarzán, el bar de la estación. Que no fue el único. Que después siguió viviendo.

«Claro», digo yo. «Claro», confirma él.

«Pero una parte no. Una parte se quedó ahí», dijo el tipo. Una parte suya se quedó sentada esperando una buena noticia. Y todos los Mundiales vuelve a sentirse así. Como si estuviese sentado en el mismo paso a nivel de la calle Zapiola. «Esperando…», dije yo, pero no concluí la frase. No hacía falta. Sonrió, un poco avergonzado.

Yo también sonreí, construyéndome la imagen. El tipo ya no es un pibe. No en vano han pasado veinticuatro años. No es que esté siempre ahí. Pero en los Mundiales sí. Una parte de él, sí, sigue ahí, esperando que lo rescaten. No importa el frío desértico del barrio sin nadie. No importa nada. Nada más que el tipo ahí, sentado en los caños, junto a las vías. Un tipo que espera el alarido feliz de la multitud. El grito que brote, por fin, desde las entrañas de las casas.

Mudanzas

Esto no es un cuento porque no le da el piné para ser un cuento. Le falta estructura, le falta conflicto, le falta tensión dramática. Es apenas un conjunto de imágenes. Tampoco es un guión de cine, porque no tiene diálogos y apenas tiene acciones. En esta historia en la que estoy pensando pasan pocas, muy pocas cosas. Y no se dice nada, excepto un breve diálogo al final.

Si de todos modos tuviésemos que ubicar alguna imagen sería la de un hombre solo, que se asoma por un acceso cualquiera a un estadio vacío. Un estadio en día de semana. En día de semana sin partido, sin entrenamiento, sin nada. Un tipo solo, allá arriba, asomado a esa soledad enorme que es un estadio sin gente. El tipo tiene un objeto en la mano. Una pequeña placa, con unas cuantas palabras escritas. Pongamos que dice «Ernesto Carlos Benítez, 1935-2014». Con esa concisión que poseen ciertos símbolos, advertimos que es de esas placas que usamos para recordar a los muertos, y que en general se ponen en sus tumbas. No es una placa de bronce. No. Es algo menos solemne, menos aparatoso. Pongamos que el material es un simple acrílico con letras negras. No es de bronce porque la idea de ese hombre, ese que está parado en un escalón de cemento, allá arriba, con el cielo de fondo, es colocar la placa en algún sitio del estadio. No piensa en una vitrina u otro lugar destacado. No. Piensa en un lugar común y corriente, una butaca, un escalón cualquiera. Y se sabe que una placa de bronce ahí, indefensa en el gentío, puede durar cinco minutos antes de que alguien la arranque y la haga guita.

Por eso mandó a hacer esta otra placa, que dice lo mismo que la que está en el cementerio, pero que no constituye tentación alguna en su acrílico modesto. Y nada de tornillos. Bastará con el pegamento que lleva en un bolsillo. Es posible que, tarde o temprano, de todos modos alguien la rompa obedeciendo a ese deseo simple de hacer daño. Aunque puede ser que no, y que ese respeto oscuro que nos despierta el hermetismo de la muerte la ponga a salvo. Por un tiempo, aunque sea, la ponga a salvo.

El hombre, ahí parado, se conforma con eso. Pero duda. Por eso escribía yo al principio que esto no puede ser un cuento porque no tiene trama. Esta historia no es una historia porque no pasa nada. Lo único que hace el hombre, a lo largo de esta columna, es dudar. Pucha. Les conté el final. No importa. Así nadie se desilusiona. Falta un buen rato para que yo termine, pero si alguno está lo suficientemente decepcionado puede dejar de leer acá, ahora, mientras el tipo está ahí, inmóvil, apenas a la salida de un acceso, bien arriba en la tribuna. Porque no va a pasar casi nada más. Casi nada más que un hombre que duda.

De lo que duda (aunque no haya demasiados modos de contarlo, aunque no haya ningún modo de filmarlo) es del lugar, del sitio preciso en el que debe fijar la placa.

Cuál es el emplazamiento exacto en el que Ernesto Carlos Benítez hubiese deseado que descansara su placa. Dónde, en esa inmensidad de cemento y butacas, o de cemento sin butacas, quiere dejar fija su placa para que el sol y la lluvia la vayan gastando.

Debería colocarla, piensa el hombre, en el lugar donde Ernesto Carlos Benítez se ubicaba cuando iba a los partidos. En su lugar de siempre, se dice. Y ése es el origen de sus dudas. Porque, ¿cuál es el lugar «de siempre» de un tipo, se llame Ernesto Carlos Benítez o se llame como se llame, en su cancha? El hombre sabe, porque lo conoció a Benítez, y lo conoció mucho, que el lugar de Benítez fue cambiando a lo largo de su vida.

Alguna vez lo hablaron, de hecho, en esa filosofía gratuita y placentera que uno se regala después de alguna victoria, mientras espera que se esparza un poco ese gentío para evitar los amontonamientos.

«Esto es como la casa de uno», dijo esa vez el hombre que ahora está en la tribuna. «Para mí no», se permitió disentir Benítez, la vez aquella. «Para mí es como el barrio, o como el pueblo.» Y Benítez se extendió, explicando: «Esto es más grande que una casa», dijo señalando, alrededor, las mismas tribunas que ahora el hombre contempla vacías. «Pero no sólo más grande. Es más distinto, por adentro», intentó aclarar, aunque las palabras que elegía no fueran las mejores.

«La primera vez que me trajo el viejo fuimos ahí», dijo Benítez, señalando un lugar en la tribuna popular. Y ahora el hombre mira, como si siguiera el gesto de la mano, al lugar que aquel día Benítez había señalado. Un lugar muy próximo a la esquina. Del banderín del córner, dos, tres metros al costado, veinte escalones para arriba. Ahí lo había llevado el viejo la primera vez. Con la quincena recién cobrada, una popular adulto y una entrada de menor. Desde ahí le había costado un poco, a Benítez, entender lo que pasaba en el otro arco. Al principio, sobre todo. Después se había acostumbrado.

Ese lugar de la popular es, entonces, un buen lugar para fijar la placa, piensa el hombre. Pero las cosas no son tan simples. Porque después, de más grande, Benítez se animó a moverse al centro de la tribuna. «Donde iban los muchachos», había dicho Benítez, cuando se lo contó. Y el hombre sonríe porque, claro, en la época en que Benítez se atrevió a aproximarse a la zona belicosa de la popular los pibes de quince, dieciocho, veinte años, no eran «adolescentes», porque la adolescencia, en sus cabezas, no existía. Eran «muchachos». El hombre que ahora tiene la placa en la mano piensa que no, que ese lugar en medio de la popular no es bueno para pegar la placa, porque va a durar un suspiro. Ahora, en esta época, ahí se instalan los matones y los aprendices de matones. No son ni muchachos ni adolescentes. Son barras. Y ése no es un buen sitio, decide el hombre, mientras sigue repasando la biografía de Benítez en los distintos rincones de esas gradas. Sus varias mudanzas.

«Después vinieron las vacas gordas», había dicho Benítez, sabiendo o sin saber el origen bíblico de la metáfora. «La fábrica caminaba y de repente me di cuenta de que

podía pagar una platea.» Y había señalado hacia el lateral, bien arriba, más bien lejos, pero platea al fin. «Y después las cosas siguieron bien», había agregado Benítez, señalando más abajo, y el hombre había entendido que ese más abajo significaba una platea más cara, un lugar mejor para ver el fútbol.

Benítez, a esa altura, había soltado una breve carcajada, aunque su voz no sonaba divertida. «Hasta con mi socio nos permitimos, un par de años largos, pagar un palco. ¡Un palco! ¿Te imaginás?», Benítez había negado, mordiéndose el labio, como si algo, la circunstancia del palco, o su optimismo, años después le resultara inverosímil. «Fue justo cuando el Rodrigazo», agregó Benítez, «así que imaginate. A mi socio le parecía importante que nos hiciéramos notar, que era un buen lugar para hacer relaciones, clientes… Madre mía…»

El hombre piensa que de ningún modo va a fijar la placa en ese palco efímero, que para Benítez quedó como una demostración palmaria de su inocencia o su osadía. ¿Y si se decide por una de las plateas? ¿La primera, la más alta? ¿La otra más cara, casi al lado del campo de juego?

El hombre baja desde el acceso y se sienta en el cemento, para seguir cavilando. Sabe que Benítez, cuando se acomodó un poco con la fábrica, o con lo que quedó de la fábrica, volvió a la cancha. Cansado, herido, pero volvió. A la misma popular a la que había ido con su viejo. Y ciertos espejismos de prosperidad le permitieron, de tanto en tanto, volver a la platea. Pero volvió a abandonarla, esta vez no por motivos económicos. «Me tienen harto», le había dicho Benítez al hombre, en otra ocasión. «Estos plateístas me tienen podrido.» Habló de impaciencia, de mala educación, de padres que enseñaban a sus hijos lo peor del fútbol. «Prefiero la popular», había concluido. «No con esos delincuentes de la barra, pero al costado. Sí, señor», había dicho Benítez, y había cumplido.

El hombre piensa que tal vez ese regreso a la popular, cerca del banderín del córner, amerite que ése, y no otro, deba ser el lugar para la placa. Pero no quiere ser injusto, porque le falta un capítulo. Ese que Benítez le contó con sorpresa, la misma que le produjo recibir la cuota social con la leyenda «Socio vitalicio». Desde entonces pudo ir, sin pagar, a ese sector de platea, con otros viejos que cargaban con historias parecidas. «Es bueno el lugar ese», había dicho Benítez, después de un par de partidos ahí. «La mayoría es gente tranquila, que sabe mirar el fulbo. Claro que algún desubicado tenés», había dicho, también, rematándolo con una de sus frases preferidas: «Viste cómo es, boludos hay en todos lados».

El hombre sonríe, evocando la frase de cabecera de Benítez. Sigue indeciso. Cada porción del estadio parece corresponderse con un pedazo de la vida de Benítez. ¿Y las ausencias?, se pregunta también el hombre. ¿La placa debería dar cuenta también de ellas? Los largos períodos en los que Benítez dejó de ir a la cancha. Cuando se puso de novio, cuando empezó a construir la casa, cuando el crédito que pidieron para comprar la fábrica, cuando la tablita de Martínez de Hoz, cuando la enfermedad de su mujer. ¿Esos largos vacíos justifican que lo mejor es no poner la placa? O los

simples enojos, esos lapsos más o menos prolongados en los que Benítez decidió que no, que estos matungos me amargan la vida, que estos dirigentes son una manga de ladrones y la cuota no la pago más, que mejor me dedico a otra cosa. Porque también hubo de eso en la vida de Benítez.

Pero no. No va a llevarse la placa de vuelta a su casa. Va a decidir un lugar, y va a fijarla. El hombre encuentra una respuesta: debería fijarla en el sitio en el que Benítez haya sido más feliz. Pero eso el hombre no lo sabe. No lo preguntó. No se le ocurrió. O no supo preguntarlo. Mira alrededor y lo imagina. De chico, bien protegido, en el rincón. Saltando y cantando, con los muchachos. Encorvado, con la portátil al oído, en la platea. Incómodo, demasiado elegante, en ese palco innecesario. Sumergido en la relativa paz del sector vitalicio. El hombre definitivamente no lo sabe. Y ya pasó el tiempo de preguntarlo.

De repente, al hombre le suena el teléfono celular. Ya sé que si esto fuera un cuento, o una película, una interrupción así, casi llegando al final, cortaría el clima y arruinaría todo. Pero acá no hay problema en que pase una cosa así, porque este texto no es nada, ni cuento ni película. De modo que sí, que suena el celular y el hombre mira la pantalla. El que lo llama es su hijo.

—Hola —dice el hombre.

—Hola, papá —dice el hijo—. ¿Qué decís?

—Acá, en la cancha —dice el hombre.

—¿Hoy? ¿Haciendo qué?

—Estoy en la popular, pensando. Vine a pegar la placa que me pidió el abuelo, pero no sé dónde ponerla.

Se hace un silencio, en los dos lados del teléfono.

—¿Querés que vaya? —pregunta el hijo.

El hombre carraspea. Remonta el agua que de pronto le bajó por la nariz.

—Sí. La verdad que me gustaría que vinieras.

—Dale. Voy.

—Avisá en el portón dos. Yo pedí permiso ahí.

—Un beso, pa. Te veo en un rato.

—Un beso, petiso.

El hombre guarda el teléfono. Sigue sin saber dónde pegar la placa que le pidió Ernesto Carlos Benítez. Sin embargo sospecha que ahora, dentro de un rato, se sentirá un poco más valiente como para, de una vez por todas, elegir un sitio y fijarla. O un poco menos solo, que significa casi lo mismo.

361 noches

Si esto fuera el argumento de una película, de esas películas emotivas donde pasan muchas cosas malas pero terminan bien, la primera escena podría ser ésta: el protagonista, vencido, se derrumba en un rincón del aeropuerto de Ushuaia. Agacha la cabeza y resopla. No sabe llorar en las desgracias, y ese resoplido es su modo de llorar. Y resopla porque acaba de comprender que sí, que definitivamente, sin vueltas y sin retorno, su equipo se va al descenso.

Es ahí. Es en ese momento. Son casi las cinco de la tarde y en Ushuaia es de noche. A lo lejos, por los ventanales del aeropuerto, se ve parpadear las luces de la ciudad en el aire helado. Su equipo no está jugando un partido en ese momento. Y ni siquiera eso del descenso es un hecho consumado, que vocifera desde los titulares de los diarios. No. Aún no. Pero el tipo acaba de comprender que el destino está sellado, aunque le falten algunas filigranas inútiles.

La posibilidad de salvación es demasiado remota. Salvación, qué extraña palabra. Algunos hinchas, como éste del aeropuerto de Ushuaia, están seguros de que todo está perdido. Otros siguen aferrados a una esperanza. El último bote que los rescate del naufragio. Las personas son así. Un misterio. Y cada una es un misterio diferente. Con su propia cabeza. Sus propios miedos. Sus propios tiempos. Sus propias conclusiones. Cada una aceptará el descenso cuando lo decida. Alguna, cuando las matemáticas sean inexorables. Otra, cuando se pierda con River y todo quede pendiendo de un hilo. Otra, con el pitazo final del 15 de junio, y el sol de invierno, y la tristeza.

Este tipo no. Este tipo prefiere descender hoy mismo, cuando la aritmética todavía deja alguna esperanza. O no es que lo prefiera. Su pesimismo, o la puntillosa constatación de que las cosas tienden a terminar mal, lo inclinan a darse cuenta de que sí, de que ya se fue al descenso.

En las semanas siguientes hará su duelo. Buscará el mejor modo de acompañar a su hijo, que pertenece al grupo de los optimistas impertérritos, casi póstumos, que creen hasta cuando ya no queda nada en qué creer. Sacará pecho en público: se mostrará sereno, ecuánime, hasta digno. Nada de pasto para las fieras. Nada de regalarles lágrimas a los morbosos que disfrutarían la exhibición de su dolor. Nada. Hasta algún imbécil interpretará ese silencio como una defensa del «aguante». Paciencia. Si las victorias sacan a flote miserias humanas, imaginemos cuántas sacan las derrotas. Y cuánta mugre habrá de aflorar en la peor de esas derrotas.

Después, en la película, vienen esas semanas de letargo hasta que empiece el torneo del ascenso. Éste sería un buen momento para que el argumento empiece a encaminarse. Los héroes han tocado fondo. Están en el último círculo del infierno.

Ahora comienza la recuperación. De a poco, regresa la alegría. Aunque cueste, aunque duela, de a poco vuelve el buen fútbol.

Pues no. Demasiado fácil. Mejor seguir el sendero más arduo. Que los pobres tipos que se han ido al descenso sientan que tienen un *déjà vu*. Otra vez, como la temporada anterior, un plantel que no se refuerza sino que se recauchuta. Otra vez nombres que no generan esperanzas sino sospechas. Ahora no se trata de jugadores veteranos, sino de futbolistas desconocidos. Pero los hinchas no quieren adelantarse. Se han bancado a pie firme todos los derrumbes. Todas las cargadas. Ya tienen carnet de estoicos, de modo que aguardan. En una de ésas todo mejora de repente.

Y empieza el campeonato. El nuevo campeonato. El menos querido. El menos esperado. Ese que se quiere apurar como un trago ingrato y necesario. Pero la película se sigue complicando. Nada de «empieza la recuperación». Ni un ápice de «bienvenidos a nuestro renacimiento». No. No, señor. En todo caso es «bienvenidos a más de lo mismo», o peor, «bienvenidos a lo mismo pero una categoría más abajo».

Ahora sí la película se puso complicada. Empezó triste, pero sigue desesperante. Hagamos algo, porque si no cambiamos el guión el público va a decepcionarse. Los espectadores pensarán: «Demasiada tristeza para mí». Es el momento de ponerle un giro al argumento. Un giro esperanzado. Un vuelco positivo.

Llega un director técnico nuevo. Los acomoda distinto. O ligan un par de manos de naipes menos envenenados. O las dos cosas. Dejan de perder. Ganan algún partido. Allá, en el fondo, sí, los espectadores de nuestro filme adivinan una luz: ¡Sí, señor! Lo que se ve es una esperanza.

Pasan los meses. Transcurren los partidos. Cambian los titulares de los diarios. El nunca bien ponderado «En caída libre» es reemplazado por conceptos como «Por el buen camino», o «Se acentúa la recuperación». Los hinchas pueden volver a mirar la tabla de posiciones sin que les estalle la úlcera gástrica. Mitad de tabla. Cada vez un poco más arriba. Vamos que se puede. Partido final de la primera rueda, zapatazo desde mitad de cancha y puestos de ascenso.

Ahora sí respira, aliviada, la concurrencia. Por fin. Yo sabía que esta película no era de terror, sino una de aventuras. Ahora sí. De acá en adelante la peli se vuelve una epopeya. Gastados, regresan algunos laureles. Se instalan las sonrisas. De vez en cuando, la platea estalla en aplausos, como cuando el muchacho de la peli se saca de encima a algún forajido que lo tenía a mal traer. Tomá, ahí, para que tengas. Aplaudimos. Y sonreímos. Sobre todo sonreímos. Dejamos atrás las pesadillas, los temores, los desencantos. Era hora, piensan los espectadores que querían que a nuestros protagonistas les fuera bien. Que para algo el cine es el cine, qué tanto. Que si para algo nos sirven las películas es para convencernos de que de vez en cuando el dolor tiene término y la tristeza tiene premio.

Una lástima todo, porque apenas fue un espejismo. Lo de la mejora, digo. Lo de la recuperación, me refiero. Porque de repente, o no tan de repente, todo se vuelve a ir al mismísimo demonio. Y los espectadores descubren que, como en el tango *Mano*

a mano, se trató de «pobres triunfos pasajeros». Y que, como en el tango, se dejaron engrupir por «los otarios, las amigas, el gavión».

Y de nuevo la nube negra sobre las cabezas de los muchachitos de la película. Primero la acechanza, después la tormenta, por fin el derrumbe. Todo se tuerce, todo se desmorona. La desilusión, el desencanto regresan desde el rincón adonde habían conseguido confinarlos.

Cuidado: los mortales llevamos demasiados años viendo cine. Somos suspicaces. Tendemos a adelantarnos a lo que vemos. Muchos de nosotros, por lo tanto, haremos el siguiente razonamiento: «Claro. El autor de esta historia ha decidido retacearnos un rato más la alegría. Va a hacerle un rulo más a la historia. Un poco más de dolor. Un trago más de angustia. Un último cachetazo de mala suerte».

Los espectadores conocemos películas así. Para que el envión emotivo del final sea todavía más efectivo. Volvamos desde un infierno todavía peor. Regresemos desde un naufragio todavía más mortífero. Así será mayor nuestra gloria. Así el público saltará de sus butacas, ganado por la euforia, arrebatado por la emoción, preso del júbilo. Y ahí los muchachitos meten un empate agónico, y tres triunfos al hilo en partidos que arrancan perdiendo. Ahora sí. Ahora la fiesta final. Viva el cine. Viva la aventura. Vivan esas historias que nos conmueven y nos transportan y…

Y nada. Porque no hay guionista capaz de generar un anticlímax como éste. Una cancha llena, un equipo que con ganar vuelve a Primera, una tarde como para dejar atrás lo peor de la tristeza. Y sin embargo, sucede.

Maldita película. Ninguna fiesta. Ningún milagro. Ningún renacimiento. Un cero a cero contra Patronato que pospone todo por tres días. Pero el mejor verbo no es posponer. El mejor verbo es sepultar. Porque si todo se ha torcido tanto, y tantas veces, y tan profundo, nuestros espectadores estarán sospechando que la película, para estos muchachitos, tiene que terminar mal. Una cosa es sufrir y padecer, y otra cosa es dejar pasar todos los bondis que te llevan de regreso a Primera. Como si el destino estuviese decidido a seguir ensañándose con estos tipos.

Y hablando de tipos, tenemos que regresar al primero. A ese que dejamos, en la primera escena, derrumbado en un rincón del aeropuerto de Ushuaia. Ese que resoplaba porque no sabía llorar de tristeza. Ese que acababa de comprender que su equipo se iba al descenso.

Nos vamos del drama general, ese de miles y miles de hinchas de Independiente y Huracán que se juegan el ascenso a cara o cruz, al drama particular de este pobre infeliz, al que le toca estar muy lejos. Muy lejos y muy alto. Este tipo vive el partido de desempate entre rojos y quemeros en un lugar que jamás imaginó. En un avión que cruza el Atlántico, a diez mil metros de altura. Mientras el avión zumba en la noche, el tipo se siente raro. Ahí arriba no funciona el celular. Su hijo, el optimista, no puede enviarle mensajes. El tipo mira el reloj. El partido terminó hace una hora, hace dos, hace seis. Y no sabe cómo tiene que sentirse.

Se subió a ese avión en Alemania a los diez minutos de iniciado el partido. En Argentina todo el mundo sabe el resultado. En cualquier lugar del mundo, con acceso a internet, también. El único otario que está en Babia es él. Lo sabrá cuando el avión aterrice y el piloto permita utilizar los celulares. Hasta entonces está en el limbo. Desempatando un partido que terminó hace horas. No quiere pensar en ese momento fatal de encender el teléfono. Pero piensa, de todos modos. ¿Qué hará? ¿Resoplar de dolor? ¿Gritar de alegría? Capaz que si grita dentro de un avión lo meten preso. No le importaría. Le importaría mucho más bajar de esa nave otra vez postergado, otra vez derrotado, otra vez desilusionado. Reza, promete, intenta dormir. A los sobresaltos, sueña que asciende, sueña que no asciende, sueña que todavía no se jugó.

Ahora sí, el final de la película. El avión toca tierra. Apenas gira, al final de la pista, para acercarse a la manga y detenerse, el tipo no puede más. Enciende el teléfono, oculto en la campera, aunque sabe que debería esperar todavía unos minutos. Contiene la respiración mientras el aparato toma su señal.

El teléfono vibra. Un mensaje. Vuelve a vibrar. Los mensajes son dos. Otra vez. Los mensajes son cinco, diez, cincuenta. El tipo, al que la vida enseñó a ser un pesimista hecho y derecho, no puede evitar esperanzarse. Si tanta gente quiso hablar con él en esas horas, o tiene muchos más enemigos de los que suponía, o los mensajes son de gente que lo quiere, y pretende darle buenas noticias.

Sin poder contenerse saca el teléfono del bolsillo. Sesenta mensajes sin leer. Recorre la lista. Ahí están los de su hijo. Los abre como puede. Aterido, lee palabras sueltas. Después sí, el mensaje entero: «361 noches soñando con este día. Volvimos». El tipo no sigue leyendo los otros mensajes. Habrá tiempo después.

Ésa es la última imagen de la película. Otra vez, como en el aeropuerto de Ushuaia, el tipo hunde la cabeza entre las manos. Ahora no en un rincón oscuro, sino en el mínimo espacio que separa su asiento de la fila de adelante. Esta vez no resopla. Tampoco grita de alegría. Lo que hace es llorar todas las lágrimas que se debía.

Los otros viajeros abandonan lentamente el avión. Algunos giran la cabeza, extrañados, al escuchar los sollozos de ese pasajero que parece dispuesto a quedarse para siempre ahí, soltando toda su congoja. No tienen por qué saber que algunos tipos, que no saben llorar de dolor, sí saben llorar de alivio.

No sé, señora

¿Por qué nos gusta tanto el fútbol? Acá, digo. En la Argentina, digo. En realidad me quedo pensando en el verbo que usé. Eso de «gustar». Y no, me estoy quedando corto. «Gustarte» te puede gustar una actriz en una película, o te puede gustar el helado de pistacho (hay gente a la que sí, a la que el helado de pistacho le gusta, qué quieren que le haga).

Y en Argentina el verbo «gustar», aplicado al fútbol, parece quedarse chico. Seguro que nos gusta. Pero va más allá lo que nos pasa con el fútbol. Nos cautiva. Nos enamora. Nos enceguece. Podría agregar que nos «apasiona», pero por motivos estrictamente personales prefiero evitar todos los derivados de la palabra «pasión». No porque no la sienta, y no porque no la viva. Pero me da la impresión de que hemos convertido a la dichosa «pasión», sobre todo aplicada al fútbol, en una bolsa de gatos en la que cabe, además de gatos, cualquier cosa: energúmenos profesionales, publicidades estúpidas, locuras inútiles, crueldades alevosas. Por eso, si me permiten, dejemos a la pasión y a todos sus derivados (apasionar, apasionante, apasionada, pasioncita —qué feo diminutivo, dicho sea de paso—) a un costado de esta columna. ¡Cucha, pasión, cucha, salga de acá!

Perfecto. Retomemos el asunto, suponiendo que exista, en este texto, el tal asunto. Ah, sí: que el fútbol tiene para nosotros, los argentinos, una importancia muy profunda. Ése es el asunto. Y sí, tiene razón el que lee esto y dice: «Momentito, señor Sacheri, yo soy argentino y el fútbol no me interesa». Concedido, señor mío. Tiene razón. Aunque si no le gusta el fútbol no entiendo muy bien qué hace leyendo la revista *El Gráfico*. Pero es cierto, ése es asunto suyo y no mío. En las dos cosas usted está en lo cierto. Bien. Corrijamos: el fútbol tiene, para muchos argentinos, una importancia muy profunda.

Es así, y no está ni bien ni mal. Momento. Vuelvo a corregirme: no sé si está bien o está mal que así sea.

A veces me gusta la idea de que el fútbol nos importe tanto. Me parece un gesto gratuito, en una época en la que casi todo tiene un precio. Que nos importe algo tan ingenuo, tan primario, tan inconsistente como un juego, tiene algo de antiguo y trasnochado y noble. Una especie de mueca carnavalesca que se burla del espíritu práctico y de las buenas costumbres de la civilización burguesa.

Otras veces, no. Otras veces se me chifla el moño y siento que somos una manga de inmaduros, una murga de chiquilines extraviados en los vapores de una ficción. Podríamos estar abocados al trabajo duro y a la investigación científica. Podríamos tener los ojos alzados hacia el norte seguro del desarrollo económico sustentable y del bienestar con equidad social, cultural, educativa y de género. Y en lugar de eso nuestros ciudadanos dilapidan horas de sueño preocupados por si se van o no se van

al descenso, horas de trabajo haciendo una cola para comprar una entrada que cuando lleguen a la ventanilla ya estará vendida, horas de charla discutiendo si hay que comprar a Saturnino Chamingoti o a Demóstenes Amestizábal para el puesto de volante central de Deportivo Chispitas. Y es eso: dilapidar, malgastar, tirar a la basura una energía que podríamos usar para las antedichas nobles metas.

Para colmo de males el planeta entero parece estar dándonos la razón. En las últimas ¿dos décadas, digamos? los asiáticos, los africanos, los melanesios se han sumado a la vieja costumbre latinoamericana y europea de jugar al fútbol. Eso tiene un lado bueno y un lado malo. El lado malo es que, cuando te quieras acordar, tarde o temprano, tu selección nacional se va a comer una derrota jugando contra Mozambique o Camboya. No sucederá mañana, no sucederá pasado, pero tarde o temprano te la van a mandar a guardar, acordate lo que te digo.

El lado bueno es que nuestra inseguridad encuentra cobijo en ese amor global por el fútbol. Al razonamiento, casi temeroso, de «Che, capaz que deberíamos darle menos bola al fútbol» se contrapone la constatación de «Mirá cómo el mundo entero está como loco con la pelotita, chabón». Y entonces quiere decir que hacemos bien, que nunca estuvimos equivocados (cosa que los argentinos tendemos a sospechar siempre, pero nos encanta confirmar dos o tres veces por hora). Fútbol televisado hasta los confines del planeta, jugadores convertidos en celebridades globales, el mundo parece crecientemente contagiado de este virus al que los argentinos hemos sucumbido mucho antes. Desde hace…

¿Cuánto hace que los argentinos somos así? Décadas y décadas. Estos días estuve leyendo *Así jugamos*, de Vignone y Borinsky, que incluye una crónica lindísima del Mundial de 1930. Uno repasa los escándalos de ese Mundial, las actitudes desmedidas y las *vendettas* prometidas que se generaron a partir de la final contra Uruguay y descubre —tranquilizado o desolado, no sé— que hace ochenta y cuatro años las cosas eran parecidísimas por estos pagos.

Calculo yo que debemos llevar un siglo largo, ya, de semejante amor desencajado. Guarda que en esta parte de la columna me pongo el saco de profesor de Historia, cazo la tiza y recorro los pasillos del aula. De modo que ni se les ocurra distraerse, hablar con el compañero ni, mucho menos, sacar el teléfono celular.

Esto del fútbol, todos lo sabemos, nos lo trajeron los ingleses. Más o menos para la misma época en la que desembarcaban los ferrocarriles, los telégrafos y los préstamos bancarios, para embarcar a cambio el trigo, la lana, la carne y alguna otra menudencia del sector primario. Modelo agroexportador, que le dicen. El asunto es que, con el barco ahí estacionado en el puerto (por unos pocos años Puerto Madero, pero enseguida el Puerto Nuevo, porque el otro les quedó chico apenas inaugurado, pero mejor no acordarse porque se me vuelan los patos) y para matar el tiempo, los marineros pelaban un balón para armarse un fulbito. De ahí habrá pasado a los changarines, a los obreros de la carne, a los peones del ferrocarril… y así sucesivamente hasta llegar al vago de su hijo, señora.

Los «niños bien», por otro lado, lo aprendían en los colegios secundarios con sus profesores británicos. O en los clubes de gente paqueta. Claro que de ahí pasó a espacios menos exclusivos y más amplios, y así sucesivamente hasta la canchita de fútbol cinco en la que malgasta sus tardes el vago de su hijo, señora.

Según algunos, esas décadas finales del siglo XIX, las primeras del siglo XX, fueron buenos años porque la Argentina crecía, se poblaba, se modernizaba y se enriquecía. Según otros, no fueron tan buenos porque la torta estaba pésimamente repartida, y unos pocos la juntaban en pala mientras otros muchos corrían la coneja. Pero como éste es un foro deportivo y no científico no vamos a detenernos en esta disputa de historiadores. Dejémoslos ahí, en la biblioteca, fajándose a librazos, y volvamos.

El asunto es que, con más o menos razón para hacerlo, los argentinos soñábamos con un futuro de grandeza. Nos ilusionábamos con la inminencia de una «Argentina potencia». Y entreteníamos nuestros ocios con la pelota de fútbol. Una sociedad que se mezclaba, que mutaba, que se volvía a mezclar, encontraba en las camisetas de los clubes un ámbito de seguridad y de pertenencia.

Claro que, como bien sabe cualquier hincha de fútbol, lo bueno dura poco. Estábamos ahí, en plena prosperidad, para pocos o para muchos, y nos sacudió la crisis del año 30. Que la Bolsa de Wall Street, que la crisis europea, que no te compro más trigo ni más carne, lo cierto es que la Argentina quedó con el culo apuntando al norte y el futuro devastado. Nuestros sueños de grandeza se torcieron. Me gustaría poder escribir ahora que, por suerte, en unos pocos años nos acomodamos y recuperamos el terreno perdido, y ahí sí nos convertimos en una potencia de la gran flauta. Pero ¿para qué mentir, no?

Ya llevamos una ponchada de años intentando reflotar aquellas esperanzas. Prometiéndonos un futuro de grandeza que nunca llegó. Todavía hoy, casi un siglo después de aquellos vaivenes, seguimos poco menos que exigiendo que el mundo se acomode a nuestra gloria en ciernes. Pero lo hacemos con una mezcla de solemne indignación e incrédula jactancia. ¿Qué ocurrió con el mundo, que nos ha desperdiciado de este modo? ¿Nos hacen el vacío de pura envidia que nos tienen?

Pero no nos vayamos por las ramas, me cacho. Porque algo nos quedó de aquellos tiempos, además de viejos pergaminos y trasnochadas esperanzas. Nos quedó el fútbol. Mientras la Historia nos olvidaba, mientras nuestras glorias en ciernes se desbarataban, seguimos jugando. Se multiplicaron los clubes y las ligas. Jugar a la pelota pasó a ser la clave de cualquier infancia digna de tal nombre, la llave de acceso a la calle y el grupo de amigos.

Tomamos al fútbol y lo moldeamos a nuestro estilo. El que creamos acá, en el último patio del mundo. Lo llenamos de gambetas, picardía, temeridad, desequilibrio. Y de individualismo, anarquía, insolencia, indisciplina. Un fútbol de estetas y compadritos. Un fútbol de luces individuales y desmadres colectivos.

Creo que así jugamos al fútbol los argentinos. Y alguna vez hemos discutido, en estas páginas, si es verdad o no esa afirmación de que «al fútbol se juega como se vive». Y apunté que no estoy seguro de si eso es cierto. Pero hoy, mientras escribo esto y mientras pienso, no puedo evitar encontrar algunos parecidos. En una de ésas, cuando vivimos, los argentinos tendemos a ser ávidos, insolentes, insolventes, temerarios. Lo mismo que cuando jugamos, que se nos da por presentarnos impulsivos, inocentes, caóticos, agonísticos. Tal vez viviendo seamos bastante petulantes, inseguros, vivaces, engreídos. Del mismo modo que jugando nos evidenciamos individualistas, capaces, desconfiados, facciosos.

Pero atención. Una cosa es cómo jugamos al fútbol, o cómo me permito creer que lo jugamos. Y otra cosa es pensar por qué lo queremos tanto. Y acá me viene otra idea. Me parece que el fútbol es, tal vez, una de las pocas cosas que los argentinos sabemos que hacemos bien. Con todo a cuestas, empezando por nosotros mismos. Nos enorgullece que nuestros jugadores paseen su talento por las ligas más exigentes del mundo. Nos desvela, una vez, y otra vez, la posibilidad de pasarles el trapo a todos en un Campeonato Mundial. Nos entusiasma porque es un paraíso que sentimos ahí, cerquita, próximo, posible, mucho más tangible que otros paraísos tal vez más definitivos, pero para los que no nos da el piné.

Por eso jugamos, miramos, discutimos y padecemos fútbol. Por eso, también, nacieron y trabajaron acá escritores como Roberto Fontanarrosa y Osvaldo Soriano. Ambos inventaron historias en las que usaron al fútbol como telón de fondo, o como puerta de entrada para desplegar personajes tangibles, certeros y cercanos. Conmovedora y aterradoramente parecidos a nosotros. Por eso, también, tuvimos periodistas como Dante Panzeri y Roberto Santoro, que supieron usar al fútbol como una mirilla, para ver y entender la sociedad que se movía por detrás. Me parece que si el fútbol nos importa tanto a los argentinos no es porque sí. Nos importa porque nos desnuda, nos representa, nos evidencia.

Pero todavía falta algo más. Una virtud adicional que tiene el fútbol: nos aproxima, nos acerca, nos pone más o menos a tiro del afecto entre nosotros. Pavada de cualidad, a fin de cuentas, en esta tierra donde tolerarnos los unos a los otros parece más complicado que salir campeón invicto.

No sé, son ideas mías. Pero antes de hacerle una escena a su hijo, señora, porque otra vez llegó a cualquier hora de la canchita, o porque se pasó dos días haciendo cola para conseguir una entrada para un clásico, tenga en cuenta estos argumentos. No digo que me dé la razón. No digo tanto. Pero, no sé, señora, sopese estos argumentos antes de lanzarse a correrlo, alpargata en mano.

La táctica del avestruz

Los chicos hacen preguntas incómodas. Y no me refiero a las típicas y simpáticas interrogaciones vinculadas con el origen de los bebés, sino a otras que tienen que ver con las cosas más difíciles, más injustas, más dolorosas.

Uno lleva a un hijo de la mano, pasa frente a un mendigo que le pide una limosna y sigue adelante sin volver la cabeza ni detenerse. Es posible que uno, después, tenga que explicar varias cosas. ¿Por qué hay gente que pide limosna? ¿Qué es la pobreza? Y la más difícil de todas: ¿por qué uno pasó por delante del mendigo y siguió caminando con indiferencia?

Una hija contempla, absorta, a alguien que sufre una discapacidad. La mirada fija en una silla de ruedas, un bastón blanco, los rasgos de un rostro con síndrome de Down. Nosotros, incómodos, le decimos que no mire así, que no clave esos ojos asombrados. También aquí se suscitarán las preguntas. ¿Qué le pasa a ese señor? ¿Qué tiene ese chico? Y la más difícil de todas: ¿por qué le pasó eso?, que es un modo de preguntar «¿Nos puede pasar a nosotros? ¿Me puede pasar a mí?».

Y existe todavía un ámbito de preguntas más difíciles, y son las que tienen que ver con la muerte. Ahí tenemos que apelar a toda nuestra serenidad, porque es en ese sitio donde se juegan las angustias más profundas y más definitivas. Nuestros hijos nacen y crecen convencidos de que el mundo es perpetuo tal como lo conocieron. La muerte no es una idea que brote solita. No. Nace del peor modo. Nace con la experiencia de la muerte. Crecemos convencidos de que somos inmunes a las pérdidas, hasta que perdemos.

En el mejor de los casos las primeras muertes pueden justificarse en la cuestión de la vejez. Un abuelito, por ejemplo. Podemos salir al cruce de la angustia explicando que la gente muere de vieja, después de muchos, muchos años de vivir. Es un buen conjuro. No podemos evitar la muerte, pero podemos patearla décadas y décadas hacia el porvenir. Si nos toca morir, suponiendo que tal cosa nos suceda, nos tocará dentro de muchísimo tiempo.

A veces no tenemos tanta suerte, porque la muerte se las ingenia para burlar esa teoría cándida de que saldrá a nuestro encuentro en la vejez. Muere alguien joven, muere alguien imprevisto. Y la angustia de nuestros hijos por entender, y la nuestra por explicar, no podrá descansar en ese placebo de los muchos muchos años ni de los viejitos muy viejitos.

Y ahí estaremos intentando explicar lo que ni siquiera nosotros entendemos, lo que ni siquiera nosotros aceptamos. Es injusto. Tan injusto que resulta inaceptable. Pero explicaremos. Intentaremos que esa angustia mengüe de alguna manera. Buscaremos palabras y las encontraremos. Mejores o peores, pero alguna explicación

hallaremos, como placebo. Sentimos que nuestros hijos son demasiado chicos como para enfrentarlos con la brutal simplicidad del mundo. Por eso explicamos.

Claro que los chicos crecen. Y en algún momento nos damos cuenta de que no necesitan que disimulemos las verdades tristes. Tal vez la madurez es eso: la posibilidad de enfrentar el lado espantoso de la vida con la honestidad del silencio. Sin palabras que escondan, que oculten, que disimulen. Sin discursos cándidos que intentan escapar por la tangente. Sin trucos ingenuos que no conjuran nada, que no sirven nada más que para aquietar un poco las angustias.

¿Qué tiene que ver toda esta larga perorata con los temas deportivos que *El Gráfico* me pide que trate en estas columnas? Nada, ¿no? Espérese. Espérese, amigo lector, que ahí vamos.

Cuando me enteré de que la AFA había decidido cambiar el formato de los torneos, al principio no entendí. Pero no era grave: casi nunca entiendo un montón de decisiones que se toman. Se habló de federalismo y cosas así. Y en algún rinconcito nostálgico de mi alma no pude evitar la añoranza por esos viejos Torneos Nacionales de mi niñez. Pero esto es otra cosa. O a mí me suena como otra cosa. Y fue entonces que me vino a la cabeza la imagen esta de padres intentando explicar cosas dolorosas a los hijos. A los hijos chiquitos, a los hijos en esa edad en la que no están listos para las verdades crudas.

Tal vez el tiempo me demuestre que estoy equivocado, pero por el momento no puedo evitar la sensación de que la decisión de armar este nuevo torneo de Primera División tiene, como objetivo primordial, que no descienda nadie.

Ya sé que alguien va a descender, pero para eso falta mucho, mucho tiempo. Un año y medio, mire lo que le digo. Y además la posibilidad de irse al descenso se reduce drásticamente. Yo no soy ningún experto en estas lides matemáticas, pero no es lo mismo tener 3 chances entre 20, que tener 2 posibilidades entre 30. Según mis modestos cálculos, significa pasar de tener un 15 por ciento a un 6,66 por ciento de probabilidades de bajar de categoría. Así. De un saque.

Se me dirá que esta benevolencia permitirá que el fútbol se viva «con menos histeria». Ajá. Pero entonces, ¿quién es culpable de la histeria: el fútbol, los descensos, o los hinchas que no se bancan descender?

Por supuesto que descender es una de las cosas más feas que te pueden pasar con tu club. Por supuesto que tus rivales sacan a relucir todo el morbo del que son capaces. Por supuesto que hoy, con tanta tecnología y redes sociales y la mar en coche, te verás obligado a ver, durante un tiempo interminable, videítos cómicos, afiches ocurrentes, publicidades cómplices, banderas dicharacheras, y tu arteria carótida tenderá al diámetro de un acueducto y tu presión arterial se disparará hacia los 23 de máxima y 27 de mínima.

Pero no creo que la solución sea patear los descensos hacia adelante y minimizar su riesgo por el simple expediente de incrementar el número de posibles candidatos a padecerlo. ¿No sería mejor si aprendemos, un poquito aunque sea, a perder y a ganar?

A sufrir sin que se nos note tanto. A gozar sin que la crueldad nos desborde. Ojo que lo que digo se parece bastante a hacer memoria. Porque es algo que, en el fútbol argentino, más o menos supimos hacer. ¿O cómo pensamos que eran las cosas antes de ser como son? ¿O acaso nos creemos que siempre fuimos estos monstruos incendiarios en los que nos hemos convertido en los últimos años? ¿O acaso no existe la posibilidad de bancarte las malas hasta que regresen las buenas?

Un discurso demasiado pobre se nos ha venido metiendo debajo de la piel. Frases hechas al estilo de «ganar es todo» o «el descenso es la muerte» o «vos no existís», o estupideces por el estilo, que suenan bien y no significan nada. O peor, lo único que significan es que la derrota es la muerte y que hay que salir de ahí como sea, aunque el «como sea» signifique a golpes, piedrazos y furia desatada. Un salir que no es salir. Un salir que es apenas un montón de frustración y nada de fútbol.

Si el fútbol es igual que la vida, igual de definitivo, igual de irreparable, igual de severo, entonces no sirve para nada. Lo bueno del fútbol es que se parece a la vida pero hasta ahí, por arribita. El fútbol viene a ser una vida en pequeña escala pero que vuelve a empezar. Cosa que, con la vida de verdad, no sucede. El fútbol es una vida sin muerte, porque siempre hay un partido más, y quién te dice, de repente, estos burros empiezan a jugar bien y remontamos.

No se puede cambiar un par de décadas en dos días. Ni se puede remar fácil contra esa corriente del supuesto folklore y del benemérito «aguante». Pero seguir en esa línea de «perder es morir y descender ni te cuento» es llevar a los hinchas a una posición infantil y despechada, ingenua y desafortunada.

Y esta decisión de modificar el torneo de Primera me suena a eso. A un discurso tranquilizador para los chicos. Ya que no somos capaces de cambiar el modo de enfrentar las malas, hagamos como si las malas no existieran. Reduzcamos a menos de la mitad las posibilidades de que los clubes grandes y medianos se vayan al descenso. Del mismo modo que, hace un tiempo, hicimos con los hinchas visitantes. Ya que no teníamos la menor idea de cómo hacer para que los locales no se matasen con los visitantes, impedimos de un plumazo que hubiese. Evitamos la violencia a partir del cómodo expediente de sacarles de enfrente al rival. ¿Quedan feúchas las tribunas vacías? ¿Queda renga el ágora de todos los domingos? ¿Se siguen amasijando de lo lindo, ahora entre facciones de la misma barra brava?

Dicen que los avestruces esconden la cabeza en el suelo, para fingir que los problemas y los peligros no existen. No sé si los avestruces hacen semejante cosa. Pero nosotros, evidentemente, sí.

Paciencia. Que lo nuestro no es encontrar soluciones. Sino lindos cuentos para que nuestros hinchas, cada vez más inmaduros, cada vez más niños, puedan conciliar el sueño a la hora de dormir.

Los malditos

Todos tenemos nuestros momentos, los buenos y los malos, las cimas y los pozos. Nuestras vidas, más o menos anónimas, recorren caminos que suben y que bajan. Por momentos andamos ahí, en las alturas, mirándolo todo desde la lozana beatitud de sentirnos exitosos. Y por momentos sucede lo contrario. El mundo parece girar en sentido inverso al que necesitamos. Nos agobia con su peso, nos derrota y nos golpea en todas las esquinas.

Yo me imagino que estos tipos sintieron, en ese invierno lejano y turbio, que estaban tocando el cielo con las manos. Que la vida se acomodaba a sus sueños. Que el bronce les guardaba un sitio mágico y redondo. Que estaban haciendo historia. Que estaban saldando una deuda que el fútbol argentino tenía, para consigo mismo, desde la final perdida en 1930.

Al principio sí. Esos jugadores de 1978 habrán sentido, en los días y en los meses posteriores al Mundial, que el planeta les sonreía y que la Argentina los amaba. Hay unas cuantas imágenes de ellos en la televisión, enfundados en esos trajes de pantalones y nudos de corbata anchos. En las revistas. Con la copa o sin ella. En grupo o solos, sonriendo felices.

Detrás está la gente. Los periodistas. Los hinchas. Los curiosos. Todos sonríen. Los palmean, les agradecen y festejan. Será por eso que aquellos jugadores sienten que han entrado en la historia grande del fútbol argentino. Por los reportajes y las fotos. Por los saludos callejeros. Por los aplausos en las canchas.

Y sin embargo, no. La suya será la gloria más efímera de todas. En unos pocos años los sepultará el olvido. O algo peor: la toma de distancia consciente y voluntaria. Y el silencio. A medida que la dictadura militar se aproxime a su ocaso, la sociedad argentina irá manifestándose cada vez más ajena al Régimen y, sobre todo, buscará borrar todas las huellas de su anterior aquiescencia para con él.

Ejercerá la hipócrita prudencia de olvidar los aplausos, las banderitas, las calcomanías en los autos. Los desfiles, el himno cantado de pie en el cine, los bocinazos. Los papelitos en la vereda, los cantos en las plazas. Nosotros no estuvimos. No fuimos. No supimos. Nosotros no quisimos, no celebramos, no aplaudimos.

Despacio, como quien no quiere la cosa, en grupitos silenciosos, nos iremos alejando. Ellos no. Los jugadores no. Estaban en las fotos. No podían alejarse. No sé si quisieron, pero aunque quisieran, no habrían podido.

Tal vez alguno de ellos albergue una secreta rebeldía. Una recóndita impotencia. Tal vez alguno se pregunte dónde estuvo su pecado. Si buena parte de la Argentina los aplaudió y los celebró y se embanderó con ellos y su hazaña. Qué hicieron mal. En qué se equivocaron. Qué debieron haber hecho distinto. Pero no hay peligro de

que se lo pregunten en voz alta. Para empezar, de eso no se habla. Porque hablar de eso implica obligar a unos cuantos millones de argentinos a preguntarse qué hicieron, dónde estaban, aplaudiendo a quién, por detrás de esos partidos de fútbol mundialista. A preguntarse y a responderse.

Y nosotros, mejor no. Mejor el silencio. Mejor nos hacemos a un lado, calladitos. Encima, para colmo de suertes (para nosotros, los millones, no para ellos, el puñadito de jugadores), ocho años después ganaremos otro Mundial. Y de visitantes, y en democracia, y con el Diego y los suyos por todo lo alto. Y en esa fuente de alegría pura e inmaculada iremos todos a purificarnos. Benditos y diáfanos, como recién nacidos. Esa felicidad nos ayudará a sepultar la otra, la anterior, esa de la que preferiremos avergonzarnos por el resto de la eternidad.

No se nos ocurrirá increpar a un tipo por trabajar en una compañía de seguros, en 1978. Pero a estos otros sí, les endilgaremos la pregunta tácita de por qué, en 1978, trabajaron de jugadores mundialistas. Por qué ganaron. Descubriremos horrorizados que, en una de ésas, por primera y única vez en la historia del fútbol argentino y mundial se presionó a un plantel o se amañó un resultado.

Y durante todo ese trabajo mental y emocional que llevaremos adelante, no se nos caerá la cara de vergüenza. En absoluto. Orgullosos de nuestra hombría de bien, de nuestro civismo, sobreactuaremos nuestra honestidad de demócratas a prueba de balas, a prueba de operaciones de prensa, a prueba de manipulaciones demagógicas. Borraremos mágicamente las multitudes de las fotos. Haremos mutis por el foro. Todos nosotros, con las banderas, las gorras, las vinchas, los papelitos y las calcomanías de «Somos derechos y humanos».

Quedarán ellos. Esos jugadores de fútbol que el 25 de junio de 1978 sintieron que la gloria los recibía con los brazos abiertos y se equivocaron.

Es verdad que algunos consiguieron mantenerse en el esquivo promontorio de la celebridad. Pero lo lograron merced al éxito que cosecharon en sus clubes. Casi todos ellos, en la Argentina. Unos pocos en el exterior. Pero no en la Selección. No en ésa. Esas medallas de 1978 están archivadas. Como sus dueños.

Campeones que cargan con la maldición de haber ganado el Mundial equivocado. Culpables de un montaje propagandístico del que fueron meros instrumentos. Reos del delito de beneficiar a un régimen político ilegítimo del que ellos, sin embargo, no eran responsables. Ya imagino algún dedito acusador, alzado en contra de esta columna: «Si no querían ser cómplices, deberían haber renunciado». Ajá. Y mientras escucho la acusación, no puedo evitar preguntarme cuántos deberían haber renunciado, a cuántos empleos, para evitar esa complicidad. ¿Los jugadores sí y los maestros de escuela no? ¿Los jugadores sí y los bancarios no? ¿Los jugadores sí y los empleados municipales no?

De todos modos, las mías son preguntas casi ociosas. Cuestiones del pasado. Cuestiones sin nombre, porque nadie las habla. Nadie las habla pero todos las actúan.

Las actúan en silencio. Con esa hipocresía de truhanes que los argentinos lucimos como una medalla, y que en el mundo del fútbol desplegamos con sus mejores galas.

Mientras daban la vuelta olímpica en el Monumental, y casi todo el país los aplaudía y los amaba, no debieron pensar que estaba cayendo una maldición sobre sus espaldas. No lo pensaban pero sucedió. Mientras trotaban, exhaustos de cansancio, felices hasta la incredulidad, alrededor de la cancha en la que acababan de consagrarse campeones del mundo, la maldición planeaba sobre ellos, como una sombra.

Cosas que pasan.

Queridos Reyes Magos

Como soy un antiguo, por no decir un viejo perimido, por no decir un mal llevado, voy a hacer mi solicitud de obsequios navideños a los Reyes Magos, que hace más de dos milenios que vienen repartiendo regalos a los niños de todo el orbe. Nada de pedirle gentilezas al gordo barbudo de traje brillante que surca los cielos en un trineo tirado por renos. Por favor. Dónde se ha visto semejante cosa. Además hay quienes dicen, con nutridos fundamentos, que el fulano levanta pedidos para una conocida gaseosa de primera marca. De manera que no. Nada de eso. Me quedo con los Reyes. Tres platitos con agua, sal y un poco de pasto, para que no se vayan con las manos vacías. Como para sentir que el intercambio ha sido justo, de algún modo recíproco.

Pues bien, como no quiero abusar de la generosidad de los citados monarcas orientales, voy a hacer lo posible por circunscribir mi solicitud todo lo posible. Porque uno, puesto a pedir, pide. Y puede zafarse. Así que mejor no. Disciplina, contención, sacrificio, mesura.

Un pedido. Un buen pedido. Pero uno solo. Y uno solo que sea factible. Nada de andar pidiendo imposibles que los pobres príncipes de las arenas no consigan cumplir.

No voy a pedir un marcador de punta con llegada. No. Nada de eso. Habrá que seguir rebuscándosela con esos muchachos que, en el mejor de los casos, consiguen atropellar tres, cuatro, cinco veces la pelota hasta llegar cerca de la línea de fondo rival, donde sucede a veces el milagro: se enfrentan cara a cara con otro marcador de punta igual de limitado, y en ese revoleo de piernas, de codos y de cabezas, en una de ésas conseguimos un tiro de esquina a favor. A veces pasa. Pocas, pero pasa. Que la mayoría de esos tiros de esquina, después, no sirvan para nada es otro tema. Les pido sean tan amables de no venirme con objeciones, porque no quiero dilapidar mi espíritu navideño. Así que no. No pidamos marcadores de punta, con la falta que nos hacen.

Tampoco pidamos que en nuestro equipo haya cinco jugadores capaces de efectuar pases de diez metros con ambos pies. Ya sé. Ya sé que nos vendría bárbaro. Ya sé que si contásemos con semejante filón podríamos, alguna vez, pasar de posiciones defensivas a posiciones ofensivas en menos de diez minutos, que es lo que suele insumirle, a un grupo de muchachos que manejan un solo pie, el modesto milagro de abanicar la pelota de un costado al otro del campo de juego, ya que como les queda la cancha al revés el balón termina siempre un metro atrás de donde debería llegar, por una simple cuestión de que las piernas vienen de fábrica articuladas hacia un lado y no hacia otro. Pero insisto: imaginar que tu camiseta puede ser vestida por un cúmulo de maravillas, capaces de tocar de primera con ambas piernas sin tener

que pedirle al mundo que se acomode al revés, me suena a regalo excesivo que ni los Reyes Magos te pueden ofrendar.

Por lo tanto insisto: ni marcador de punta con desborde, ni cinco tipos que usen las dos piernas. *Vade retro*, Satanás.

Propongo que pidamos algo más modesto, pensando en el año que comienza. Que solicitemos un «protagonista» del fútbol nacional que, puesto en situación de declarar algo ante micrófonos televisivos, radiales o de prensa gráfica, elija decir palabras coherentes. *Atenti*, que no estoy pidiendo algo tan grandilocuente como «palabras sabias». No, señor. Me conformo con «coherentes». Tome nota el lector, si es tan amable.

Cuando digo «protagonista» pienso en jugadores, en entrenadores, en dirigentes. Si es más de uno, mejor. Pero no quiero abusar, porque sé que estoy pidiendo algo difícil. Difícil de encontrar.

Ya sé que los jugadores hablan. Y que los directores técnicos hablan. Y que los dirigentes hablan. Y vaya si hablan. Después de los partidos, antes de los partidos, antes de los entrenamientos, después de los entrenamientos, en los programas especializados, en los programas no especializados… Ya sé que entregan, los «protagonistas», un montón de palabras. Miles. Millones. Toneladas de palabras diarias, semanales y mensuales.

Lo que me atrevo a pedir (¡teléfono, Reyes Magos!) es que, ya que van a hablar, alguno, alguna vez, diga algo coherente. Algo nacido del sentido común, de la experiencia cotidiana, del simple hecho de vivir los días. Que se saquen de encima ese mandato creciente, agobiante, de pasarse la vida repitiendo las mismas sandeces que otros ya han dicho hasta el hartazgo.

Vayamos a algunos ejemplos concretos de lo que no quiero escuchar más. Supongamos que nuestro equipo acaba de empatar 1 a 1 de chiripa, porque nos cascotearon el rancho durante 95 minutos. Supongamos que el periodista (otro gremio proclive a los lugares comunes, pero no quiero abrir demasiado el abanico de mis odios, así que me callo ese tópico) le pregunta a uno de tus jugadores si se va conforme con el resultado. Todos sabemos que el susodicho va a responder: «No, a nosotros nos sirve ganar». Y nosotros nos sentiremos una caterva de idiotas. Porque si «a nosotros nos sirve ganar», no se entiende por qué no intentamos cruzar el mediocampo aunque fuera dos veces en cada tiempo. Si «a nosotros nos sirve ganar», nuestro arquero debería haber demorado menos de diez minutos en cada saque de meta.

Bueno, lo que yo quiero pedirles a los Reyes Magos es un jugador que, en lugar de responder esa estupidez, diga algo como: «Y, la verdad, con el modo en que nos reventaron a pelotazos todo el partido, qué querés que te diga, la sacamos baratísima». En ese caso, sentiremos que no nos están tomando por idiotas. Ya que nos quedaron los dedos blancos de colgarnos del travesaño, que por lo menos los

«protagonistas» se hagan cargo del hecho. Si es lo que hiciste, contame lo que hiciste, flaco. No me inventes una historia que no sucedió.

Ejemplo 2, en las antípodas. Tu equipo lleva cinco puntos de ventaja faltando nueve en juego. El periodista le pregunta al «protagonista»: «¿Te imaginás campeón?». Uh, ya me fastidio de imaginarlo. Porque el muchachito, con tal de no pronunciar las sílabas prohibidas: «cam-pe-ón», dará cinco millones de vueltas en una estúpida calesita semántica, y dirá cosas como: «Este… bueno… tenemos que ver. Hay muchos equipos importantes. El torneo argentino es muy competitivo…». Lo que les pido a los Reyes es que me envíen un fulano capaz de responder la pura verdad, siendo en este caso la pura verdad: «Mirá, si no salgo campeón me siento en una sartén con aceite y enciendo la hornalla». O: «No podemos ser tan imbéciles de perder el campeonato, porque lo tenemos servido». No debería ser tan difícil que un tipo evite las declaraciones políticamente correctas —que son futbolística y humanamente insípidas y estúpidas— y me entregue a cambio la simple verdad de que sí, de que salvo una catástrofe planetaria lo lógico es que ganen el campeonato. ¿O piensan que Dios los va a castigar por utilizar la palabra «campeón»? ¿O se creen que por evitar la palabra tabú la pelotita les va a resultar más obediente el próximo partido?

Ejemplo 3. A nuestros muchachos les toca jugar con el antepenúltimo del torneo, de locales. No me digan, por Dios les pido, que «es un rival difícil». ¿Tanto miedo de ofender, tenemos? ¿Ofender a quién? Díganme que calculan que van a ganar, que salvo una catástrofe tendría que haber tres goles de diferencia entre los dos, que si pierden contra el antepenúltimo en casa, se agarrarán los dedos con la puerta de la bronca, nomás. Pero no me digan que es un rival difícil. Para decirme eso no me digan nada. Hagan un respetuoso silencio, les pido por favor. A lo mejor a los Reyes Magos puedo pedirles eso. No digo jugadores que declaren como personas normales. Pero puedo pedir jugadores mudos, aunque sea.

Pero no sólo jugadores, ojo. Porque también tenemos el ancho mundo de los entrenadores y los dirigentes, que tienen lo suyo, y vaya si lo tienen. Lo escribo y me represento al director técnico que, después de los partidos, siente que no puede esbozar siquiera una mínima crítica en contra de sus dirigidos. Si ganaron, sobre todo. A ver si hacen puchero, todavía. Si ganaron jugando espantoso, dígannoslo. No se llenen la boca diciendo lo orgullosos que están del sacrificio de los jugadores, ni de que entendieron el mensaje, ni de que en la semana se la pasaron hablando de cómo plantear el partido de manera inteligente. Reconozcan, les pedimos, que a los cinco minutos del primer tiempo se les habían quemado los papeles, que a los quince no sabían ni dónde estaban parados, que el árbitro les dio una mano bárbara cuando no echó al marcador central ese que es más bruto que los hunos del amigo Atila, y que a Dios gracias la única posibilidad que tuvo nuestro equipo, esa verdadera manada de yeguas semisalvajes, fue capaz de embocarla. Que acepten que no fue

justo, ni de cerca, llevarse los tres puntos, pero que les importa un cuerno la justicia porque tenemos menos oxígeno que el Riachuelo, y tres puntos son tres puntos.

Y si de dirigentes hablamos, y el equipo viene de perder cinco partidos al hilo, no nos salgan con la sandez de que «El cuerpo técnico cuenta con todo nuestro apoyo». Digan la verdad, la pura y simple verdad, reconozcan que están esperando que el técnico se vaya para no tener que pagarle todo el contrato, que se quieren morir por lo mal que resultó todo, que su única esperanza es que empiecen a ganar porque la gente les va a prender fuego al entrenador, a los jugadores y a ustedes, y que por eso no pegan un ojo en las noches. Pero no me vengan con el apoyo, papi.

Releo lo escrito y me doy cuenta de que los Reyes Magos me van a sacar carpiendo. Pero no me malentiendan. No pretendo jugadores, técnicos y dirigentes que digan la verdad cuando declaran. Estamos hablando de decenas de personas, y tanta sinceridad sería un milagro que ni pidiéndole ayuda a Papá Noel podrían conseguirnos. Pero no sé, un jugador, un ayudante de campo, un tesorero… Alguno capaz de decir algo coherente, alguna vez.

Yo entiendo que entre jugadores, técnicos, dirigentes, necesiten cuidarse las espaldas y acariciarse los oídos diciéndose cosas dulces, aunque el néctar que se prodigan unos a otros venga cargado de mentiras. Pero deberían pensar de vez en cuando en nosotros, en los giles que no vivimos del alambrado hacia acá, sino del alambrado hacia allá, y que cargamos con la cruz dolorosa de querer a nuestros clubes, y con el inútil currículum de entender de fútbol a pura fuerza de ver partidos.

Y bajo la cruda luz del conocimiento, frente a la embarazosa evidencia de la realidad, lo único que nos queda por pedirles a los Reyes Magos es, en una de ésas, que uno, uno solito de los «protagonistas», frente a la victoria o la derrota, pueda decir, sencillamente, la verdad.

Marche un epitafio

Cada vez que me entero de la muerte de alguien a quien he conocido y apreciado hago lo mismo. Evoco una imagen, una acción, una frase de esa persona. Pero la elección no es arbitraria, ni azarosa. No elijo al voleo. Intento recordar un momento pleno, significativo. Significativo al menos para mí, que en ese caso soy el que recuerda. A veces, si la ocasión se presta para eso, comparto ese recuerdo con sus seres más queridos. Como quien se aproxima al dolor ajeno, saluda a los deudos y muestra una fotografía que exhibe al difunto en un momento feliz de su pasado, mientras introduce la cuestión con un «Mirá, mirá qué lindo que se lo ve en esta foto».

No sé del todo bien por qué lo hago. En parte, supongo, como una maniobra torpe y efímera para detener los voraces empellones del olvido. Además porque soy de la idea de que, ya que las personas alumbramos actos y circunstancias a veces sublimes, a veces miserables, merecemos la compasión de que se nos recuerde como fuimos cuando mejores fuimos. Y por último porque, sospecho, me gustaría que alguien, cualquiera, haga lo mismo por mí cuando me toque la muerte.

Hace un tiempo me enteré de que murió Rubén Pontello. Una muerte normal, si tal calificativo le cabe a alguna muerte. La muerte de un señor mayor, la muerte de un señor con sus achaques. No una de esas muertes que nos hacen rabiar por incomprensibles, por tempranas o por azarosas. No. Fue una muerte a esa edad en la cual, estadísticamente, estamos acostumbrados a que venga la muerte. En ese sentido, una muerte de esas que «pueden pasar».

Una muerte casi anónima. Una muerte suburbana, como la que nos espera a casi todos. Una muerte de la que se enteran los de la familia y los del barrio, y pará de contar. Bueno, en realidad, en el caso de Pontello, una muerte que también lamentaron los pibes de la escuela. Para ellos, Rubén Pontello era el viejo dueño de la librería-kiosco de la calle Martín Irigoyen, enfrente del colegio. Miles de alumnos lo conocieron sacando fotocopias, comprando mapas para Geografía y pebetes para matar el hambre antes de la clase de Gimnasia. Entre esos chicos de la escuela están mis hijos, que me lo cuentan una noche cualquiera, antes de cenar, mientras llevo los platos para poner la mesa. Me lo cuentan con tristeza, porque lo apreciaban, y porque descuentan que voy a lamentarlo. Me han visto saludarlo más de una vez, con mucho afecto, en la vereda del colegio. Supongo que, con ademanes automáticos, sigo poniendo los platos en su sitio. Los vasos, los tenedores, los cuchillos. Pero mi cabeza se va muchos años hacia atrás. Y queriendo o sin querer empieza a redactar este callado epitafio.

Tengo diez años y, por razones que no vienen al caso, mi vida acaba de descalabrarse desde los mismos cimientos. Perdido en una casa dolorida,

deambulando por una escuela que de repente me es tan ajena como el mundo mismo, me topo un día con un papel en la cartelera. «Gran torneo de fútbol. 5.º, 6.º y 7.º grado.» Lo organiza la Unión de Padres. Se anota el que quiere. Los equipos los arman ellos, los padres de la Unión. Uno tiene que ir, anotarse y decir en qué posición quiere jugar. Del resto se ocupan los adultos.

Me anoto como arquero. No porque me encante el puesto. Sino porque ahí puedo poner en acción toda mi rabia y algo parecido al coraje. La cancha de la escuela es de tierra y piedra, y los arqueros suelen intentar cuidar el cuerpo. Yo no. Lo que me falte de talento lo supliré con arrojo y con raspones. Mejor que duelan las rodillas y los codos. Que duelan mucho, así duelen más que los recuerdos.

Los equipos del torneo tienen nombres gauchescos. A los chicos nos parece medio plomo, pero nos lo aguantamos. No son épocas de rebeldía juvenil. El mío se llama «La Tranquera». El mejor equipo, el que terminará coronándose campeón, es «Fortín criollo». Otro es «El Mangrullo». Otro tiene que ver con el pelaje de los caballos.

Rubén Pontello es uno de esos padres que organizan. Arman los equipos. Pintan las líneas. Arbitran los partidos. Pero su caso es especial. Especial en relación con los otros padres. Porque su hijo, el que tiene mi edad, no juega al fútbol. No le gusta. Y sin embargo Pontello dedica su tiempo y su energía con la misma pasión que los otros padres, los que sí tienen hijos que juegan.

En una de ésas porque el fútbol le gusta tanto que no necesita mayor motivo. En una de ésas porque le despiertan compasión algunos pibes a los que les toca crecer guachos. En una de ésas porque es de esos adultos que saben que lo mejor que uno puede hacer en la vida es generar un mundo un poco más amable para los chicos. Los chicos que sean. Los propios o los ajenos.

Además, Pontello escribe las crónicas de los partidos. Los lunes buscás en la cartelera y ahí están, escritas a máquina, partido por partido, las peripecias del sábado. Mi equipo no es de los mejores del torneo. Me llegan mucho. Y yo atajo. Y Pontello, en las crónicas de los lunes, escribe que atajo. Ahí está mi apellido. «Sacheri salva a La Tranquera.» Yo me siento igual que si mi nombre hubiese salido en la tapa de los diarios. Pontello destaca tres o cuatro mano a mano, una volada sobre el palo izquierdo que, según su juicio, «impidió que El Mangrullo se alzara con la victoria».

Y yo, que en general intento pasar desapercibido, disfruto como loco que Pontello destaque mis atajadas. Porque me gusta sentir que sé atajar. Cuando atajo quiero que me vean. Quiero que a los rivales se les atragante el grito de gol entre mis guantes. Que mis compañeros aplaudan al gordito flequilludo que vuela de palo a palo, sin preocuparse por las magulladuras.

Y Pontello me ve. Así lo escribe Pontello, diciendo que fue Sacheri el que le impidió a El Mangrullo «alzarse» con la victoria. Lo redacta con palabras ampulosas, como las de los periodistas de los diarios. Porque lo escribe para nosotros. Para los

chicos. Para que nos acerquemos a la cartelera, en el recreo, y veamos lo que ha escrito de nuestras hazañas. Para que nos sintamos jugadores. Jugadores en serio, en crónicas de verdad.

Al año siguiente ese grupo de padres tiene una idea brillante. En lugar de jugar los sábados ahí, en esa canchita pordiosera que tenemos en Castelar, deciden llevarnos en el micro de la escuela hasta Moreno, hasta el colegio gigantesco que los curas palotinos tienen cerca de la estación de La Reja. Ésas, las del Instituto Fahy, son las primeras dos canchas de once que pisaremos en la vida.

El arco es enorme. Enorme de alto y enorme de ancho. No me importa. Son canchas cimarronas, de pastos duros y matas de yuyos. Tampoco me preocupa. Las canchas, además, se usan como campo de pastoreo para las vacas que crían en la escuela. Como cráteres malolientes, como trampas esperan las tortas de bosta. En un momento ves a los pibes corriendo como liebres, y al siguiente los ves tropezar con la inmundicia y derrumbarse. También eso me tiene sin cuidado.

Lo único que quiero es atajar. Y si algunos arqueros les temen a los raspones, y otros se acobardan frente a la pestilencia, no será mi caso.

Yo quiero «salvar» a mi equipo. Calzarme sin complejos el traje de mesías. Pontello lo entiende. Por eso siempre me pone en el equipo más flojo. Porque sabe que a mí no me interesa ganar, sino atajar todo, o casi todo, lo que me tiren. Y mientras tanto me voy cubriendo de barro y de bosta hasta la cabeza, claro. Es pasto, me digo la primera vez, como un modo de vencer el asco. Después no necesito recordármelo más, porque dejo de registrarlo.

Los otros chicos sí que lo registran. A la ida, en el micro, puedo ir charlando como cualquiera, pero a la vuelta me dejan solo como si mi hedor pudiera contagiarlos. Voy en el primer asiento, con las patas sobre el parante de metal, jugando en silencio a que soy yo el que maneja el colectivo. Las moscas me zumban y yo a veces las espanto.

Pontello, sin embargo, a menudo viene a sentarse al lado y a charlar. Ni siquiera frunce la nariz. Charlamos de fútbol. Él es de Boca y yo soy de Independiente, de manera que sobran los asuntos. Pero sobre todo hablamos del fútbol nuestro. El que acabamos yo de jugar y él de arbitrar. Yo me rasco la mezcla de barro y bosta que ya forma una costra sobre mis piernas casi lampiñas, y que demoraré largo rato en ablandar bajo la ducha. Pontello me escucha y me habla. Cae la tarde sobre la ruta 7. El viejo colectivo vuelve para casa. Moreno. Paso del Rey. Merlo. Con Pontello comparamos los puntos fuertes de Fillol con los de Gatti. Padua. Ituzaingó. Pontello me dice que no me haga mala sangre con el tercer gol de ellos. Que son cosas que pasan. Y esos sábados hostiles de mis once años terminan siendo, para mi sorpresa, días buenos.

Ahora, treinta y cinco años después, mis hijos me preguntan qué me pasa, que me he quedado con cara de bobo mirando el aire, en lugar de terminar de poner la mesa para la cena.

Digo que no, que qué, que nada. No tengo ganas de ponerme a explicar lo de los epitafios. Mejor vuelvo, otra vez, la última vez, a esos sábados a la tarde, a terminar de redactarlo. A ese hombre y ese pibe que conversan en el primer asiento de un colectivo desvencijado y no saben qué les depara el futuro. Al pibe que no sabe que, años después, se ganará la vida escribiendo. Al hombre que ignora que, años después, ese chico lo seguirá recordando como un tipo bueno que le tendió la mano cuando la vida venía hecha una porquería.

Calculo que a los dos les habría causado cierta divertida extrañeza pensar que, por esas vueltas que tiene la vida, el pibe va a terminar escribiendo una crónica con ellos dos como protagonistas. Sacheri salva a La Tranquera. Pontello salva a Sacheri. El colectivo anaranjado echa humo negro por Rivadavia. Y este epitafio termina en las páginas de la revista *El Gráfico*.

El Gato, agazapado

Uno de los mejores cuentos de fútbol jamás escritos es de Osvaldo Soriano y se llama «El penal más largo del mundo». Seguro que muchos de ustedes lo conocen. Debe haber salido publicado muchas veces. Yo lo tengo en una edición de 1994 de *Cuentos de los años felices*, en un volumen que está envejeciendo bien: la encuadernación está impecable, las hojas se están poniendo amarillas desde los bordes hacia el centro y el perfume del libro está empezando a crecer, de a poco, a medida que yo también envejezco.

Pero me estoy yendo por las ramas, porque lo que quiero es hablar del cuento y no del libro. Uno de esos relatos de fútbol patagónico que Soriano escribía tan bien que uno nunca sabe si son inventos o son recuerdos, y uno quiere que sean recuerdos porque sospecha que el mundo sería un lugar más humano si lo que Soriano cuenta hubiese sucedido, alguna vez, en algún sitio.

Otra vez me estoy yendo del asunto. Me pasa siempre que hablo de gente a la que admiro, y a Soriano lo admiro y mucho. Pero volvamos. Decía que el cuento es de esos cuentos de Soriano en los que sopla el viento, y los jugadores intentan dominar el balón en canchas chúcaras y pedregosas y los horizontes son interminables aunque de vez en cuando los corte una línea de álamos.

El club es el Estrella Polar y juega horrible. Están acostumbrados a perder, a pasar desapercibidos. Es normal. Muchas veces en la vida toca eso. Pero en 1958 la suerte o el destino les regala una racha ganadora de esas que no suceden casi nunca. También es normal. Algunas veces, muy pocas, en la vida toca eso. Y el asunto es que llegan a la última fecha con chances de salir campeones siempre y cuando ganen de visitantes contra Deportivo Belgrano. Y contra todos los pronósticos y desafiando las más inverosímiles probabilidades consiguen, a los 42 minutos del segundo tiempo, ponerse arriba 2 a 1 y acariciar el título. En ese momento el árbitro Herminio Silva ve peligrar su futuro y cobra un penal inventado a favor del Belgrano, para poner las cosas en orden. Pero estalla un tumulto de piñas y montoneras que obliga a suspender el cotejo hasta el domingo siguiente. Siete días de espera. Siete días para jugar, sin público, los veinte segundos que faltan de partido. Veinte segundos para patear el penal que está cobrado. Y ahí es donde entra nuestro héroe. Me corrijo: mi héroe. Que nadie está obligado a compartirlo si no quiere.

Mi héroe es el Gato Díaz. Un arquero gastado que fecha a fecha se aproxima a los cuarenta años y al retiro. Un morocho feo de pocas palabras. Un nadie al que de repente la historia parece ubicar en el foco inminente de la gloria. Si el penal se transforma en gol el Gato seguirá siendo nadie. Pero si lo ataja lo espera el bronce. Así de simple, de cruel y de directo.

Avanza la semana y crece la ansiedad. Todos especulan con la hazaña, pero la hazaña no depende de ellos sino de ese arquero que acepta que todos los hombres del pueblo le pateen un penal, para entrenarlo, o que juega a los naipes en la sede del club mientras intenta escudriñar las intenciones del delantero que, a la misma hora y en otro pueblo, padece su propio desvelo.

Y acá viene lo que quiero contar, y lo que convierte al Gato Díaz en mi héroe. Supongo que se hacen una idea. El pueblo entero ha detenido el tiempo y no puede hablar de otra cosa. El Gato no puede salir de su casa sin que una corte de curiosos lo siga, unos pasos atrás, dudando si dejarlo solo o abrumarlo con consejos y bendiciones. Las viejas rezan por él y los tipos le envidian la suerte.

En esa atmósfera irrespirable por la admiración y la ansiedad, el empleado de la bicicletería le pone palabras a lo que todos sienten, cuando le ruega que lo ataje. En su primera frase el Gato ya muestra que es distinto. Que no va al mismo corral que el resto del rebaño. Porque sin aspavientos le pregunta al bicicletero: «¿Qué me cambia eso?». El otro no tiene problema en aclarárselo. Pobre Gato, está nervioso, seguro. Está nervioso y hay que explicarle hasta las verdades evidentes. Y entonces le dice que, si lo ataja, «nos consagramos todos».

¿Y saben lo que le contesta el Gato Díaz? No se olviden que está presente medio pueblo. Medio pueblo pendiente de lo que diga su héroe perentorio. Medio pueblo que contiene la respiración porque necesita que ese arquero los tranquilice y les demuestre que está listo para colocarlos a todos en el cielo impoluto de la inmortalidad futbolera.

Pues bien. El Gato Díaz hace una mueca breve y le contesta: «Yo me voy a consagrar cuando la rubia Ferreira me quiera querer».

Eso es todo. Será que es 1958. O que el Gato se lo dice al empleado de una bicicletería en un pueblo ignoto, barrido por el viento, en lugar de declarar sandeces frente a cincuenta micrófonos. Pero el Gato Díaz sabe lo que quiere de la vida. Lo que más quiere. Seguro que quiere salir campeón. Pero mucho más que salir campeón, quiere que la rubia lo quiera.

La declaración del Gato no está para ser titular de ningún suplemento deportivo. Porque el Gato no acepta la extorsión fácil de que el fútbol es todo, ni los campeonatos el paraíso, ni las vueltas olímpicas la salvación eterna, ni eso de que hay que ganar o ganar.

A contramano de una época en la que nos machacan con esas frases de sobrecito de azúcar, el Gato tiene la presencia de ánimo de pensar distinto y de decirlo. Nada de la gloria o Devoto. Nada de dejar la vida en la cancha. Nada de ganar a cualquier precio.

Seguro que el Gato quiere salir campeón. Seguro que el Gato quiere sentir, el domingo siguiente, en los dedos, el golpe abrupto de esos gajos resecos de ese balón postergado. Pero lo que me gusta del Gato es que no se engaña. No se confunde. Sabe que lo más importante del mundo es el mundo. No el fútbol.

Cualquiera que lea estas líneas podrá detenerse aquí, levantar la vista e increparme: ¿De qué te las das, Sacheri, si sos un loco del fútbol? ¿No te sentiste en la gloria cuando saliste campeón? ¿No te pasaste meses con insomnio cuando te fuiste al descenso?

Y mi respuesta será que sí. Que eso es verdad. Pero eso es porque yo soy un estúpido, no porque esté bien que lo sea. Porque yo no tengo la sabiduría del Gato Díaz, que se planta frente a un pueblo entero con la misma serenidad con la que el domingo siguiente se plantará frente a Constante Gauna, el delantero de Deportivo Belgrano, para decirles que no, que momentito, que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

Después el cuento sigue, pero yo no voy a contarles cómo, porque Soriano lo hace mucho mejor y vale la pena ir a buscarlo. Sepan, nomás, que el sábado el Gato irá con la rubia al cine y a pasear en bicicleta por la orilla del río. Que el domingo los equipos de Deportivo Belgrano y Estrella Polar saldrán a la cancha rodeados de tribunas vacías. Que la gente del pueblo se subirá a los techos y se gritará de calle a calle las noticias de lo que vaya sucediendo. Que Constante Gauna iniciará, a las cuatro menos cuarto de la tarde, la corta carrera necesaria para patear por fin ese penal endemoniado. Y que el Gato se pasará todo el rato pensando en su destino, pero no en su destino con minúsculas de «me tiro a la derecha» o «me tiro a la izquierda», sino en ese otro destino que lo deslumbra y que recién se resolverá cuando sea de noche, cuando vaya al baile, cuando por fin esté frente a frente con la rubia Ferreira. Ese destino que sí es capaz de consagrarlo.

Ahí se los dejo al Gato, agazapado, en puntas de pie, con los ojos semicerrados. Diciéndome desde las páginas de un cuento inolvidable que en el fútbol, como en la vida, hay algo más importante que las victorias y las derrotas. Mucho más importante: con quién te toque compartir eso de ganar y eso de perder.

Perdiste

Ayer perdiste.

Perdiste.

Ocho letras que te sitúan en la vida con la feroz economía de lo verdadero. Perdiste. No te tocó a vos pisar el césped, ni lucir esa camiseta que tanto querés, ni saltar a cabecear en ningún tiro de esquina.

Pero perdiste.

Y es posible que esta mañana haya resultado una mañana de sol y aire templado, una mañana de ocio y de seres queridos, una de esas mañanas que los publicistas sueñan para sus propagandas de café y de yogur descremado. Peor todavía, si esta mañana es una de esas mañanas. Si en cambio hubiese amanecido gris, con viento, con bruma, con agua, tendrías la posibilidad de encontrar alguna mentira meteorológica detrás de la cual protegerte. Pero dudo que sea una mañana lluviosa. No tengo una razón científica ni la menor idea del porqué, pero casi siempre, cuando perdiste, el día siguiente parece una postal, una maldita postal del buen tiempo y de la dicha de vivir.

Y entonces no tendrás más remedio que sentirte ingrato, loco o estúpido. O mejor, vas a sentirte las tres cosas al mismo tiempo. Y vas a tener razón. Por eso no vas a permanecer callado. Cuando te pregunten, si es que alguien te pregunta —porque también puede ocurrir que con semejante mañana, con semejante sol, con semejante asado por venir, a nadie se le ocurra detenerse lo suficiente en tu cara de estoy pero no estoy, quiero pero no quiero—, vas a decir que no, que nada, que cómo se te ocurre. Que estás bien, que simplemente estás con sueño, que no dormiste bien… Eso, será que no dormiste bien y estás con sueño.

Bueno, pensándolo bien, puede ser que sea verdad eso de que estás con sueño. Puede que hayas demorado un montón en dormirte. Que hayas dado mil vueltas en la cama buscando una posición en la cual relajarte y dejarte ir. Que te hayas quedado quieto, al final, para no despertar a tu mujer o de puro aburrido. O que te hayas despertado en algún momento de la noche. Eso pasa, también, cuando perdiste. Que te hayas levantado al baño con la idea de volver enseguida a dormir. Que hayas dado los diez, los quince pasos subrepticios hasta el baño a oscuras, a tientas, con los ojos cerrados para no espantar al sueño. Pero sucedió. En algún momento sucedió. De ida o de vuelta se te cruzó una imagen cualquiera. No hace falta que haya sido el gol de ellos. No. Cualquier otro mínimo vestigio de la noche del partido. Con eso alcanza. Puede ser la camiseta gastada que tenía puesta el tipo que tenías parado a la izquierda y que te hizo pensar que vos no, que vos no te pondrías esa camiseta con el nombre de ese jugador debajo del número. O un cartel publicitario que viste por la ventanilla del colectivo, a la vuelta. Un cartel de telefonía celular, era. O de un candidato a

gobernador. No estás seguro. Pero viene el cartel o la camiseta y se quedan con vos. Vuelven a la cama con vos. Con vos y con la derrota. Porque mañana, y pasado, y pasado pasado mañana, se te van a cruzar esas imágenes que son caóticas y son cambiantes pero que te llevan todas al mismito lugar: a que perdiste.

Fuiste hasta el baño adormecido, pero ahora volvés a la cama despabilado y triste. Porque perdiste. No sirve para nada pero repasás una vez y otra vez lo que pasó esta noche. No sólo las jugadas. Aunque también, pero no sólo las jugadas. Repasás lo que pensaste, lo que sentiste. Repasás hasta los cantitos de la hinchada. El estallido de júbilo cuando arrancaron ganando. Porque eso pasa, también. Que perdiste pero arrancaste ganando, y recién después perdiste. Y te acordás de cómo lo gritaste, de cómo te sentiste, de cómo te pusiste a calcular a cuántos puntos te ibas con estos tres, a quiénes alcanzabas, a quiénes dejabas atrás…

Pero perdiste. Y a lo mejor en plena noche te ponés a rumiar este asunto de las conjugaciones verbales y otros devaneos gramaticales. Perdiste. Vos. Segunda persona del singular. Vos perdiste. Y vos sabés que sos vos el que perdió. Si ahora viniera cualquiera a intentar disuadirte de ese pensamiento vos no lo permitirías. Hasta te enojarías si alguien te dijese: «Quedate tranquilo, que fueron ellos los que perdieron. Vos no. Vos no fuiste». Te enojarías. Es un alivio que no querés, que no te sirve, que te hace sentir peor, como una tentación de hacerte a un lado cuando vienen degollando. Vos no querés hacerte a un costado. Vos no querés arreglarlo de ese modo. Vos sabés que ése no es el modo. Vos sabés cuál es el modo. Ganar. Que ganes. Vos. Otra vez esa dichosa segunda persona del singular. Pero es así. Vos perdiste. Vos querés ganar. De manera que muchas gracias, querida, si es tu mujer la que te lo sugiere. Muchas gracias, querido amigo. Muchas gracias, mamá, muchas gracias, papá, muchas gracias, hermanito. Pero no es el caso, insistís.

Porque perdiste. Vos perdiste. Vos, que después del gol «tuyo» (mirá que estúpido ese adjetivo posesivo, como si lo hubieras hecho vos, el gol) te abrazaste con tres o cuatro y gritaste y calculaste que con estos tres puntos… Vos, que viste desde ese lugar de mierda que te tocó en la popular —porque llegaste tarde— cómo el once de ellos picaba solo, a la espalda del central tuyo que venía mirando la jugada en lugar de mirar su espalda, que es lo que tendría que haber hecho. Vos lo viste, desde ese sitio de porquería en el que te abriste lugar a los codazos, y el estúpido del defensor no lo vio, y el arquero no fue capaz de gritarle y te la mandaron guardar y fue el empate.

Y ahí, en medio de tu insomnio y tu amargura, te vas a acordar de ese gol con una exquisita precisión sin otro sentido que hacerte daño. Vas a proyectarte esa imagen una vez, y otra vez, y otra más, como si en alguna de esas repeticiones el defensor y el arquero hicieran lo que tenían que hacer en lugar de lo que hicieron. Pero no vas a engañarte. No. No vas a mentirte, en la cuarta o en la quinta, que el defensor cierra como debe sobre la espalda del delantero. Ni que el arquero grita y ordena para evitar

el desastre a tiempo. No vas a cambiar el pasado porque sabés que no cambia. Perdiste.

Tal vez te preguntes, quieto en la cama y con los ojos abiertos en la oscuridad, qué estarán haciendo los jugadores en este momento. Ahora, que son las cuatro de la mañana y ya pasaron cinco, no, seis horas desde que terminó el partido. Tal vez seas de esos que se enojan cuando los jugadores salen a un boliche después de una derrota. De esos que se indignan porque los tipos, que no fueron capaces de ganar, tampoco son capaces de compartir tu bronca y tu tristeza. O tal vez seas de esos otros que no, que no se preocupan por lo que hagan los jugadores después de que el micro los deja en la concentración para que recojan sus cosas. Esos que prefieren pensar que, al fin y al cabo, los jugadores son sujetos periféricos en esta derrota. Porque ellos pasan y vos quedás. Vos seguís. Por eso, porque vos seguís, sos el que perdiste.

Y la mejor pauta de que vos perdiste (vos, no ellos, o vos mucho más que ellos) es que cuando amanezca y tengas que enfrentar la mañana vas a estar solo. Solo, con tu derrota a cuestas. Solo frente a los que tengan ganas de burlarse de vos porque perdiste. Acá también hay bandos, facciones, diferencias. Podés ser del bando de los que se burlan de los rivales cuando son ellos los que pierden. Y sus burlas, esta mañana, no serán más que una justa retribución por tus pretéritas crueldades. Y puede que no. Que seas de esos tipos que prefieren atender a su equipo sin meterse con la vida ni la suerte de los otros. Dará igual. Van a burlarse. Y vas a estar solo. Y seas de los burlones o de los prudentes, ni se te cruzará por la cabeza decir: «No, señor, yo no perdí. Fueron ellos». No vas a hacerlo. Te aguantarás y punto. Porque perdiste.

Y te acordarás de la noche, del momento más difícil de la noche, que no fue cuando ellos metieron el segundo gol, ni cuando el imbécil del árbitro los dejó hacer todo el tiempo que quisieron, ni cuando terminó el partido y tus jugadores se juntaron en el medio y saludaron sin ganas (y tal vez sin derecho a alzar los brazos), ni cuando se retiraron entre algunos que aplaudían y otros que chiflaban. Ninguno de ésos fue el momento más difícil. Y no lo fue porque en todos esos momentos todavía no estabas solo. Estabas con otro montón de gente que sentía tu misma tristeza. Así bajaste los escalones sucios. Así te amuchaste en las calles angostas. Pero después, a medida que te alejabas hacia el auto, la estación o la parada, la gente empezó a ralear y las camisetas a separarse. Y llegó un momento en que sí, definitivamente, te quedaste solo.

Fue entonces cuando cualquier posible «perdimos» dejó lugar al «perdiste». Vos. Vos en el colectivo y el cartel. Vos en el auto escuchando esa transmisión partidaria en la que echaban pestes contra la Comisión, el técnico y el marcador de punta.

Ahora, mientras das vueltas en la cama, o mañana, mientras el sol sale y el mundo sigue y en una de ésas te convidan un mate y una sonrisa, vas a sentir que en una de ésas estás desperdiciando tu vida. Porque nunca más va a ser hoy. Y éste hoy lo estás dilapidando porque estás triste, porque no podés dejar de recordar ese pelotazo a

espaldas del central, porque en un momento tenías tres puntos y al final no tenés nada.

Porque perdiste.

Tal vez hasta te preguntes si no es posible que sea más grande la tristeza que te gobierna cuando perdés que la alegría que te asalta cuando ganás. Y si eso es cierto estás haciendo un pésimo negocio. Con tu club, con el fútbol, con tu vida.

Si me trasladás el interrogante a mí, te aconsejaría que no te metas hoy, nada menos que hoy, en semejantes honduras. No tenés el equilibrio emocional necesario para pensar las cosas y sacar conclusiones más o menos coherentes.

Estás sin ganas. Ni de mate, ni de charla, ni de asado, ni de sol. No importa que tengas una familia que te quiere, un trabajo que les da de comer, una salud que te permite pensar que todo marcha como debiera. No importa, o al menos no te alcanza.

Porque perdiste.

Así de simple.

El fútbol, de la mano

El tipo se acerca al estadio caminando solo. Se bajó del colectivo a cuatro cuadras, y fue bajar y escuchar los parlantes de la cancha. Desde ahí, desde el otro lado de las vías del tren, se ve la popular local llena de gente. Debe faltar media hora para que empiece el partido. Podría mirar la hora en el teléfono celular, que lleva bien guardado en el bolsillo. Pero mejor dejarlo ahí, y sacarlo sólo en caso de una emergencia.

Mientras camina va un poco más alerta que de costumbre. Porque ésa no es, exactamente, «su» cancha. Digámoslo de otro modo. No es la cancha de su equipo, esa que se conoce de memoria. Esa a la que sabe entrar y de la que sabe salir minimizando los riesgos y las sorpresas. Esa de la que conoce todo: desde las pintadas de las calles aledañas hasta los manchones de óxido en el hormigón de las tribunas. Y puestas las cosas en esos términos, este estadio al que ahora se aproxima, el Francisco Urbano, del Deportivo Morón, no es «su» cancha. Su cancha queda lejos de ahí.

Y sin embargo, de algún modo raro, distinto, esta cancha a la que se acerca, cruzando el túnel bajo las vías del tren, también es la suya. También le pertenece. Por eso tuvo que ir hoy. Para poder pensar un rato en algunas cosas viejas. Y para despedirse. Porque esa cancha va a desaparecer pronto. Hoy se juega el último partido.

El tipo no es el único que necesita despedirse. La calle Brown es un enjambre de gente, y la cola para sacar entradas no avanza nunca. El tipo repasa sus opciones y, porque teme quedarse afuera, vence su timidez y llama a un amigo para que le asegure un sitio. Lo ubica en el teléfono y sí, efectivamente, quedan en encontrarse en la puerta de la platea.

Da un rodeo por La Roche y por Buen Viaje para acercarse a la zona de plateas. Se topa de frente con ochenta, cien barras. El tipo piensa que todos los barras son iguales. No importa de qué cuadro digan que son. La carita de malos, la pose de compadres, los cascotes en las manos, el moverse como si fueran los dueños de la calle. El tipo los cruza sin mayor problema. La cosa no es con él, por suerte, sino con otros criminales que se dicen hinchas del mismo equipo y que están atrincherados, parece, unas cuadras más allá. Al tipo le da bronca que estos tipos se adueñen de los clubes, de las tribunas, de los cantos, de los trapos. Pero no quiere quedarse pendiente de ellos. Necesita pensar en otra cosa. Concentrarse en aquello que ha ido a hacer, esa tarde, a esa cancha.

Por fin se encuentra con su amigo. Se abrazan y entran. Las tribunas son un gentío colosal. Seguro que están los que van siempre a ver al Gallo. Pero también están los de casi nunca, como este tipo. Gente que ha ido porque necesita despedirse.

El tipo le pregunta a su amigo por Racing. Va ganando con gol de Saja. El amigo pregunta algo de Independiente, que empató hace un rato con Belgrano. Después hablan de todo un poco: la familia, el trabajo, un poco más de fútbol. Están de pie en una platea tan llena de gente que nadie puede sentarse. Cada tanto, el tipo mira la tribuna visitante. Es la que da la espalda al ferrocarril Sarmiento. Como en la B Metropolitana se juega sin visitantes, no está habilitada. El tipo mira hacia esa tribuna, la visitante, la que no está habilitada, porque cuando decidió ir a la cancha este domingo, este domingo que, para esa cancha, es el último domingo, sintió que tenía que ver el partido desde esa tribuna y desde ninguna otra. Pero no está habilitada, parece. El tipo, tímidamente, se atreve a comentarle a su amigo eso de que quiere ver el partido desde ahí. No explica demasiado, porque si se explaya se le terminará formando un nudo en la garganta. Y no quiere.

Salen los equipos. El tipo presta atención a los cantos. Son las mismas melodías que canta él en Avellaneda. Pero tienen otra letra. Los rivales a los que se les dedican los cantos son otros: sobre todo Chicago y Chacarita. Las utopías que se cantan también son otras. Y sigue entrando gente. No hay más sitio, ni en la popular ni en la platea. El amigo del tipo se saluda con un montón de gente. Él sí va a ver a Morón a menudo. El tipo no. El tipo habrá ido veinte, treinta veces. En cuarenta y cinco años, eso no es nada. El tipo lo sabe. Quiere a ese club, pero no sufre por ese club. Ésa es la diferencia. Por eso no está seguro de hasta qué punto ésa es «su» cancha. Y ésa es «su» despedida. De todos modos, se alegra de estar, aunque le falta algo. Y aunque siga mirando, de tanto en tanto, esa tribuna visitante que no han habilitado y en la que, sin embargo, cada vez hay más gente. ¿Por dónde entran? ¿Cómo puede hacer, el tipo, para sumarse a los que están en esas gradas?

Es tal el gentío que finalmente, en el entretiempo, por los parlantes anuncian que dejarán pasar a los hinchas a la tribuna visitante. El tipo traga saliva, como si alguien, en algún lado, estuviese acomodando piezas para que finalmente sí, para que finalmente pueda ir al sitio en el que siente que debe estar, para pensar y despedirse. Y cuando empieza el segundo tiempo, efectivamente, los policías de la infantería hacen un retén y dejan pasar, de a puñados, a los hinchas que esperan apretujados.

Entonces el tipo le da un abrazo a su amigo y se despide. No explica demasiado. Algo pregunta su amigo. Pero poco. Y el tipo necesita ir solo a donde va. Y el amigo lo entiende y saluda con un gesto, desde su lugar en la platea desbordada.

Cuando llega al portón que le va a dar acceso a la popular visitante, uno de los policías se lo cierra en las narices. El tipo maldice su mala estrella. Al final no va a poder. Tan cerca que estuvo de lograrlo, y no va a poder.

Y sin embargo, alguien que conoce al tipo, y que ha sido testigo de la escena, decide darle una mano. En el club lo conocen. Arrima la nariz al portón. Pide hablar con alguien. Ese alguien se aproxima. Que lo dejen pasar, dice. Dejalo pasar, dan la orden desde el otro lado. Y el tipo pasa. Da las gracias y pasa.

Ahora sí. Por fin está donde necesitaba estar. El tipo saca cuentas. Treinta y ocho, treinta y nueve años después, el tipo vuelve a la tribuna visitante de la cancha del Deportivo Morón. No tiene la fecha exacta. Podría buscarla, o preguntarla. Pero no hace falta. Los datos que el tipo necesita ya los tiene, almacenados de toda la vida.

Será 1974, o 1975. Más no. Es sábado. Tiene seis o siete años. Con su papá se toman el 238 en Castelar. El tipo, que en ese momento es un nene, no puede creer en su suerte. Por fin va a ir a la cancha. No es la de Independiente. Esa queda lejos. Demasiado lejos. Esa deberá esperar. Pero no importa. Es sábado, y Deportivo Morón juega con Flandria.

El tipo, que entonces no es un tipo sino un nene, se asombra de que su padre compre la entrada a través de una especie de jaula, un boquete con rejas en una pared. Pregunta si el de las entradas vive ahí adentro. El padre se ríe y le explica. Cómo se ordena el mundo cuando ese padre lo explica.

Explica algo más, el padre. No van a ir a la tribuna de Morón. Ni van a ir a la platea. Van a ir a la otra popular. A la visitante. Porque la platea sale muy cara. Y en la popular de Morón cobran un adicional. Y ésos no son buenos años para la odontología. No hay plata para adicional, de modo que paciencia.

Les cortan la entrada y pasan. Avanzan junto al alambrado que recorre el lateral sobre el que no hay tribuna. El único lado del rectángulo en el que no hay gradas. Por ahí uno llega hasta la cabecera visitante.

Y el nene se acordará para siempre. Los colores, por Dios. Los colores. El pasto es verde. No es gris, como en la tele. Es verde, como el pasto pasto. Y las líneas refulgentes y blancas. Y las redes son de soga. Y las banderas de los jueces de línea son de colores. Todo eso ve el pibe mientras caminan todo el largo de la cancha, al otro lado del alambre, hasta la popular visitante.

Ahora, casi cuarenta años después, el tipo busca el lugar exacto al que se dirige. Catorce, quince escalones a lo sumo, contados desde la base. No detrás del arco, sino más allá, al costado. Detrás del arco estaban reunidos, aquella vez, los de Flandria. El lugar donde se sentaron el pibe y el odontólogo, aquella vez, hace casi cuarenta años, era más a la izquierda. Diez metros. Del lado del Nacional de Morón. Ahí se sentaron la vez aquella.

Se sentaron y al pibe siguieron deslumbrándolo los colores. Las camisetas, los pantalones, las medias. Los números. Los buzos de los arqueros. Y el padre seguía explicando. Porque desde donde estaban el partido se veía distinto que en la tele, que uno mira como quien está en la platea. Al pibe le llevó un tiempo acostumbrarse. Pero no había problema. Ahí estaba el padre, señalando al 4, al 2, al 11 por el otro lado. El modo en que los arqueros se adelantaban cuando sus equipos pasaban al ataque.

El tipo se deja caer en el sitio que ha guardado, por nada o porque sí, durante cuatro décadas en la memoria. Ésa es la ventana que tuvo en la cabeza durante casi cuarenta años. La cancha desde ahí. El arco a la derecha. El otro arco lejísimo. El

juez de línea. Claro que hay cosas que son distintas. Ahora es domingo y es de noche. Ahora hay un alambrado gigantesco porque el fútbol en cuarenta años se llenó de energúmenos y criminales. Tantos, que finalmente esa tribuna, su tribuna, lleva años clausurada porque están prohibidos los visitantes.

Pero más allá de los cambios, ahí siguen los colores. Y los sonidos. El tipo se concentra. Esos sonidos que lo asombraron tanto como los colores. Los gritos de los jugadores, porque en la tele de los 70 eso no se escuchaba. El topetazo de la pelota, en los chumbazos. Y el silencio, que al pibe le resultó igual de asombroso. El padre había visto la cara de pasmo, y preguntó qué le pasaba. Y el pibe había aclarado. El relato. Faltaba el relato del partido. El padre se había reído, mientras explicaba que no, que el relato era de la tele, no de la propia cancha. Y el pibe lo miró mientras explicaba. El odontólogo se había reído sin burla. Con ganas. Y el pibe también. Y el sol de la tarde le daba al padre desde el otro lado.

Después de ese partido —Morón de blanco y rojo, Flandria de amarillo—, el tipo ha vuelto a ese estadio. Veinte. Treinta veces. Porque quiere a ese club, aunque no sea aquel por el que sufre y palpita. Pero nunca más ha vuelto a esa tribuna visitante. Las veinte o treinta veces en la popular local, o en la platea. Pero nunca más en la visitante. La ha visto desde lejos. No ha tenido el valor de ir a plantarse a esos escalones.

Hoy sí. Porque era hoy o no era nunca. Por eso, también, ha ido solo. A la cancha va siempre con su hijo. Y a veces con amigos. Pero esto es un asunto demasiado personal, demasiado viejo, demasiado triste, demasiado propio. Por eso necesitaba ir sin más compañía que los recuerdos y las ausencias.

Por eso el tipo se pasa, ahí sentado, todo el segundo tiempo. Ve el partido. Y ve las tribunas. Y ve, por detrás de todo lo que ha cambiado, lo que sigue siendo igual porque lo lleva adentro. Claro, también ve lo que falta.

Morón, camiseta a rayas verticales rojas y blancas, ataca pero no resuelve. Se descuida atrás. Acassuso, vistosa camiseta azul, lo vacuna con un lindo tiro abajo, desde el borde del área. Paciencia. Todavía falta un rato. En una de ésas lo empata.

El tipo mira alrededor. Una mujer joven grita barbaridades cada vez que fracasa un ataque del Gallo. El tipo se pregunta qué pensaría su padre si viera el fútbol actual, las barras, esa mujer que insulta. No lo sabe. Pero cuánto le hubiera gustado poder averiguarlo. El partido está por terminar. Está anunciado un espectáculo de fuegos artificiales como broche de oro para la jornada. Morón se pierde un par de goles abajo del arco.

En algún momento, un momento cualquiera, el tipo empieza a llorar. Menos mal que está ahí sentado a solas. Por lo menos, que nadie lo vea llorar mientras Morón intenta un empate a la desesperada. De vez en cuando se seca las lágrimas. Otras veces se deja estar.

El partido no termina porque desde la popular local doscientos idiotas deciden que quieren robarles la ropa a los jugadores. Miles de hinchas buenos se lo aguantan.

Que para eso son hinchas, a fin de cuentas.

El tipo se pone de pie. Echa un último vistazo alrededor. La popular local, enfrente. La platea a la derecha. El cemento viejo de la popular visitante, sobre la que está parado. Empiezan los fuegos artificiales. La gente canta. El tipo se seca por última vez las lágrimas. Baja los quince escalones de una cancha a la que no va a volver nunca más. Sale por el portón que da hacia el lado de la calle Casullo. A sus espaldas estallan los fuegos artificiales.

Al final entiende que sí. Ésa es «su» cancha, también. No suya como la de Independiente. Pero suya de otro modo. Suya porque ahí conoció el fútbol. El fútbol de verdad. Ese que tiene colores y sonidos que no hay en ningún otro lugar del mundo. Y porque lo conoció de la mejor manera. En un sábado del 74 o del 75. En un Morón 3, Flandria 1. Y de la mano de su papá.

De acá para allá

Estos años de escribir columnas en *El Gráfico* fueron, para mí, un estupendo modo de dialogar con otras personas. De hablar de fútbol. De vez en cuando salieron cuentos. Muchas otras veces surgieron estampas, miradas, tomas de posición. Casi, casi, declaraciones de principios. Fue como conversar en la tribuna. Esas charlas con gente que a veces conocés y muchas veces no, donde lo que importa no es cómo se llama cada cual sino lo que tiene para decir, mientras esperás que salgan los equipos, o en ese ratito de entretiempo en el que todos se precipitan a sentarse en un minúsculo pedacito de escalón, o durante ese momento final cuando se acabó el partido y demorás la partida hacia tu casa.

A partir del mes próximo ya no saldrán mis columnas en *El Gráfico*. Por eso me dan ganas en esta ocasión, que es la última, de despedirme con una buena pisadita. Intento explicarme: ¿no le sucede, querido lector, cuando escucha hablar a diferentes personas, alumbrar la idea de que «a este lo quiero en mi equipo»? ¿Y no le pasa, estimado, cuando ve comportarse a algunas otras, que siente que «a este lo quiero lo más lejos posible»?

A veces fantaseo con resolver esos dilemas por medio de una pisada. Me refiero a la pisadita, esa forma de elección de jugadores para conformar equipos de fútbol barriales, chúcaros y pasajeros. En este caso que me ocupa no me refiero a pisar para armar equipos. O sí. Pero no equipos pensados para jugar partidos.

En una de ésas lo hacemos siempre. Eso de pisar y de elegir. Tal vez uno, conscientemente o no, va seleccionando las personas que lo acompañan en la vida. No todas hacen caso, por supuesto. A veces esas personas eligen otros caminos. O no quieren rumbear para el mismo lado que vamos nosotros. O se mueren, y cosas así. Pero me gusta la idea de imaginarme la vida así: como si toda la gente que hemos conocido y que conoceremos pudiese estar reunida en una vereda suburbana y uno, alzando el dedo y señalando, pudiese definir: «Vos vení. Vos también». Y con la mano baja, pasando de largo, dejase un tácito «vos no» flotando en el aire frente a los que no queremos.

Por eso, creo, empecé hablando de lo de la pisada. Porque para esta última columna me gustaría poder pisar. Elegir. Elegir compañeros es una manifestación de principios. Elegir a quiénes queremos es un modo de proclamar qué es lo que queremos. Y como estamos hablando de modos de interpretar el fútbol, no de maneras de jugarlo, en esta pisada incluyo a jóvenes y ancianos, mujeres, hombres y niños, cercanos y lejanos. En suma: no hablo de elegir futbolistas, sino de escoger futboleros. Y en consecuencia me permito proponer, cascote en mano, que tracemos una raya en la vereda. Un raspón de ladrillo que establezca una frontera. Un ustedes y un nosotros. Sobre todo un nosotros. Para que de este lado, de la raya para acá,

quedemos juntos los que vemos el fútbol de determinado modo. ¿Para qué?, podrá preguntarse cualquier lector. No lo sé, lector querido. Todavía no lo sé. Déjeme avanzar, a ver si me explico.

Yo digo que vengan de este lado los que quieren mucho a un club, al que sea. Los que profesan esos amores enormes por una camiseta que, en una de ésas, por cada alegría les endilga mil dolores. No los quiero conmigo por inteligentes, ni por sensatos. Sospecho que ni ellos ni yo somos inteligentes ni sensatos. Si lo fuésemos, dedicaríamos nuestros afectos a causas más nobles. Pero en una época en la que todo lo que vale se mide, se pesa y se cobra, que dediquemos nuestro cariño desmesurado a una casaca es un gesto grande. Grande y torpe. Grande y bello. Ésos, los enamorados de su club, que vengan para acá.

Pero no los fanáticos. Por favor. Los fanáticos no. Ésos que se queden de la raya para allá. Esos que son incapaces de ver nada bueno en el otro, ni nada malo en sí mismos, ésos que se consideran infalibles, esos defensores solemnes de sí mismos… ésos no. Ésos que no vengan. Que se queden allá, dedicados a tener siempre la razón.

Y ya que estamos con lo que queremos bien lejos de nosotros, dejemos claro que tampoco vengan los amargados seriales. Por favor. Esos que también se queden del otro lado de nuestra raya de ladrillo. Esos que al minuto de juego empiezan a insultar como si supieran jugar, esos que destilan toda la bilis que juntan en los otros escenarios de su vida nada menos que acá, en la cancha, donde nos toca a nosotros aguantarlos, por favor, absténganse de aproximarse. Sigan ahí, bien lejos. Con su actitud de ofensa fácil, con sus aspavientos de maridos cornudos, por favor, en serio. Ahí, quietos. Que los elija otro.

Momento, momento. Que ahora que me escucharon, pretenden sumarse a nuestro bando un grupo de muchachos que cultivan el «aguante», que suponen que ir a la cancha es «armar la fiesta» y celebrarse a sí mismos como si fueran más importantes que lo que pasa dentro del campo de juego. Disculpen, pero no. Quédense ahí, con los demás. Con los insultadores y los fanáticos. No lo tomen a mal, pero ustedes también le hacen mucho daño al fútbol. Aplaudir a cualquier burro que tenga puesta tu camiseta es tan malo como insultar a cualquier buen jugador que tenga otra. Las dos actitudes te descalifican. En serio, por favor, permanezcan ahí, hasta que otro los elija. Además no está mal que se queden todos juntos. Tienen tanto en común. Tantísimo. En serio. Conversen y van a darse cuenta.

Ya sé que estoy pretendiendo equilibrios dificilísimos. ¿Quién no se tentó alguna vez de aplaudir a un burro después de una victoria y una fiesta? ¿Quién no destiló un poco de impotencia vengándose de un rival que nos pintó redondamente la cara? Todos hemos sido miserables alguna vez. No seríamos seres humanos, caso contrario. Pero hablamos de tendencias. De «casi siempres». Si casi siempre aplaudís burros, si casi siempre insultás todo lo que se te cruza, si te colgás de una bandera «todo descontrolado», dejá, fiera. Dejá. No vengas. Quedate de la raya para allá.

Sigamos mirando la multitud y escogiendo, porque aún tengo un par de categorías más de personas que quiero elegir. Los que saben perder. Ésos. A ésos los quiero de mi lado. Los que odian perder, pero saben perder. No pretendo gente que quiera perder, o que guste de perder. No hablo de masoquistas. No. Yo quiero gente que aborrezca perder, que quiera tanto la vida que quiera ganar siempre, pero que entienda que no, que no se puede, y que aunque uno no puede elegir cuándo ganar puede elegir cuándo ser digno. Eso. Y que siempre se puede ser digno. ¡No, che, otra vez! No crucen la raya los muchachos del «aguante». No hablo de ustedes. No hablo de esa fiesta que ustedes arman para ustedes y que de fútbol tiene poco y nada. No, en serio. Quédense allá, por favor les pido. Qué cosa, estos pibes. Demasiada manija, demasiada buena prensa han tenido en las últimas décadas.

Déjenme seguir, que pierdo el hilo. Ah, sí: los que saben ganar. A ésos también los quiero conmigo. Esos que cuando ganan no necesitan andar por ahí gritando que ganaron. Les alcanza con saberlo. Con saberse ganadores y ejercer cierta modestia por haber ganado. Y que no andan buscando rivales para gastarlos. Al contrario. Porque quiero gente dispuesta a ponerse en el lugar del otro. En el lugar mío, si cabe. Y si a mí me duele como me duele perder, alrededor quiero gente que respete ese dolor. Que lo respete porque sabe cuánto y cómo duele. Y que pueda esperar lo mismo de mí, cuando se inviertan los papeles. Por eso, les pido que vengan. De la raya para acá, ustedes, los que saben ganar. Junto con los que saben perder.

No sé cómo nos van dando los números. No sé si con estas estipulaciones son más los que han cruzado la raya hacia nuestro lado o son más los que se han quedado donde estaban. No tengo modo de calcularlo.

Por si acaso, sigo sumando. Quiero a la gente a la que le guste hablar de fútbol. Pero no de las novias de los jugadores, o de cuánto cobran, o de si salen a la noche y los vieron en el casino o en un boliche. Quiero a mi alrededor a la gente que te sabe adivinar cuando un volante por derecha que acaba de debutar en primera tiene pasta como para quedarse. Gente que además de mirar a sus jugadores tiene un inventario de otros cincuenta jugadores, puesto por puesto, que podrían venir al club por poca plata a rendir bien. También quiero a esos rencorosos que tienen la lista de doscientos caballos que pasaron por el club sin merecerlo. Y de los dirigentes que los compraron. Y quiero a esos viejos memoriosos que pueden recitarme formaciones de equipos inolvidables. Yo no sé casi nada de fútbol. Pero quiero escuchar a esa gente y aprender un poco. Y quiero que vengan de la raya para acá ésos dispuestos a clavarse un partido que no les va ni les viene con el único objetivo de ver jugar a ése, ese que les dijeron que sabe. Gente dispuesta a elogiar a un rival. Gente dispuesta al ejercicio de esa virtud inusitada y en extinción que es la paciencia. Porque al fin y al cabo la paciencia es también, sospecho, un gesto estético.

Y quiero gente de paz, por supuesto. Es tan claro ese punto que casi me olvido de asentarlo. Los violentos que se queden allá, en la vereda de los que no quiero. De los que dejo para que los elija otro. Y *atenti* que no hablo solamente de los delincuentes

de la barra. No. Violentos también son esos papis que les enseñan a sus hijos a escupir a los directores técnicos rivales, por encima del alambrado. Los que insultan a todo bicho que camina. Los que rompen una butaca y se la tiran a alguno por la cabeza. Los que gritan sandeces desde la comodidad de su platea aunque no tengan ni idea, pero ni noción, de cómo se juega al fútbol.

Eso. Así. Que cada cual vaya tomando su sitio. De la raya para acá y de la raya para allá. De acá para allá, ustedes. De acá para acá, nosotros.

En el fondo lo que quiero, lo que espero, lo que necesito, es que de este lado nos quedemos los que no nos compramos ese mensaje vacío, superficial y farandulero de que ganar es lo único importante. Los que confiamos en que las formas, los modos, son casi el sinónimo de la sustancia. Los que no creemos en ganar a cualquier precio. Los que sospechamos que al final del camino, cuando saquemos cuentas, importará menos lo que hicimos que cómo lo hicimos.

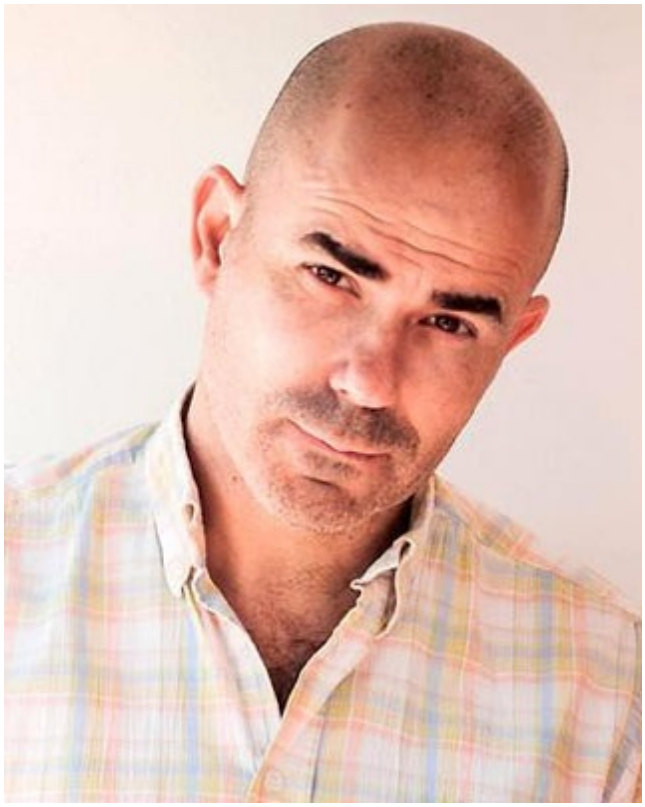
Sigo sin saber cuántos seremos. Sigo desconociendo cuántos se quedan de la raya para allá, mirándonos con recelo, con suficiencia. Cancheros. Y sobre todo seguros. Seguros de sí mismos.

Y hablando de eso me falta llamar a los inseguros. A los que dudan. A los que hoy viven el fútbol de una manera que creen que es la mejor, pero dejan la puerta abierta para cambiar. Que en la vereda de allá se queden los solemnes, los iluminados, los profetas. Los que saben todo siempre. Los que están seguros de que siempre están en lo cierto.

En fin, no sé sacar las cuentas, al final, de cuántos quedamos en cada lado. De acá para allá están ellos. Del trazo de ladrillo para acá, nosotros. No sé dónde somos más. No sé a quiénes pertenece el futuro. No sé si dentro de unos años casi todos nosotros, los futboleros, estaremos en veredas como la que a mí me gusta, o si casi todos andarán recorriendo la ancha vereda de la que voluntaria y cotidianamente me mantengo al margen.

Pero permítame, querido lector, como despedida, establecer esta raya. Y saquémonos una foto que nos posibilite ver no sólo dónde estamos parados, sino con quién. Y permítame, querido lector de *El Gráfico*, que lo incluya en este lado a usted, que a lo largo de más de cuatro años me acompañó leyendo estas columnas. Que lo que tenemos para compartir no es el amor por una camiseta, ni goles, ni campeonatos, sino algo mucho más grande. El amor por el fútbol.

Hasta siempre.



EDUARDO SACHERI. Nació en Buenos Aires en 1967. Profesor y licenciado en Historia, ejerce la docencia universitaria y secundaria. Publicó los libros de relatos *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol* (2000), *Te conozco, Mendizábal* (2001), *Lo raro empezó después* (2004), *Un viejo que se pone de pie* (2007), *Los dueños del mundo* (2012), *La vida que pensamos* (2013) y las novelas *La pregunta de sus ojos* (2005), *Aráoz y la verdad* (2008), *Papeles en el viento* (2011), *Ser feliz era esto* (2014) y *La noche de la Usina* (2016). Colabora en diarios y revistas nacionales e internacionales. *El secreto de sus ojos* fue llevada al cine por Juan José Campanella y se convirtió en una de las películas más exitosas de la historia del cine argentino, distinguida con numerosos premios —entre los que se destaca el Oscar a la mejor película extranjera (2010)—, y su guión estuvo a cargo de Sacheri y Campanella. *Aráoz y la verdad* fue adaptada al teatro por Gabriela Izcovich y protagonizada por Luis Brandoni y Diego Peretti. Sus narraciones han sido publicadas en medios gráficos de Argentina, Colombia y España, e incluidas por el Ministerio de Educación argentino en sus campañas de estímulo de la lectura. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas.


Eduardo Sacheri
El fútbol, de la mano
Lectulandia